

370 ptas. / 2,22 € - Argentina: $2,70 - México: $11.00

Un amor para toda la vida

Judy Christenberry

Un Amor para toda la Vida

Judy Christenberry

2º Serie O'Connor

Un Amor para toda la Vida (10.05.2000)
Título Original: Baby in her arms (1999)
Serie: 2º O'Connor
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1137
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Josh McKinley y Maggie O'Connor

Argumento:

Cuando Josh McKinley apareció en la casa de Maggie O'Connor con una niña en los brazos y una irresistible expresión en el rostro, el instinto de madre, y el de mujer, de Maggie le impidieron rechazarlo. Sin embargo, aquella buena acción pronto se convirtió en matrimonio, aunque sólo en apariencia. Maggie sabía que era una locura, especialmente cuando lo que había empezado siendo un matrimonio de conveniencia se estaba convirtiendo rápidamente en un apasionado romance...

Capítulo 1

—¡Guaaaaaa!

Josh McKinley miró a la niña que estaba tumbada en el asiento del coche como si fuera una extraterrestre recién llegada a la Tierra.

—Escucha —le dijo él, muy razonablemente pero con la voz llena de desesperación—. Sé que no estás muy contenta, pero yo tampoco lo estoy. Bueno, no es que no lo esté, es que... Sé que tú eres... ¡Diablos! No sé ni lo que quiero decir.

La niña se limitó a responderle con un pequeño sollozo. No es que él esperara que una niña de ocho meses le diera conversación, pero Josh no tenía nadie con quién hablar. Y por lo menos, así conseguía que la niña dejara de llorar.

O al menos, eso era lo que él había pensado. Aparentemente, la niña sólo se había tomado un respiro para poder llorar aún más fuerte.

Muy nervioso, Josh se inclinó sobre el salpicadero y encendió la radio. El rock duro que él solía escuchar no parecía lo más adecuado en aquellos momentos, por lo que buscó por diversas emisoras de radio hasta que encontró una que emitía una suave melodía.

De nuevo la niña, su niña, dejó de llorar. Su hija.

Cuando el Servicio de Protección del Menor había llamado a su despacho aquella mañana temprano, él no había podido devolver la llamada enseguida. Estaba muy ocupado. Además, él no se encargaba de casos relacionados con niños.

Joshua McKinley, Investigador Privado, era uno de los mejores sabuesos de Kansas City. Podía elegir perfectamente los casos que más le interesaban.

Sin embargo, le volvieron a llamar, dejándole un nuevo mensaje. En aquellos momentos, tenía una consulta de un cliente que resultaba algo complicada. Ya los llamaría más tarde. Probablemente sólo querían un donativo o algo por el estilo.

A las cinco y media, él ya había terminado de perfilar los detalles de varios casos y estaba hablando por teléfono con una modelo con la que había salido un par de veces cuando recibió la señal de que tenía otra llamada. Había estado a punto de no prestarle atención, pero la modelo parecía tener piedras en el cerebro y, además, aquella llamada podía ser un nuevo caso.

—¿Dígame?

—¿Es usted Joshua McKinley?

—Sí. ¿En qué puedo ayudarla?

—Podía empezar por devolver las llamadas —le espetó, algo indignada, la mujer que había al otro lado de la linea.

—¿Quién es?

—Soy Abigail Cox, del Servicio de Protección al Menor. ¿Es que no ha recibido mis mensajes?

—Sí los he recibido —replicó Josh, algo molesto. Ni siquiera su madre le había hablado de aquella manera—. Pero tengo un negocio del que ocuparme.

—Y yo tengo una niña muy descontenta que necesita a su padre.

—Señora, si el caso no es demasiado complicado, podré hacerme cargo de él, con suerte, en un par de días. Mándeme los detalles del caso.

—Señor McKinley, no creo que tenga que necesitar las dotes de deducción de Sherlock Holmes para encontrar al padre. Es usted.

Josh se había limitado a abrir la boca, sin poder emitir ningún sonido. Se apartó el auricular de la oreja y lo miró como si le hubiera mordido. Finalmente, tras volver a ponérselo en la oreja, contestó.

—¿Cómo ha dicho?

—¿Es que es sordo además de retrasado? Le he dicho...

—Escuche, señora. Yo no tengo por qué escuchar sus insultos y no...

—Tiene razón. Lo siento. Ha sido un día muy difícil. Josh notó el cansancio que tenía en la voz y se imaginó cómo se sentía aquella mujer. Sin embargo, estaba seguro de que no tenía nada que ver con niños y aquella mujer iba a tener que afrontar el hecho de que todo era un error.

—Lo entiendo —dijo él—. Espero que encuentre al tipo que está buscando —añadió para luego disponerse a colgar el teléfono. Sin embargo, ella se lo impidió con un grito—. ¿Sí?

—Señor McKinley, usted es el hombre que yo estoy buscando.

Joshua volvió a la realidad del coche gracias a los pulmones de su pequeña acompañante. Evidentemente, se había cansado de la música, por lo que se había puesto a llorar con todas sus fuerzas, distrayendo a Josh de sus pensamientos.

—Bonita, no hagas eso —musitó él, agarrándose la cabeza con una mano. Se le estaba formando un dolor entre los ojos que resultaba insoportable.

Unos enormes ojos azules lo miraron. Luego, la niña abrió la boca y rompió de nuevo a llorar.

Josh no sabía lo que hacer. El no tenía experiencia con los niños. ¡Y, además, era una niña! Tal vez si huhiera sido un niño, habría sabido mejor lo que tenía que hacer. Pero con una niña...

Una vez más, se puso a revisar mentalmente el listado de sus amigas y sacudió la cabeza con desesperación. Su única familia era una prima lejana en Boston. Además, no había salido con nadie regularmente desde Julie, y mira las consecuencias... Atónito, volvió a mirar a la niña.

Mientras conducía, iba examinando el vecindario. No es que esperara encontrar allí la respuesta, ya que el mundo parecía ajeno a

las dificultades que estaba pasando en aquellos instantes. Sin embargo, de repente vio el letrero luminoso del restaurante Lucky Charm.

¡Mike O'Connor! Josh había trabajado para él un par de años atrás, justo antes de que el hombre falleciera. Tenía un par de hijas, y Josh había descubierto una tercera de la que Mike no sabía la existencia. Justo como le había pasado a él...

¿Cuáles eran los nombres de sus hijas? Kathryn, Mary Margaret y... y Susan. Eso era. Con mucha rapidez, metió el coche en el aparcamiento. Eran casi las diez. Aunque sólo fuera eso, ellas le darían algo de leche para la niña. Y tal vez consejo. Aceptaría todo lo que le dieran.

Mary Margaret O'Connor sonrió. Kate iba a ponerse muy contenta. No es que Kate dependiera ya del dinero que sacaban con el restaurante. Se había casado con Will. pero cuanto más dinero sacaran con el restaurante, más podrían ayudar a Susan.

Kate entregaba un tercio de los beneficios del restaurante a Susan. otro tercio a Maggie y ella se quedaba un tercio. Después de todo, el restaurante era el legado que su padre les había dejado a las tres.

Si su padre levantara la cabeza, ni siquiera reconocería el restaurante. Kate lo había reformado para hacerlo adecuado para la gente elegante de Kansas City.

De repente, los pensamientos de Maggie se vieron interrumpidos por un ruido. Al principio, había pensado que era una sirena, pero muy pronto se dio cuenta de que era un bebé llorando.

La curiosidad hizo que se levantara de la silla. Tomando una taza vacía como excusa, Maggie salió de su pequeño despacho, que estaba detrás de la cocina y se dirigió al restaurante.

Una vez allí, vio a un hombre muy guapo que tenía una niña en brazos. La sostenía como si fuera una bola de jugar a los bolos y no supiera lo que hacer con ella.

—Me alegro de que hayas venido —dijo Wanda, la camarera del turno de noche.

—¿Qué pasa? —preguntó Maggie, proyectando su voz sobre el llanto de la niña. ¿Por qué no hacía nada aquel hombre para callarla?

—Este hombre te está buscando a ti o a Kate —replicó la camarera, que se dio la vuelta tras echar una última mirada a Josh.

Maggie también lo miró. ¿Qué podía querer aquel hombre de ella? De repente, deseó con todas sus fuerzas que su hermana mayor estuviera allí. Aquel hombre era lo suficientemente guapo como para dejar a una mujer sin habla. Llevaba unos vaqueros muy ajustados y tenía los hombros muy anchos y unos brillantes ojos azules. Sin saber por qué, Maggie sintió que algo se le deshacía por dentro.

—¿Es usted Mary Margaret? ¿La hija de Mike O'Connor?

—Maggie. Me llamo Maggie.

—Maggie, tengo un problema.

—¿Qué problema? —preguntó Maggie, imaginándose cuál era el problema pero sin saber lo que la niña tenía que ver con ella.

Para su sorpresa, él le extendió la niña. Automáticamente, ella extendió los brazos y tomó a la niña, que no dejaba de llorar. Luego la acunó suavemente, estrechándola contra su pecho.

—Vale, cielo, no llores. Venga, no llores.

Inmediatamente, la niña dejó de llorar. Los pocos clientes que había en el bar empezaron a aplaudir. Para sorpresa de Maggie, el hombre se dio la vuelta y se dirigió a ellos, poniéndose un dedo en los labios.

A pesar de que Maggie no dejó de acunar a la niña, tampoco le quitaba los ojos de encima a aquel extraño. Enseguida, él se volvió a mirarla y lo hizo de una forma que consiguió que Maggie se pusiera nerviosa.

¿Quién es usted? —preguntó ella, mientras los ojos de la niña se cerraban suavemente.

—Josh McKinley.

Maggie rebuscó mentalmente en la lista de personas que conocía, sin recordar quién era aquel hombre. Sin embargo, el nombre le resultaba familiar. ¿Dónde lo había oído antes? La mayoría de los hombres que ella conocía trabajaban en la empresa de contabilidad donde ella trabajaba. Sin embargo, aquel hombre no era uno de sus compañeros. No con aquellos músculos. Ella nunca lo habría olvidado.

—Lo siento, pero no...

—Soy investigador privado. Tu padre me pidió que encontrara a tu hermana.

—¡Ah, Sí! Mi padre mencionó...

—Sé perfectamente que no se me debe nada, pero necesito una mujer.

Maggie abrió la boca, para volver a cerrarla rápidamente.. Si alguien hubiera necesitado a una mujer, una mujer O'Connor, con toda seguridad habría sido Kate,

su vivaracha hermana pelirroja. No a la aburrida de Maggie.

—¿Por qué? —susurró ella.

—¿Qué por qué? Pues por el bebé, ¿qué otra cosa iba a ser si no? —preguntó él, como si ella le acabara de hacer la pregunta más tonta del mundo.

—¿Está buscando una niñera? ¿Y por qué se cree que yo sabría dónde...?

—No necesito una niñera —le interrumpió él, frotándose la frente —. Bueno, efectivamente, necesitaré una niñera en el futuro, pero justo ahora lo que necesito es alguien que me diga lo que tengo que

hacer.

Maggie había estado segura de que, si seguía preguntándole cosas, aclararía rápidamente lo que aquel hombre quería. Sin embargo, con cada pregunta, la situación parecía complicarse más.

—¿Qué hacer con qué? —preguntó Maggie. Aquella vez, la voz le salió más fuerte que anteriormente y la niña rompió de nuevo a llorar.

—¡Con eso! —exclamó él, completamente desesperado.

—¿Con el bebé? —insistió Maggie, colocándosela encima del hombro para poder darle golpecitos en la espalda.

—¡Pues claro! ¿De qué otra cosa iba a estar hablando si no?

—Mire, señor McKinley —replicó Maggie, harta de aquella conversación que no parecía llevarles a ninguna parte—. Creo que es mejor que empecemos por el principio. ¿De quién es este bebé?

—Mío —respondió él, de mala gana.

—¿Suyo? ¿Usted es el padre?

—¡Sí, maldita sea!

—¿Cómo se llama la niña?

—¿Cómo sabes que es una niña?

—Porque va vestida de rosa.

—Ah...

—¿Cómo se llama? —insistió Maggie.

—Se llama... ¡Maldita sea! No me acuerdo.

—¿Que no se acuerda del nombre de su hija? —preguntó Maggie, que no salía de su asombro.

—Yo... —empezó Josh, sonrojándose—... Ha sido un shock para mí. Tú no lo entiendes. Yo ni siquiera sabía que existía hasta que... que ellos me la han dado. Sé que me dijeron el nombre. Es un nombre algo clásico —añadió él, frotándose la frente—. Ya me acordaré.

—No me puedo creer que no sepa el nombre de su...

—¡Oye, deja de echarme la bronca! Ya te he dicho que... Además, está en los papeles que tengo en el co— che —añadió, dándose la vuelta.

—¿Dónde va? —preguntó Maggie, temerosa de que no volviera.

—Al coche, a ver cómo se llama. Eso es lo que querías, ¿no?

—¡No! Quiero decir... ¿cómo sé que va a regresar?

Resultó evidente que aquella pregunta no había gustado a Josh. De repente, se echó mano al bolsillo de atrás y se sacó la cartera.

—Aquí tienes mi permiso de conducir, mi dinero y mis tarjetas de crédito. ¿Te vale con eso? —preguntó, poniendo la cartera en la barra y dirigiéndose a la puerta.

Maggie no se movió. Se quedó quieta, con la niña en brazos, mirando la cartera como si temiera que ésta se levantara y echara a correr detrás de su dueño.

Dos minutos más tarde, él volvió a aparecer con una pequeña

bolsa.

—Todo está aquí —musitó, rebuscando en la bolsa. Luego, con una expresión triunfante en el rostro, sacó unos papeles—. Virginia Lynn. Así se llama. Virginia Lynn.

—¿Ginny? ¿Es así como te llamas, cielo? —preguntó Maggie a la niña, levantándosela del hombro. Entonces, a la niña le dio hipo y luego tomó el pelo de Maggie—. ¿Cuándo ha comido por última vez?

—Le dieron un biberón a las cuatro, porque yo no había llamado. Recuerdo claramente que me dijeron a las cuatro.

—De acuerdo, entonces probablemente lo que le pasa es que tenga hambre. ¿Qué es lo que come?

—Vaya, ¿por qué me estás haciendo todas esas preguntas? Yo no sé nada de niños. Por eso necesito una mujer.

—¿Han puesto algo en la bolsa?

—Tiene el biberón aquí, pero está vacío —respondió él, sacándolo de la bolsa y dándoselo a ella.

—¡Wanda! —exclamó ella, llamando a la camarera por encima del hombro—. ¿Puedes esterilizar este biberón y llenarlo de leche?

—¿Leche entera o descremada?

Maggie miró a Josh, sin saber lo que responder. El se encogió de hombros. Pareció que le iba a devolver a la niña. Sin embargo, él dio un paso atrás.

—Oye, no te irás a rendir porque yo no sepa el tipo de leche que toma la niña, ¿verdad?

—¡Claro que no! Sin embargo, pensé que tal vez pudieras tomar a la niña mientras yo llamo a mi hermana Mi sobrino tiene casi un año. Kate sabrá lo que tenemos que hacer.

De mala gana, él volvió a tomar en brazos a la niña, apretándola contra su cuerpo, como si estuyiera intentando repetir lo que había hecho Maggie. Esta se dirigió al teléfono. En ese momento, la niña empezó de nuevo a llorar.

—Me odia —protestó él, siguiendo a Maggie.

—No sea tonto. Probablemente no está acostumbrada a una voz de hombre. Hable más suavemente —sugirió ella, mientras marcaba el número de su hermana Kate—. Kate, ¿sabes qué tipo de leche debería tomar un bebé? —preguntó Maggie, en cuanto respondió su hermana.

—¿Maggie? ¿Cómo dices? —replicó Kate, en cuanto hubo reconocido a su hermana.

—Hay un hombre aquí con una niña pequeña y le estamos preparando un biberón, pero no sé si debe tomar leche entera o descremada.

—¿Qué edad tiene la niña? —preguntó Kate. Maggie no se atrevía a pedirle al hombre más información, pero no le quedaba ninguna elección.

—¿Qué tiempo tiene la niña? —inquirió Maggie, sin esperar realmente que él lo supiera.

—Ocho meses —respondió él, dejándola de lo más sorprendida—. Nació el octubre pasado.

Tras repetirle aquella información a su hermana, Kate respondió:

—En ese caso, la leche entera vale. Probablemente también pueda tomar un poco de puré de patatas si no lo condimentáis mucho. Oye, ¿puedes explicarme lo que está pasando?

Maggie le explicó todo lo que Josh McKinley le había contado.

—Oye, tal vez tu hermana podría hacerse cargo de la niña por esta noche —sugirió él a Maggie.

—Lo dudo —replicó ella, dándose cuenta de repente de lo cerca que él estaba de ella.

—Pregúntaselo.

—Kate, este hombre quiere saber si puedes hacerte cargo de Ginny por esta noche.

—¿Cómo? —gritó Kate—. No, no, dile que no puedo.

Nate está con varicela y no creo que fuera una buena idea...

—No, claro que no. Tienes razón.

—Mira, estoy dispuesto a pagar —le decía Josh por otro lado.

—El hijo de mi hermana tiene varicela —le explicó Maggie.

Antes de que él pudiera responder, Ginny empezó de nuevo a sollozar.

—Es mejor que cuelgues y vayas a darle algo de comer —dijo Kate, desde el otro lado de la linea—. No te olvides de cambiarla de pañal. Probablemente está mojada.

Maggie colgó el teléfono y le preguntó a Josh:

—¿Tiene pañales secos? ¿Cuándo la cambió por última vez?

—¿Cambiarla? —preguntó el hombre, sin saber realmente a lo que ella se refería—. ¿Quieres decir...? —añadió, señalando con un gesto el culete de la niña.

—Pues claro que es eso a lo que me refiero. No la ha cambiado todavía, ¿verdad? ¿Desde cuándo hace que la tiene con usted?

—Desde hace un par de horas. Yo no sabía lo que tengo que hacer.

—¿Tiene pañales?

—Es mejor que mires tú —sugirió él, apretando a la niña como si temiera que ella fuera a echar a correr.

Maggie abrió la bolsa y encontró cinco pañales.

—Menos mal. Le llevaré a dónde pueda cambiarla mientras yo le preparo un puré de patatas y un biberón.

—¿Puré de patatas?

—Mi hermana me ha dicho que ya lo puede tomar.

Venga conmigo.

—¡Un momento! —exclamó él, sin perderle paso—. No sé... yo

nunca... Es mejor que la cambies tú!

—No es nada difícil, señor McKinley. Y ella es su hija.

Maggie tampoco estaba dispuesta a admitir que ella tampoco tenía mucha experiencia en el tema. Con un gesto rápido le señaló el sofá que había en su despacho y se marchó de la habitación sin poder dejar de sentirse culpable. Esperaba que la pobre Ginny no lo pasara demasiado mal por la falta de experiencia de su padre.

Ya en la cocina, Maggie calentó un poco de puré de patatas que Kate había preparado antes de marcharse mientras Wanda esterilizaba el biberón en silencio. Aquello era una señal inequívoca de que la camarera estaba enfadada. De un golpe, dejó el biberón en la encimera, al lado de donde se estaba calentando la leche.

—¡Ahí tienes! Ya está limpio. Pero me parece que deberías echar a este tipo a la calle. Toda esa historia me parece una sarta de mentiras.

—Pero si todavía no nos ha contado nada, Wanda. Además, la niña es un cielo.

—¡Ya te lo he advertido! —le espetó la camarera, saliendo de nuevo a restaurante, en el mismo momento en el que Josh entraba en la cocina con la niña.

—Ya la he cambiado —dijo él.

Maggie miró cómo le había puesto el pañal. Lo tenía algo torcido y las etiquetas adhesivas estaban pegadas en extraños ángulos, pero al menos se lo había puesto.

—Buen trabajo —respondió ella, sintjéndose generosa.

—He tenido que tirar dos pañales —admitió él—. Esas cosas se pegan donde no deben.

—Entonces, cuando se marche de aquí es mejor que pare a çomprar pañales. Los dos que le quedan no le van a durar mucho —afirmó ella, recordando lo que protestaba su hermana por el número de pañales que usaba Nathan.

Pareció que, de nuevo, el pánico se apoderaba de Josh. Sin embargo, al acercarse a Maggie, Ginny se rebulló, extendiendo los brazos para que Maggie la tomara. El corazón de Maggie le dio un vuelco y tomó a la niña entre sus brazos.

—¡Cielo! ¿Tienes hambre? —preguntó, mientras se las arreglaba para sujetar a la niña con una mano y con la otra tomaba el plato de puré—. Llena el biberón con esa leche templada y tráemelo —le ordenó a Josh antes de desaparecer por las puertas que llevaban al restaurante.

Parecía que había cuidado a Ginny todos los días de su vida.

Josh vio cómo el atractivo trasero de Maggie desaparecía por las puertas. Luego sacudió la cabeza. ¿Cómo podía fijarse en aquellas cosas en un momento como aquél? Tenía una niña de la que ocuparse.

Ginny. Tenía que ocuparse de Ginny.

Pero Ginny quería a Maggie. El no podía culpar a la niña, pero tampoco podía negar que se sentía algo celoso.

Dándose cuenta de que aquellos pensamientos eran una tontería, llenó el biberón con la leche, apretó bien la tetina y siguió a Maggie.

—¿Ha comido? —preguntó Maggie, cuando él llegó al pequeño cubículo donde ella estaba sentada.

—¿Yo...? No —respondió él, un segundo después—. He estado muy liado con Ginny...

—Wanda, tráele a este hombre un menú —le ordenó Maggie, sin dejar de mirar a la niña.

Josh comprendió el por qué. Aquella criatura parecía tener de repente ocho manos, moviéndolas incesantemente, tratando de agarrar la cuchara.

Entonces, le distrajo el menú que Wanda le colocó delante. Enseguida encontró lo que quería pedir y la camarera le trajo la comida en un abrir y cerrar de ojos.

Después de comer, tan educadamente como pudo, se inclinó sobre el respaldo del asiento y se dio cuenta de que Maggie, con la niña en brazos, lo miraba en silencio.

Ginny no lo estaba mirando. Acurrucada contra el pecho de Maggie, la niña dormía tranquilamente. En aquel momento, Josh se dio cuenta de lo que él necesitaba.

—¿Quieres venir a casa conmigo? —preguntó él.

Capítulo 2

Sin poder articular palabra, la tímida Maggie O'Connor contempló al hombre que tenía delante de ella.

Las mejillas de él estaban ruborizadas y parecían a punto de estallar.

—Lo digo por la niña, claro —añadió él apresuradamente—. Ven a casa a ayudarme con Ginny.

Maggie no consiguió articular palabra.

—Te prometo que no busco ninguna otra cosa. No me refiero a nosotros... Tu padre siempre confió en mí. Así que creo que tú también puedes hacerlo —explicó él, consiguiendo controlar por fin lo avergonzado que estaba.

—No creo...

—Piensa en Ginny. Yo no sé cómo cuidarla. Cada vez que la toco, se pone a llorar. Su madre acaba de morir y...

—¿Que su madre acaba de morir? —repitió Maggie.

—Sí, así que...

—¡Pues no parece estar muy afectado! —le espetó ella.

—Tampoco es que lo esté celebrando —replicó él, lleno de frustración—, pero es que no había visto a Julie desde hacía casi un año y medio. Ella nunca me habló de Ginny. Hasta hoy no he sabido que ella había muerto y que Ginny había venido al mundo. Ha sido un día muy duro.

Maggie giró la cabeza para mirar a la niña y no pudo dejar de sentir compasión por aquella pequeña huérfana. Su propia madre había muerto cuando Maggie nació. Ella y Ginny tenían mucho en común.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó ella.

—Sigo esperando que vengas a casa conmigo.

Maggie lo estudió. Era un hombre muy guapo. Muchas mujeres no se cuestionarían el tener que ir a su casa e incluso se sentirían desilusionadas de que él no les hiciera aquella pregunta. Sin embargo, a Maggie no le sorprendió que él le prometiera que no quería nada de ella.

Kate siempre le había dicho que ella no emanaba las ondas que atraen a los hombres solteros. Maggie no sabía si eso era cierto, pero le costaba mucho menos vérselas con los números que con los hombres.

—¿Dónde vive?

—Tengo un piso a unas pocas manzanas de aquí —respondió él, esperanzado—. Cerca del Plaza.

Maggie se dio cuenta de que debía tener mucho éxito como investigador privado. Aquella era una zona cara de la ciudad.

—Aunque yo me ocupe de Ginny esta noche, con eso sólo va a

conseguir retrasar el problema veinticuatro horas —respondió Maggie.

—Mi lema es «Día a día» —explicó él, con una sonrisa que probablemente le conseguía lo que quería de una mujer.

—¿Por qué se la ha quedado?

—¿Cómo? —preguntó él, como si le hubieran echado un vaso de agua fría en la cara.

—He dicho que...

—Te he oído perfectamente. Porque soy su padre.

—¿Está seguro de eso?

—¿Por qué me estás haciendo todas estas preguntas?

¿Qué tiene que ver eso contigo? Te he pedido que me ayudes a cuidarla durante veinticuatro horas, no que me escribas una biografía.

—Me parece que usted debería ser más amable conmigo si se tiene en cuenta que me está pidiendo que le haga un favor...

—Ah. Lo que quieres es saber cuánto estoy dispuesto a ofrecerte. Es eso, ¿no?

—Aquí tiene a su hija, señor McKinley —replicó Maggie, enfurecida—. Ahora, márchese. Yo no necesito sus insultos.

—¡Espera! —protestó él, con los ojos llenos de pánico—. Yo no quería insultarte. Y sé que me estarías haciendo un enorme favor. No me importa pagar.

—No creo que yo haya pedido dinero.

—Maggie, por favor... Ayúdame. Sólo hasta mañana.

Maggie nunca había tenido intención de acceder a aquella locura. Después de todo, ella no lo conocía. Tal vez su padre había confiado en él y le había contado sus secretos familiares, pero no por eso tenía que volver y esperar lo mismo de sus hijas.

Sin embargo, a Maggie le preocupaba lo que pudiera pasarle a Ginny. No es que ella supiera mucho de bebés, pero seguramente sabía más que él. Había cuidado de su sobrino en varias ocasiones.

—Por favor... —insistió él, suplicándole con unos ojos azules idénticos a los de Ginny.

—Yo... Supongo que podría ayudarlo esta noche. Me llevaré a Ginny a casa y podrá venir a recogerla por la mañana —sugirió ella, apretando a la niña contra su pecho.

—¡No!

—Pero usted ha dicho... —respondió Maggie, parpadeando al ver que el hombre se ponía de pie como un rayo.

—Te he pedido que me ayudes, no que me quites a mi hija.

—Pero yo no puedo pasar la noche en su casa. Eso sería...

—Eso sería lo mejor. Prometo que no te tocaré. Ginny necesita acostumbrarse a su nueva casa.

Maggie intentó imaginarse lo que sería estar en el mismo apartamento que Josh McKinley. Probablemente, era la típica casa de

soltero, completamente inadecuada para un bebé.

—No creo que eso sea una buena idea.

—No te vas a llevar a Ginny a ningún otro sitio. Ella se queda conmigo. Pero necesitamos tu ayuda.

Ginny frunció los labios, como si todavía estuviera tomando el biberón y Maggie sintió que el corazón se le llenaba de amor por aquella pequeña criatura. Había oído hablar de amor a primera vista en muchas ocasiones, pero nunca habría pensado que el objeto de aquel amor pudiera ser una niña.

—De acuerdo. Ayudaré hasta mañana. Me marcho a trabajar a las siete y media.

—¡Maggie, eres la mejor! —exclamó él, dedicándole aquella encantadora sonrisa—. ¿Estás lista? Necesitamos comprar pañales y leche antes de ir a casa.

Josh no podía creer la suerte que había tenido. Había convencido a Maggie para que le acompañara a su casa y cuidara de Ginny.

Después de colocar a Ginny en su sillita en el asiento de atrás, fueron a una de las tiendas que permanecían abiertas las veinticuatro horas. Josh sabía perfectamente dónde estaba porque era donde hacía habitualmente sus compras.

Maggie se quedó en el coche mientras él compraba lo necesario. Luego se dirigieron a su apartamento.

—Espero que no te importe no ir primero a tu casa, pero nos llevaría una hora ir al norte de Kansas City para luego volver. Te he comprado un cepillo de dientes.

—Gracias. Te lo pagaré en cuanto instalemos a la niña —replicó ella con frialdad.

—Venga, Maggie. Yo no quería insultarte antes. Ya me he disculpado.

—Sí, claro. Pero eso no significa que no vaya a pagarte el cepillo de dientes.

—Debería haberme imaginado que ibas a ser testaruda. Después de todo, eres irlandesa. Igualita que tu padre.

—Yo no me parezco a mi padre —respondió ella, sonriendo.

—Pues me podrías haber engañado —concluyó él, mientras parecía anotar mentalmente lo que ella había dicho.

No intercambiaron más palabras hasta que llegaron al aparcamiento de él.

—Si no te importa llevar a Ginny, yo me encargaré de todo lo demás.

Había dos maletas, que le habían dado en el Centro de Protección del Menor y la bolsa de la compra. Mientras se dirigían a la puerta principal de su piso, Josh se dio cuenta de que su vida había cambiado. Cuando salió de allí aquella mañana, ni siquiera sabía que

tuviera una hija.

Efectivamente, todo había cambiado. Sin embargo, él no iba a permitir que aquello afectara su vida.

Maggie iba en primer lugar, todavía asombrada de haber aceptado aquella situación. Nunca había pasado la noche con un hombre, ni siquiera de canguro. Le era imposible no estar nerviosa.

Cuando Josh le indicó la puerta del piso, ella se preguntó lo que encontraría en aquel apartamento. Siempre había oído que los solteros eran muy desordenados. Cuando él abrió la puerta y le indicó que entrara primero, Maggie se preparó para lo peor.

Para su sorpresa, el apartamento era espacioso. El salón era muy acogedor, con sólo algunas cosas fuera de lugar.

—Es muy bonito.

—¿Qué esperabas? ¿Una leonera?

—No, pero había oído... bueno, que algunos hombres no son muy ordenados.

—No vayas a ponerme un halo de santo encima de la cabeza, Maggie. Tengo una asistenta que viene a limpiar una vez a la semana. Estuvo ayer aquí.

—Bueno, por eso no deja de ser bonito. Me gustan los colores —dijo ella. admirando los masculinos verdes, negro y tabaco.

El asintió y se dirigió hacia el pasillo.

—Tú y Ginny podéis dormir en mi cama. Es por aquí.

—Pero ella no puede dormir en una cama normal. Puede darse la vuelta y caerse —protestó Maggie.

—¿Que se puede dar la vuelta? —preguntó Josh, mirando a la niña como si fuera a hacerlo allí mismo.

—Sí. Aprenden a darse la vuelta cuando tienen unos cuatro meses. Probablemente, Ginny sepa también gatear.

—¿Y qué vamos a hacer? Yo no tengo cuna —afirmó él, con una expresión aturdida en el rostro.

Parecía tan preocupado por su hija que Maggie tuvo que reprimir el impulso de abrazarlo. De hecho, a parte de las dudas que todavía le atenazaban, tenía que reconoce que, para ser un tipo tan duro, era muy sensible a las necesidades de la niña.

—Tal vez podamos poner unas almohadas alrededor de ella y construir una barrera para que no pueda caerse.

—Es una buena idea. Gracias a Dios estás aquí conmigo, Maggie. No me las hubiera podido arreglar sin ti.

Maggie saboreó aquellas palabras mientras le seguía al dormitorio. La cama era enorme, por lo que Ginny y ella tendrían mucho espacio.

—¿Tienes otra cama? —preguntó ella—. ¿Dónde vas a dormir tú?

—La otra habitación es mi despacho en casa. Dormiré en el sofá —respondió él mientras ponía el respaldo de una silla contra la cama—.

Voy a por otra silla.

Maggie tumbó a Ginny en la cama y le miró el pañal. Tal y como había esperado, tenía que volver a cambiarla. Tras desabrocharle el mono, le sacó los piececitos de las perneras.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Josh.

—Estoy cambiándole el pañal. Lo tiene mojado.

—¿Otra vez?

—Los niños son así. ¿Te importa traerme un pañal limpio?

Sin decir palabra, él salió corriendo y volvió rápidamente con un pañal limpio.

—¿Es que no tienes miedo de que se despierte?

—Creo que está agotada y no se despertará —susurró Maggie—. Tanto llorar acaba por dejar exhausto a un niño.

—Me alegro de que sirva para algo —musitó él, concentrándose en construir la barrera con la otra silla.

—¿Tiene ropa limpia en esas maletas? —preguntó ella, quitándole un poco de puré del vestidito.

—Voy a por ellas.

Dentro, descubrieron numerosas prendas de vestir y varios juguetes. Maggie no pudo dejar de pensar en la madre de la niña y en todas las cosas que se había preocupado de comprarle.

—Su madre se ocupó bien de ella.

—Sí. Lo único que no le dio fue un padre.

Maggie no supo lo que contestar. Escogió un precioso pijama de color rosa y se lo puso a la niña sin despertarla.

—No me puedo creer que esté durmiendo tan profundamente —musitó Josh.

Maggie sonrió, pero no dijo nada. Al ver cómo había puesto Josh las sillas, supo que Ginny dormiría segura. Apartó la colcha y metió a la niña en la cama, emitiendo un suspiro de alivio al ver que la niña seguía durmiendo plácidamente.

—Es preciosa, ¿verdad?

—No era eso lo que pensabas cuando llegaste al restaurante —dijo ella, con una sonrisa.

—Los niños no están tan guapos cuando están llorando. ¿Crees que se acostumbrará a mí alguna vez?

Los sentimientos que aquellas palabras produjeron en Maggie la asustaron y luchó por distanciarse de Josh. Sin embargo, no pudo evitar darle ánimos.

—Claro que lo hará. Las niñas siempre adoran a sus papás.

—¿Adorabas tú al tuyo?

—¡Claro!

—Me pareció que te molestabas un poco cuando te dije que te parecías a él.

—No es que me molestara, pero mi padre a menudo decía que yo no parecía de la familia, al contrario que él y Kate —confesó ella, dejando a un lado el dolor que aquella afirmación le había producido siempre—. Bueno, creo que es mejor que me vaya a la cama. Normalmente me levanto a las siente, pero mañana tendré que hacerlo a las seis y media para poder ir a casa a cambiarme. Espero darme cuenta si Ginny necesita algo. Tengo un sueño muy profundo.

—Estoy seguro de que ella se encargará de que te enteres. Después de pasarme la tarde entera oyéndola gritar, sé perfectamente los buenos pulmones que tiene.

—Eso espero.

—Te traeré una camiseta para que te la pongas —dijo, sacando una del armario, para luego ir al salón a por el cepillo de dientes que le había comprado.

Después de desearse buenas noches, Maggie fue al cuarto de baño, que estaba dentro de la habitación, y se preparó para irse a la cama. Incluso tomó una rápida ducha y se lavó la ropa interior, colgándola del toallero. Luego se puso la camiseta, que casi le llegaba hasta las rodillas y abrió la puerta, metiéndose rápidamente en la cama. Justo cuando acababa de hacerlo, él llamó a la puerta.

—¿Sí? —preguntó ella suavemente, con el corazón latiéndole a toda velocidad.

—¿Necesitas algo? —preguntó él, a través de la puerta.

—No, las dos estamos bien.

Al menos así sería si Maggie hubiera podido olvidar que él estaba durmiendo en la habitación de al lado. ¿Se le habría olvidado el pijama? Tal vez por eso había venido a la puerta.

Maggie estuvo a punto de preguntarle si necesitaba algo, pero el sentido común se lo impidió. No le parecía que Josh McKinley fuera de los hombres que llevan pijama.

Josh le deseó buenas noches. Maggie se dio la vuelta y mulló la almohada. Pocos minutos después, Maggie, en contra de lo que había imaginado, se durmió.

Un estridente tintineó despertó a Maggie de su sopor. Ella extendió la mano hasta el sonido y consiguió levantar el auricular del teléfono.

—¿Sí? —musitó, dejando caer la cabeza de nuevo sobre la almohada.

Como nadie respondió, estuvo a punto de quedarse dormida. Entonces, una voz ronca le preguntó:

—¿Dónde está Mac?

—No sé —susurró ella. Estaba a punto de colgar el teléfono cuando la puerta de la habitación se abrió.

—¿Ha sido eso el teléfono, Maggie?

¿Por qué había un hombre en su dormitorio?, se preguntó ella,

mirando confusa a la figura que se acercaba a ella.

—Quieren hablar con Mac.

—Ese soy yo —replicó él, quitándole el teléfono—. Mac al habla.

Maggie dejó que se le cerraran los ojos, ignorando la conversación que se estaba produciendo. Lo único que quería era volverse a dormir.

—¡Maldita sea! Voy enseguida —exclamó él, dejando luego paso a un bendito silencio, que se vio de nuevo roto por aquella voz tan sensual—. Maggie, tengo que irme. Volveré tan pronto como pueda.

—Mmm.

La puerta se cerró, dejando la habitación en una oscuridad total. El sueño la reclamaba.

—¡Ba—ba—ba—ba—ba!

Magie se dio la vuelta. ¡Qué noche tan extraña!

Había soñado que había un hombre en su dormitorio y que en aquellos momentos, alguien, o algo, estaba balbuceando... Maggie se sentó en la cama de un salto. ¡La niña!

—Ginny, ¿te encuentras bien?

La niña estaba tumbada sobre la barriguita, con la barbilla cubierta de babas. Además, estaba sonriendo a Maggie.

—Ya veo que sí, aunque estoy segura de que ya estás lista para que te cambie de pañal y te prepare el desayuno. Si nos damos prisa, me dará tiempo. Luego tu padre se ocupará de ti.

Maggie se levantó de la cama y fue al cuarto de baño para vestirse mientras no dejaba de vigilar a Ginny para que no se cayera de la cama.

Cuando estuvo vestida, tomó a la niña en brazos y abrió la puerta del dormitorio.

—Tal vez es mejor que no hagamos mucho ruido por si tu padre está todavía durmiendo —susurró Maggie, entrando de puntillas en el salón.

Entonces, se dio cuenta de que el sofá estaba vacío. Ginny, sin darse cuenta de que Josh no estaba, empezó a sollozar, distrayendo a Maggie de su descubrimiento.

Enseguida encontró los pañales y volvió a la habitación con la niña. Tras sacar un trajecito limpio de la maleta, la cambió de ropa, sin dejar de preguntarse dónde estaría Josh. Tal vez había salido a comprar el periódico, o bollitos para el desayuno. Al pensar en los bollitos, el estómago empezó a hacerle ruidos. O tal vez estaba en el otro cuarto de baño. Sin embargo, no había oído coirer el agua.

—Bueno, ya estás mejor, ¿verdad, cielo? Vamos a preparar el desayuno.

De camino a la cocina, comprobó que no había nadie en el otro cuarto de baño. Tampoco había nadie en la cocina. ¿Cómo iba a preparar huevos revueltos y a tener en brazos a Ginny al mismo

tiempo?

Volvió al dormitorio a mirar en las maletas y descubrió una enorme manta de bebés. Tras quitar la colcha de la cama, la plegó varias veces y la puso en el salón, colocando la manta encima. Luego puso a la niña en el centro con uno de sus juguetes. La niña pareció estar a gusto.

Rápidamente, Maggie se dirigió a la cocina y preparó el desayuno y un biberón para Ginny.

Dos horas después, Ginny seguía jugando tan contenta encima de la manta. Maggie, sentada muy rígida en el sofá, veía las noticias matinales. Había puesto la televisión para ver si Josh McKinley era el protagonista de alguna noticia. No había vuelto de ninguno de los lugares a los que Maggie imaginaba que había ido.

Mientras esperaba, recordó vagamente una llamada de teléfono y que Josh le decía que volvería tan pronto como pudiera.

Ella tenía que irse al trabajo. Llevaba en la firma Jones, Kemper & Jones desde que había terminado sus estudios universitarios hacía cuatro años y nunca había faltado a trabajar ningún día.

Sin embargo, aquel día tuvo que llamar para decir que estaba enferma. Se imaginaba que Josh saldría en las noticias como víctima de un asesinato. Si no era así sería ella la que lo matara cuando entrara por la puerta.

Capítulo 3

Hasta que Josh no salió a la luz del sol, cerca de las diez de la mañana, no se acordó de Ginny... ni de Maggie OConnor. De repente, recordó por qué nunca había considerado casarse y tener hijos.

—Maldita sea...

El hombre que había a su lado era su mejor empleado, Pete, le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Estás seguro de que no tiene que ver nada con la voz que me contestó el teléfono cuando llamé a tu casa a las tres de la mañana?

—Me imagino que por eso eres tan bueno en tu trabajo, Pete. Porque te imaginas las cosas.

—No te preocupes, jefe. Regresará. Ya sabes que tu trabajo de detective les hace pensar que eres una mezcla de Superman y de Dick Tracy.

—Y supongo que tú fomentas esa imagen, ¿verdad?

—Sólo si es lo que ellas quieren. Ya sabes cómo son las mujeres.

Eso era lo que Josh había pensado siempre. Pero, de algún modo, algo le hacía pensar que una cierta señorita no iba a aceptar su profesión como una razón de peso ptra abandonar a su hija.

—¿Tenemos algo más que no pueda esperar? —le preguntó Josh, sintiéndose agotado de repente.

—No lo creo. ¿Quieres que Don y yo nos encarguemos de todo durante un par de días?

—Sí. Tomaré unas horas libres hoy para recuperar sueño, pero dile a Sharon que no me llame a menos que sea inevitable. Tengo otras cosas que hacer.

—De acuerdo, jefe.

Josh se dirigió a su cuatro por cuatro, sintiéndose como si tuviera noventa años. Siempre había pasado las noches en vela sin ningún problema. ¿Sería que, con treinta y dos años, se estaba haciendo viejo? Pete sólo tenía unos cinco años menos.

No. Tenía que ser la preocupación por Maggie y Ginny. Ya sabía cuál sería la reacción de Maggie. Había visto cómo su madre limitaba la vida de su padre, queriendo que él se amoldara a sus reglas.

El padre de Josh había sido bombero, muy dedicado a su trabajo. Lo había dejado cuando Josh tenía diez años, dedicándose a vender seguros el resto de su vida. Y había sido todo lo infeliz que un hombre puede ser.

Josh se había casado cuando tenía veinticuatro años. Había pensado que estaba enamorado, pero se aseguró de explicarle bien su trabajo a su esposa y de jurarle que nunca lo dejaría. Seis meses después, la había dejado porque ella había insistido en que él fuera a

trabajar con su padre.

Luego había conocido a Julie, la madre de Ginny. A ella tampoco le había gustado su trabajo. El se lo había explicado y habían estado juntos casi un año hasta que los dos se habían dado cuenta de que les iba bien para tener relaciones sexuales y divertirse, pero para nada más.

Ella le había dejado, sin molestarse en decirle lo de Ginny.

Josh suspiró mientras se sentaba al volante. ¿Qué iba a hacer? Tal y como Maggie había señalado, tenía que tomar una decisión, no sólo para un día sino a largo plazo.

Pero lo primero que tenía que hacer era enfrentarse a Maggie.

Cuando entró en su apartamento, Maggie estaba hablando por teléfono. Ginny no estaba en el salón.

—Iré dentro de un momento, Kate. El señor McKinley acaba de llegar —dijo ella con sarcasmo para luego colgar el teléfono.

—Lo siento, Maggie.

—Qué interesante —replicó ella, fríamente—. Lo dices como si esperaras que esa disculpa fuera suficiente.

—Digo eso porque no sé qué otra cosa decir.

Ella no respondió. Josh se dio cuenta de que Pete estaba muy equivocado. Lo de ser investigador privado no le daba ningún punto.

—Mira Maggie. Tenía un caso muy importante con mi mejor cliente. Había un hombre que estaba a punto de escaparse con un montón de dinero.

—¿Y Ginny? ¿Qué le habría pasado a ella si yo no hubiera estado aquí?

—No sé—respondió él, sabiendo que ella tenía razón.

—Josh, un bebé no puede... No has dormido nada, ¿verdad? —afirmó ella, al ver que a él se le cerraban los ojos.

—No. ¿Dónde está Ginny?

—En la cama, echándose una siesta. Te sugiero que hagas lo mismo.

Aquello era un milagro. Había descubierto una mujer que sabía lo que él necesitaba. Con una sonrisa agradecida, Josh se dirigió al dormitorio. Pero luego, al ver que ella se había puesto en pie y que había recogido su bolso, se detuvo en seco.

—¿Dónde vas?

—A mi casa. Si me doy prisa, puedo cambiarme y llegar a mi despacho para trabajar la mitad de la jornada.

—¡No! ¡No puedes marcharte! Te necesito.

—Josh, a pesar de tu falta de sueño, creo que podrás admitir que he cumplido mi promesa. Te dije que me tenía que marchar a las siete y media. Ahora son las diez y media. Creo que ya está bien.

—Pero... ¿qué pasa si ella se despierta?

—Pues le cambias el pañal, le das de comer y la abrazas un poco. Es muy fácil —concluyó ella, dirigiéndose a la puerta.

A pesar de que estaba cansado, las reacciones de Josh podían ser muy rápidas. Llegó a la puerta antes que ella y se apoyó sobre la madera para que ella no pudiera abrirla.

—Maggie, sólo unas horas más...

—No me puedo creer que tengas la cara de...

—Lo sé. Ya has sido más que generosa. Pero, tan pronto como descanse un poco, tengo que ir a comprar todas las cosas que ella necesita. Y ni siquiera sé lo que puede comer. Sólo ayúdame con eso, ¿lo harás, Maggie? Estoy dispuesto a pagarte por tu tiempo.

Maggie se quedó mirando al hombre que había delante de ella. Las oscuras ojeras y el gesto caído de los hombros le pedían que fuera más comprensiva, incluso más de lo que lo hacían sus palabras. Josh McKinley había pasado una mala noche.

Sin embargo, Maggie creía que, mientras ella le sirviera de bastón de apoyo, él nunca aprendería a ocuparse de su hija. Ni cambiaría su vida para incluir a Ginny.

—Josh, no puedes dejar a la niña en cualquier parte y luego desaparecer. Vas a tener que cambiar tu vida.

—Lo haré, te lo prometo Maggie, pero dame sólo un día. Tú ya has perdido medio día de trabajo. ¿Qué importa si pierdes la otra mitad? Me apuesto algo a que casi nunca faltas al trabajo.

Maggie se dio cuenta de que él tenía razón. Su impecable récord de asistencia al trabajo se había hecho trizas, tanto si perdía medio día como uno entero.

—De acuerdo, me quedaré a ayudarte con las compras. Mientras tú duermes, yo haré una lista de lo que necesitas.

Para su sorpresa, él se inclinó sobre ella y le plantó un beso en la mejilla.

—Gracias, Maggie. Eres un cielo.

Entonces, él se metió a duras penas en el dormitorio, cerrando la puerta suavemente. Maggie se quedó inmóvil, tocándose la mejilla que él había besado. Se iba a quedar por Ginny. Se repitió aquellas palabras una y otra vez hasta que consiguió olvidar lo que había sentido al experimentar aquel beso. Hasta que consiguió olvidar el ansia de creer en aquellas palabras. Hasta que recordó que sólo era Maggie.

—Josh, ya has comprado una cuna, un parque y una trona. ¿Realmente piensas que necesitas comprar una piscina? —le preguntó Maggie. incrédula.

—Pero le gustó tanto el baño, Maggie... ¿No te parece que le gustaría mucho tener una piscina?

Maggie se quedó mirando al extraño que había delante de ella. El

duro detective privado había desaparecido, dejando lugar a un padre deseoso de hacer feliz a su hija. Eso siempre y cuando no tuviera que tomarla en brazos.

Cada vez que ella le sugería que la tomara en brazos, él esgrimía una excusa. Había observado cómo Maggie bañaba a Ginny, riéndose al ver cómo a ella le gustaba salpicar. Le había preparado el biberón, pero había insistido en que Maggie se lo diera. Y en aquellos momentos estaba dispuesto a comprarle el almacén entero.

—No hay piscina. No tienes sitio para eso —afirmó ella, empujando el carrito por el pasillo.

—¿Y un andador?

—Josh, tenemos que terminar las compras —dijo ella, dándose la vuelta para ver que él estaba mirando unos andadores—. Estoy muy lejos de casa y todavía tengo que ir a hacer la compra.

Ella había mencionado lo de ir a casa completamente aposta. Josh le había jurado que sólo la necesitaba para hacer las compras. Maggie tenía que recordárselo a los dos.

Cuando él le había suplicado que se quedara con él, ella se había sentido aliviada. Ginny le había llegado profundamente al corazón. Y esa era la razón principal de que fuera mejor irse.

—Tienes razón, Maggie. Ya nos hemos aprovechado bastante de tu buena naturaleza —dijo él, con una irresistible sonrisa.

Ella le devolvió la sonrisa, con cuidado de ocultar la desilusión que sentía. ¿Desilusión? Debería sentirse aliviada de poder volver a su vida de antes.

—He visto un libro sobre bebés en el otro pasillo. Creo que también voy a comprarlo. Así podré saber lo que tengo que hacer.

—Siempre puedes llamarme si... si tienes algo que preguntarme. Te dejaré mi número de teléfono —dijo ella, a pesar de que probablemente no sabría la respuesta. Sólo había cuidado de su sobrino durante unas pocas horas.

—Eres muy amable. ¿Te importa vigilarla mientras voy a buscar ese libro?

—Claro —dijo Maggie. El hecho de que le pudiera reemplazar por un libro no decía mucho de su habilidad como madre—. Pues no lo he hecho tan mal, ¿verdad, Ginny?

Cuando Josh regresó con el mencionado libro, lo añadió al carrito.

—¿Se te ocurre algo más que pueda necesitar?

—No, Josh. Creo que ya has comprado suficientes cosas como para dos bebés.

—¡Dios! Espero que ya no haya ninguno más. Me da miedo pensar que podría tener más hijos por ahí. Venga —añadió él, empujando el carrito hacia una caja—. Vayámonos.

Maggie no discutió. Levantando a Ginny, que estaba sentada en el

asiento del carro, la acurrucó contra ella. Le dolía mucho dejarlos a los dos solos. Sin embargo, ella no pintaba nada en sus vidas. Era mejor marcharse, mientras no le doliera demasiado, que seguir con ellos hasta que Josh ya no la necesitara.

Josh hizo que uno de los empleados le ayudara a cargar las compras en la trasera del Jeep Cherokee. Maggie ató a Ginny a su asiento y le dio un pequeño sonajero que Josh se había empeñado en comprarle.

—Toma, cielo. Diviértete.

Después de depositar un beso en la regordeta mejilla de la niña, Maggie se sentó en su asiento y se abrochó el cinturón. Por el rabillo del ojo, vio que Josh hacía lo mismo.

Hasta que llegaron al supermercado, él no dijo nada. Si'i embargo, cuando Maggie estaba a punto de bajarse, él la tomó por el brazo.

—Espera. Sólo quiero decirte lo mucho que te agradezco lo que has hecho por mí... y por Ginny. No sé cómo me las hubiera arreglado sin ti.

—No ha sido nada.

—Ha sido mucho. Confiar en mí como tú lo has hecho...

—Me encantaría seguir cuidando de Ginny si no tuviera que trabajar.

—Como tú misma has dicho, eso resolvería el problema durante una noche, pero tengo que hacer planes a largo plazo. Aunque no sé exactamente lo que voy a hacer.

—Tendrás que buscarte una niñera. Alguien que viva contigo y que cuide de ella cuando tú tengas que estar fuera hasta tarde. Hay agencias que se encargan de eso.

—¿Cuánto tiempo crees que tardan en encontrar a alguien? Bueno, yo voy a dejar el trabajo durante unos días, pero siempre hay emergencias.

El pulso de Maggie se aceleró. Antes de hablar, se detuvo para considerarlo. Después de todo, ella nunca había sido impulsiva. Sin embargo, aquellas veinticuatro horas con Ginny y Josh habían sido lo más excitante que le había pasado desde hacía meses. E incluso años.

Toda la vida había andado escondiéndose. Sin embargo, la muerte de su padre le había enseñado una importante lección. La vida no ofrecía garantías. Tenía que vivirla al máximo. Pero todo lo que había hecho había sido volver a su rutina de siempre. Su padre hubiera odiado aquella cobardía.

—¿Por qué no me quedo hasta el lunes? Estoy segura de que, para entonces, ya habrás encontrado a alguien.

—¿Hablas en serio? ¿Estás segura de que podrías hacer eso? —preguntó él, casi tan sorprendido como Maggie.

—Me deben un montón de días de vacaciones y me he enamorado

de Ginny. Es un cielo.

—Si estás segura, Maggie, acepto tu oferta. Sé lo mucho que te debo.

Por la alegría que invadió su corazón, Maggie no pudo asegurar de que no fuera ella la que le debía algo.

Maggie había insistido en ir en su coche después de ir a su apartamento a recoger unas cosas. Josh la había seguido, ya que no le gustaba mucho la idea de que ella volviera sola a casa.

Josh sentía pánico ante los cambios que se estaban produciendo en su vida. Sin embargo, tenía que hacerlos. No podía esconderse de sus responsabilidades.

Al día siguiente, tendría que empezar a llamar a las agencias para encontrar una niñera. Aquello era lo que él necesitaba. Una niñera durante las veinticuatro horas del día. Una como Maggie.

Cuando llegaron al apartamento de Josh, él empezó a montar la cuna, la trona y el parque, dejando que Maggie se ocupara de Ginny.

Era una niña preciosa, pero él no iba a caer en la trampa de tener que dejar por ella un trabajo que adoraba, como su padre había hecho. Y temía que si pasaba mucho tiempo con Ginny, ésta lo atraparía.

Maggie y Ginny aparecieron en la puerta del dormitorio pequeño, en completo desorden con las nuevas compras.

—¿Has terminado ya? Ginny tiene mucho sueño.

—Sí. Acabo de terminar con la trona. Voy a llevarla a la cocina.

—¿Es que no vas a dar a Ginny un beso de buenas noches?

—La haria llorar.

—Yo no lo creo. Ya se está acostumbrando a ti —dijo Maggie. acercándose a él.

—Estoy seguro de que llorará.

—Ginny, ¿a que quieres que papá te dé un beso de buenas noches?

Josh sabía que la niña no podría entender lo que Maggie le había dicho, pero Ginny se acurrucó contra el hombro de Maggie y le sonrió.

—¿Ves? Quiere que le des un beso.

Completamente acorralado, Josh se inclinó sobre la niña y la besó suavemente en la mejilla. Josh se vio invadido por el suave olor de Ginny, todo dulzura y polvos de talco. Rápidamente, dio un paso atrás.

Maggie había lavado las sábanas de la niña y las puso en la cuna. Entonces, tumbó a Ginny y dio cuerda al móvil que habían comprado y que colgaba sobre la cuna del bebé. Ginny abrió mucho los ojos y dio una patada en el aire.

—Creo que le gusta —susurró Maggie, tocando a Josh en el brazo para decirle que saliera de la habitación.

Tras tomar la trona, él se dirigió a la cocina. A cualquier sitio con

tal de escapar de los sentimientos que iban adueñándose del corazón. Al mirar hacia atrás, vio que Maggie no la había seguido.

¿Se habría ido a la cama ella también? Eran casi las diez. Tal vez ella quisiera evitar la conversación con él. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había vivido con una mujer. Se había olvidado de cómo adaptarse.

Los platos de la cena estaban en remojo en el fregadero. Con un suspiro, Josh empezó a cargar el lavavajillas. La señora Lassiter tardaría cinco días en volver. Era demasiado tiempo para dejar los platos sin fregar.

—Josh, creo que me voy a la cama, si no te importa.

El se dio la vuelta, a punto de dejar caer el vaso que había estado enjuagando. Maggie estaba en el umbral, con una bata de algodón. Se había lavado la cara y el pelo le colgaba por los hombros. Parecía tan inocente como Ginny y, de repente, sintió una protectora ternura hacia ella. Y también un deseo que le desconcertó.

—Claro que no. Estoy seguro de que estás cansada.

—No más que tú. Los cambios son difíciles de asimilar.

—Sí.

Ella esperó un momento, como si pensara que él tenía algo más que decir, pero a él no se le ocurría nada.

—Buenas noches —dijo ella por fin, marchándose de la cocina.

Josh tuvo que contenerse para no seguirla, para asegurarle que todo iba a salir bien. Pero no lo hizo porque ni siquiera él sabía que aquello fuera cierto. Ginny era su responsabilidad, pero no sabía lo que hacer con ella. Se aseguraría de que no le faltara de nada, pero ¿cómo?

Terminó de enjuagar los platos. Luego, procuró no acercarse al dormitorio. Aquél era un territorio peligroso. Entonces, decidió que era mejor irse al sofá, para pasar otra noche incómoda. Aquella maldita cosa no era lo suficientemente larga para su cuerpo.

Casi había salido del salón antes de darse cuenta de lo que había visto. Dándose la vuelta, se acercó rápidamente al sofá.

—¿Qué estás haciendo?

Maggie, envuelta en una sábana y con la cabeza en la almohada, abrió los ojos y lo miró.

—Creía que eras investigador privado. ¿Es que necesitas que te diga que estaba durmiendo?

—Se supone que tenías que estar en el dormitorio.

—¿Por qué?

—Porque eres mi invitada. Me estás haciendo un favor. Venga.

Josh se dio la vuelta para acompañarla, pero se dio cuenta de que ella no se había movido. De hecho, había vuelto a cerrar los ojos.

—¡Maggie!

Ella se rebulló en el sofá. Inconscientemente, Josh no pudo evitar imaginarse lo que ella se habría puesto. La bata de algodón no le había dado pistas.

—Maggie, venga. Yo prefiero que duermas en la cama.

—Yo estoy muy cómoda aquí, Josh. Además, el sofá no es lo suficientemente grande para ti.

—Me las arreglaré.

Ella cerró los ojos, ignorándolo completamente. El se inclinó sobre ella, acercándosele a la cara.

—¿Quieres que te lleve a la cama? —amenazó.

Josh no se había dado cuenta de lo sugerentes que resultaban aquellas palabras hasta que una oleada de calor le envolvió el cuerpo. Entonces, ella abrió los ojos.

—Es mejor que te vayas tú a la cama para que puedas cuidar de tu hija tú solo.

—Eso no es justo. Sabes que necesito que te quedes.

—Y eso es lo que estoy haciendo. Ahora, vete y déjame dormir —concluyó ella, cerrando los ojos.

Josh miró el sereno rostro de Maggie y sus largas pestañas contra sus delicadas mejillas. Maggie era tan diferente de las demás mujeres que él había conocido...

Incapaz de detenerse, extendió una mano y le pasó un dedo por la mejilla. Tenía la piel suave como el pétalo de las flores.

—¿Qué... qué estás haciendo? —preguntó ella, incorporándose con los ojos muy abiertos.

—Estaba intentando convencerte para que duermas bien —susurró él, sintiendo que aquella piel aterciopelada lo reclamaba.

—Podré dormir perfectamente si tú te vas a la cama y me dejas en paz —le espetó ella, cerrando los ojos de nuevo.

—Podríamos compartirla...

Maggie no era como el resto de las mujeres con las que había salido. No era una mujer de un atractivo evidente. No flirteaba. Josh sabía que ella se escandalizaría por aquellas palabras. Sin embargo, pensar que podía llevársela a la cama le resultaba de lo más placentero.

—Márchate, Josh o la que se marcha soy yo.

El se puso de pie. Aquella vez, ella tenía un as en la manga. Pero no siempre sería así.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, cuando Maggie se despertó, el apartamento estaba completamente en silencio. Rápidamente se puso sus vaqueros y una camisa que había traído de su casa.

Era viernes. Se lo tomaría libre de sus días de vacaciones y prometería llegar el lunes antes de la hora. A sus jefes no les iba a gustar, pero no les quedaba otra elección.

Mientras esperaba que se preparara el café, oyó a Ginny parloteando. Rápidamente se dirigió a su habitación y abrió la puerta con cuidado.

Ginny la vio enseguida y sonrió. Sonriendo también, Maggie se acercó a la cuna.

—Buenos días, Ginny. ¿Te ha gustado dormir en tu nueva cuna?

—Ma.. .ma —respondió la niña, extendiéndole los brazos.

—¡No, cielo, no! Me llamo Maggie.

Le repitió el nombre varias veces, pero la niña seguía diciendo «mamá».

Después de cambiarla de pañales y de vestirla, Maggie la llevó a la cocina. Siguiendo cuidadosamente las instrucciones sobre el horario de Ginny, que había encontrado escrito en unos papeles en la maleta, le dio una papilla de cereales y frutas.

Después del desayuno, Maggie llevó a Ginny al parque, colocado en medio del salón y la entretuvo con algunos juguetes durante un rato.

—Bueno, ahora me tengo que ir a recoger lo que tú has ensuciado, pequeñina.

Cuando terminó de ordenarlo todo, Maggie no supo lo que hacer. Enseguida se dio cuenta de que tenía que intentar solucionar la situación, así que tomó las páginas amarillas, aunque sintió que se le rompía el corazón.

Media hora después, tenía una lista de agencias de niñeras. Sin embargo, dado que no conocía la situación económica de Josh, no pudo seleccionar una. El día anterior había gastado mucho dinero, pero eso no significaba que se pudiera permitir gastarse un dineral en una niñera.

Al mirar el reloj, se dio cuenta de que eran las ocho y media. Con una determinación que sólo traicionaba el temblor que tenía en los dedos, se dirigió al dormitorio de Josh.

Tras llamar a la puerta, esperó conseguir respuesta. Nada. Finalmente, giró el pomo y abrió la puerta.

—¿Josh?

El estaba tumbado boca abajo. No se movió.

—¿Josh? —insistió ella.

Al ver que no respondía, se acercó a la cama y le tocó en el

hombro. El se incorporó como movido por un resorte, la tomó de la muñeca y tiró de ella. Al caer en la cama, Maggie gritó.

Josh no había dormido tan profundamente desde hacía mucho tiempo. Ni tampoco se había despertado tan rápidamente. De repente, se vio encima de la cama con Maggie tumbada sobre él, con una mirada aterrorizada en el rostro.

—¿Maggie? ¿Te encuentras bien? ¿Qué pasa? ¿Dónde está Ginny?

—¡Estás... estás desnudo! —exclamó Maggie, con la respiración entrecortada, con sus enormes ojos castaños contemplándole horrorizada.

—No, tengo puestos unos calzoncillos —respondió él, completamente aturdido, sin entender por qué se hablaba de lo que él llevaba puesto.

Ella tiró de la muñeca y él se dio cuenta de que la tenía asida fuertemente. Cuando la soltó, de mala gana, ella se puso rápidamente en pie.

—No me has respondido. ¿Va todo bien?

—¡No! ¡Yo sólo quería despertarte, no luchar cuerpo a cuerpo contigo! —exclamó ella, indignada, estirándose la camisa.

—No me había dado cuenta de que era tan tarde —respondió él. mirando el reloj—. Lo siento, pero te has tomado el día libre, ¿verdad?

—Sí, pero no para que tú te puedas quedar en la cama.

Tenía una voz tan enojada que él no pudo resistir gastarle una broma.

—También hay sitio para ti, si estás celosa —le dijo, levantando ligeramente la sábana.

Con una mirada de asco, y tal vez algo de tentación, o al menos eso era lo que él esperaba, ella se dio la vuelta y se marchó con un portazo.

Josh se estuvo riendo hasta que le pareció que otra puerta se cerraba de un portazo. Rápidamente se levantó de la cama, temeroso de que ella fuera a marcharse.

—¿Maggie? ¿Maggie? No te has marchado, ¿verdad? Sólo estaba bromeando.

Como respuesta, sólo oyó la media lengua de Ginny.

—¡Maggie! ¡Maggie! —gritó él, corriendo por el pasillo.

—Por amor de Dios, vístete —le espetó ella, muy enojada, cuando se dio cuenta de que él no se había vestido.

Al verla sentada en el sofá, con los brazos cruzados encima del pecho, Josh respiró aliviado. Aunque había aparecido delante de otras mujeres con mucha menos ropa, Josh salió precipitadamente de la habitación.

—Vuelvo enseguida —prometió él, volviendo a la habitación para

vestirse.

Maggie se sentía como una vieja remilgada. ¿Por qué había tenido que comportarse de aquella manera? Lo único que había conseguido con su comportamiento era decirle a Josh que no tenía experiencia con los hombres. Había sido como si hubiera escrito la palabra «virgen» en la frente.

Después de dar a Ginny un beso en la cabeza, Maggie se fue precipitadamente a la cocina. No es que Josh se mereciera que le preparara el desayuno, pero al menos le daría algo que hacer.

Estaba preparando unos huevos revueltos cuando él apareció en el umbral. Maggie sintió que se le aceleraban los latidos del corazón.

—Maggie, no tenías que prepararme el desayuno —dijo él al entrar en la cocina.

—No importa. ¿Has visto a Ginny?

—Se ha dormido. ¿Es eso normal?

—Las notas dicen que se queda dormida todas las mañanas —respondió ella, poniendo el plato encima de la mesa y yendo a prepararle una taza de café.

Al darse la vuelta, se sorprendió al ver que Josh estaba de pie, justo detrás de ella. Sin querer, volcó la taza, derramándose el café encima de la mano. Rápidamente él le tomó la mano y se la puso bajo el grifo del agua fría.

—No la retires hasta que te deje de quemar. Voy a por una toalla.

Maggie aprovechó que él se había ido para tomar aire. Era increíble lo mucho que aquel hombre le afectaba.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó él, al regresar.

—Bien. Ya no me duele.

—Siéntate y déjame que te sirva una taza de café.

—Ya me he tomado dos. No creo que...

—Entonces, un vaso de zumo. Te serviré un poco de zumo.

El parecía querer que ella se quedara quieta en la mesa, junto a él. Pero Maggie parecía decidida a alejarse. A pesar de que se había vestido, aquellos vaqueros tan apretados y la camiseta eran mucho más de lo que ella podía soportar.

—No, tengo que ir a ver cómo está Ginny.

—Está dormida, Maggie. Siéntate.

Habiéndose quedado sin excusas, Maggie se dejó caer en el asiento que había enfrente de él. Josh le sirvió un zumo de naranja y se lo puso encima de la mesa antes de sentarse él mismo, con una taza de café en la mano.

—El desayuno tiene un aspecto fantástico.

—Me alegro.

—Es un verdadero lujo tener a alguien que se ocupe de la cocina. Gracias.

—De nada.

Mientras él comía, el silencio se adueñó de la pequeña cocina. Al mirar el plato, Maggie se dio cuenta de que todavía le faltaba mucho desayuno por comer.

—Maggie, siento haberte avergonzado. Temí que te marcharas.

—No te preocupes —se apresuró ella a responder—. Mi reacción ha sido exagerada.

—También siento haberme levantado tan tarde. Normalmente no lo hago. No me debería haber quedado en la cama tanto tiempo.

La voz de Josh era tranquila, reconfortante, pero cuando vio que extendía la mano por encima de la mesa, ella se apartó.

—Maggie —dijo él, con un suspiro—. Te estás comportando como un gato en una parrilla. ¿Tanto te he asustado esta mañana?

—No, claro que no. Es que no estoy acostumbrada a... Yo vivo sola... Lo que quiero decir es que no suelo luchar con nadie antes de... bueno, la mayoría de la gente no se levanta como tú.

—Lo siento.

—He hecho una lista de las agencias para que puedas llamar para contratar una niñera —dijo Maggie, cambiando de tema—. Sin embargo, debes saber que algunas son muy caras.

—Te lo agradezco —respondió él, sin parecer muy preocupado por el dinero—. Supongo que es mejor que empiece a llamar.

Ella asintió, respirando aliviada cuando él se puso de pie. Era mejor que Josh encontrara a alguien antes de que a Maggie le fuera demasiado difícil marcharse.

Entonces, ella se levantó también. Al ir a retirar el plato, se dio cuenta de que él no había terminado el desayuno.

—¿Josh? ¿No quieres comer más?

—¿Cómo? Oh, se me olvidó —replicó él, que parecía tan distraído como ella.

—Voy... voy a echar un vistazo a Ginny —se apresuró ella a responder, antes de que él pudiera protestar.

Josh contempló cómo Maggie salía de la cocina como si le estuvieran persiguiendo. Luego volvió a centrar su atención en el desayuno.

Él la había incomodado. ¡Diablos! Ella también hacía que él se sintiera incómodo. No estaba seguro del por qué. No es que ella no fuera atractiva, para un hombre al que le gustaban las tímidas. Tenía el pelo lustroso y sedoso, pero era castaño y no rubio, como a él le gustaba.

Ella no flirteaba con él. De hecho, lo evitaba siempre que podía. En vez de estar de acuerdo con él, discutía y le decía lo que tenía que hacer, aunque eso era lo que él necesitaba en lo que se refería a GinNo tenía que sentirse atraído por ella. Era el tipo de mujer que quería que

su marido estuviera en casa todas las tardes, que cortara el césped todos los fines de semana… Que vendiera seguros o que tuviera otro trabajo igual de aburrido.

Tras terminar el desayuno, llevó el plato al fregadero, lo enjuagó y lo metió en el lavavajillas. Luego, fue al salón, sintiéndose más fuerte que antes.

Allí vio que Maggie y su hija estaban en el sofá. La niña reía mientras Maggie le hacía cosquillas en la barbilla.

—Divirtiéndonos, ¿eh? —preguntó, sin poder evitar una sonrisa.

—Sí. ¿Por qué no juegas un poco con ella? Está de muy buen humor.

—No, es mejor que no. ¿Dónde está la lista que has preparado? Tengo que conseguir una niñera enseguida. Ya nos hemos aprovechado de ti más de lo que deberíamos.

Ella le indicó una hoja de papel que había encima de la mesa de café. El se sentó en su sillón favorito al lado del teléfono e hizo la primera llamada.

Media hora más tarde, colgó el teléfono lleno de frustración.

—No me lo puedo creer. Cobran una barbaridad y no trabajan ni un minuto después de las cinco en punto. Ni los fines de semana. Empiezan a las ocho y encima esperan que se lo des todo.

—Las niñeras son muy caras —respondió Maggie, sin dejar de jugar con Ginny.

—No me importa que sea caro, pero yo no tengo un trabajo de ocho a cinco. Y tampoco estoy dispuesto a tenerlo.

—En ese caso tendrás que contratar a una niñera interna.

—Ya lo he intentado. Las únicas que he podido encontrar insisten en que un apartamento de dos habitaciones no es lo suficientemente grande. No están dispuestas a compartir la habitación con Ginny.

—Tal vez deberías encontrar una casa.

—¡No quiero una casa! Me gusta mi piso —exclamó él.

Ginny empezó a sollozar y escondió la cara entre el pelo de Maggie, que inmediatamente se centró en la nina.

—Me imagino que lo que realmente necesitas es una esposa —dijo ella, mientras intentaba tranquilizar a la fina.

—¡Ni hablar! Una esposa espera demasiado. Del único modo en que yo me podría casar es como… si fuera un acuerdo de negocios. ¡Oye! No es tan mala idea. Un matrimonio de conveniencia. Podría encontrar a alguien que necesitara un lugar en el que vivir y…

En aquel momento sonó él teléfono.

—¿Sí? —preguntó Josh, escuchando atentamente cómo uno de sus clientes le daba indicaciones para un viaje que necesitaba que Josh hiciera por él. Inmediatamente, él se olvidó de las dos mujeres que había en el sofá y tomó un bolígrafo para escribir unas notas—. De

acuerdo. Lo llevaré.

Rápidamente, Josh se levantó de la silla y se dirigió a la habitación para recoger una chaqueta y algo de dinero.

—¿Dónde vas?

—¡Maldita sea, Maggie! Tengo que marcharme. No dispongo de nadie que se encargue de este trabajo. Mis dos ayudantes están con otro caso —replicó él. Ella lo miraba en silencio, con enormes ojos castaños—. Mira, volveré esta tarde. Tengo que recoger un testigo. Es un viaje de dos horas. Llevaré a ese tipo al tribunal y vendré directamente a casa. Te prometo que no Ilegaré más tarde de las tres o las cuatro.

—No sé. Kate. En realidad, me estoy empezando a preocupar. Me dijo que volvería a las tres o las cuatro y ya son las siete.

—Se está aprovechando de ti, Maggie —le respondió su hermana —. Sólo porque ayudó a papá no significa que le debas nada.

—Lo sé, pero me ofrecí voluntaria. La niña es tan bonita... Si fuera Nate, ¿te gustaría que lo dejara abandonado?

—Claro que no, mujer, pero es que me preocupas. Tú siempre me has ayudado a salir de mis líos en vez de dejar que me enfrentara yo sola a las consecuencias.

—Pues no te quejaste cuando la Hermana Mary Agnes no pudo averiguar quien había empapelado el convento y yo juré que tú estabas conmigo.

—Lo sé —admitió Kate, riendo—. Eras siempre tan angelical que no se pudo creer que hubieras mentido.

—Si no hubiera sido siempre tan dura con sus castigos, te habtía delatado yo misma.

—No seas tan dura conmigo. Sé que tienes el corazón demasiado blando.

—Sí, supongo... Pero Kate, Ginny me necesita. Me... me llama «mamá».

—Oh, Maggie, ¿ves? Eso era a lo que yo me refería. Tú no eres su madre y te va a hacer mucho daño cuando la tengas que dejar. No quiero que sufras.

—Esta podría ser la única oportunidad de mi vida de que alguien me llame así.

Aquello era lo que realmente dolía a Maggie. Quería una familia, un hijo... Sin embargo, los hombres nunca se sentían atraídos por ella y tampoco conocía otros hombres que no fueran con los que ella trabajaba. Y nunca saldría con alguien del trabajo.

—Eso es una tontería —protestó Kate.

—No, Kate, simplemente estoy afrontando la realidad.

—Si estás lista para cambiar tu vida, estoy dispuesta a presentarte a algunos hombres. Hay un montón de ejecutivos en la empresa de

Will. Estoy segura…

—¿De que podrás encontrar alguien que se case con la cuñada del jefe por hacer un favor? No, gracias.

—¡Maggie! ¿Por qué hablas de ese modo? Estoy segura de que cualquier hombre se enamoraría de ti si tú le dieras la oportunidad.

—Sí, tal vez por eso me sea tan difícil andar. Tengo un montón de hombres postrados a mis pies… —replicó Maggie con ironía. Hacía mucho que había aceptado que jamás sería tan bella como Kate—. Venga ya, Kate. Yo no soy tú

—Claro que no. Tú eres mucho mejor. Eres sensata, racional, cuidadosa…

—Sí, todas esas cosas tan sexys que atraen tanto a los hombres —ironizó de nuevo ella.

—Maggie, no te estás comportando de un modo razonable.

—Lo sé. ¿Cómo está Susan? —preguntó Maggie, hablando de su recién descubierta hermana para cambiar de tema.

—Está bien. Su hermana termina el instituto a finales de mes. He pensado que podríamos ir todas a celebrarlo. Quiero comprarle un regalo. ¿Quieres venir de compras conmigo?

—Claro, en cuanto consiga arreglar lo de Ginny. ¿Le has dado a Susan sus beneficios del restaurante?

—Sí, y tuvo la cara de darme el tostón sobre si estaba engordando los beneficios para ayudarla.

Susan era una mujer orgullosa, determinada a valerse por sí misma. Kate y Maggie tuvieron que emplearse a fondo para que ella aceptara algo que viniera de ellas.

—Me pregunto de dónde saca esa testarudez —dijo Maggie.

—Probablemente de ti, hermanita. Supongo que en último caso podemos echar la culpa a papá, dado que él es el origen de la testarudez de las tres.

—Pues a mí no me la ha dado. Papá siempre dijo que yo no parecía de la familia porque no soy pelirroja, ¿no te acuerdas?

—Maggie, eso es una tontería. Claro que te pareces a papá.

Maggie no supo qué contestar a la evidente mentira de su hermana, pero Ginny la salvó.

—Creo que Ginny se ha despertado, así que tengo que dejarte —le dijo a Kate.

—De acuerdo, pero si ese Josh no aparece pronto, llámame. Y cuando aparezca, creo que deberías marcharte y dejarle que se encargue él solo de sus propios asuntos.

Maggie respondió algo que no le comprometiera y colgó el teléfono. Después de pasarse casi cuarenta y ocho horas con la niña, Maggie sabía que no podía marcharse a menos que la niña tuviera quien la cuidara.

—Aquí estoy, cielo —le dijo a la niña, que se había puesto de pie en la cuna y estaba agarrada a los barrotes con lágrimas en los ojos y una sonrisa en los labios—. Eres adorable —añadió Maggie, tomándola en brazos—. Y necesitas un pañal nuevo. Así que vamos a cambiarte porque es hora de tu baño.

Maggie preparó todo lo necesario para el baño y muy pronto tuvo a Ginny sentada en el fregadero de la cocina, salpicando agua por todas partes.

—Ojalá tu padre estuviera aquí. Le gusta verte en el baño —le decía a la niña, mientras se ponía un poco de champú en las manos y le lavaba los rizos a la niña para luego enjuagarlos enseguida y sacarla del fregadero envuelta en una toalla—. De hecho, mi ángel, creo que tu papá te quiere mucho, pero, por alguna razón, no quiere admitirlo. Así que la próxima vez que se acerque a ti, quiero que extiendas los brazos para que te tome en brazos. ¿De acuerdo? Quiero que le demuestres a tu papá que lo quieres mucho.

Maggie deseó que Ginny fuera capaz de entender aquellas palabras. Hasta entonces, la niña sólo le había echado los brazos a ella. Con Josh era otra historia.

—Tal vez sea porque no lo ves mucho…

Entonces, Maggie llevó a la niña a la habitación y la secó, le echó polvos de talco y le puso un pañal limpio. Luego la vistió, oliendo el olor limpio de la niña con satisfacción.

De vuelta a la cocina, Maggie puso a Ginny en su trona y le puso un babero para que la ropa le durara limpia más tiempo.

—Estoy un poco preocupada por tu padre. No ha llamado ni nada. Sé que tiene un trabajo un poco imprevisible, pero cualquiera diría que sabe que tiene una niña en casa, dependiendo de él.

Casi había terminado de alimentar a Ginny cuando oyó un ruido en el vestíbulo. ¿Sería Josh? Eran casi las siete y media.

Maggie salió de la cocina justo cuando se abrió la puerta, dando paso a la figura de un hombre cubierta de sangre.

Capítulo 5

—¡Josh! —exclamó Maggie.

—Mira, Maggie —respondió Josh, dejándose caer contra la pared —. Sé que llego tarde, pero puedo explicarlo.

—¿Qué te ha pasado?

—Shh —dijo él, llevándose un dedo a los labios.

Entonces, hizo una señal para que el hombre que venía con él entrara en el apartamento. El testigo que Josh había ido a recoger aquella mañana, Sam Ankara, no dijo nada, pero su mirada se centró en Maggie.

Maggie, con un aspecto sensato y normal, hizo que los dos hombres se sintieran aliviados al verla. Josh cerró la puerta y echó la llave. Entonces, se sentó al lado del teléfono y marcó un número, levantando un dedo cuando Maggie hizo ademán de preguntarle algo.

—¿Don? Necesito apoyo. En mi casa. Enseguida.

Después de colgar el teléfono, Josh miró los enormes ojos marrones de Maggie, que estaban llenos de preocupación.

—Ya sé que te dije que volvería a las tres o las cuatro, pero nos hemos encontrado con algunos imprevistos por el camino.

—Por qué llevas una venda en la cabeza? ¡Tienes sangre en la camisa! —exclamó Maggie. Antes de que él pudiera responder, Ginny empezó a gritar en la cocina, por lo que Maggie fue a recogerla, volviendo con la niña antes de que Josh pudiera relajarse en el sofá—. ¿Y bien?

—Me han disparado. Sam, siéntante, intenta relajarte.

—No entiendo —dijo Maggie.

—Sam es un testigo muy importante en el caso de mi cliente. Pero alguien no quiere que testifique.

—¿Quieres decir que alguien intentó matarte? —preguntó Maggie, desplomándose en una silla que había al lado de la pared.

—A mí no. A Sam. Yo me interpuse en el camino.

—¿Te ha visto un médico?

—Sí, el médico y la policía. Ya nos hemos ocupado de todo —dijo Josh, guardándose dos cosas que prefirió no contarle.

—¿Habéis comido? Aquí no hay muchas cosas, pero...

—Estamos muertos de hambre —respondió Josh—. Y Don probablemente también lo estará.

En vez de ir a la cocina, Maggie se acercó a él y tomó el teléfono. Marcó un número y pidió cuatro cenas para que se las entregaran en casa. Tras colgar el teléfono, sonrió a Josh.

—Eso te va a costar dinero —dijo ella.

—¿Qué acabas de hacer?

—He pedido cuatro cenas del servicio de reparto a domicilio de Lucky Charm. Estarán aquí dentro de media hora.

—¿De veras? —preguntó él, mirándola incrédulo. Ella asintió—. ¿Como el asado que comí la otra noche? —añadió. Ella volvió a asentir—. ¡Eres maravillosa! Sam, vas a tomar la mejor cena de tu vida.

Maggie había esperado que Josh se enfadara con ella por haber resuelto la crisis pidiendo cuatro cenas al restaurante. Ella no era su criada. Estaba allí por Ginny. Además, tampoco era muy buena cocinera.

Tras regresar a la silla donde había estado sentada, se puso a contemplar al hombre que había venido con Josh. Estaba muy pálido, como era lo lógico al enterarse de que alguien quería matarlo.

—¿Qué ha dicho la policía? —preguntó Maggie.

—Que nos agachemos más rápido...

—¡Josh! Esa no es una respuesta. ¿Estáis fuera de peligro?

—Mientras no nos presentemos en lugares públicos, sí.

—¿No os habrán seguido aquí?

—¡No! —exclamó el hombre que había en el sofá—. Eso es imposible, ¿verdad, Josh? Tú me dijiste que aquí estaría a salvo.

—No nos ha seguido nadie —respondió Josh, echándole una mirada de advertencia a Maggie.

Maggie entendió el mensaje, pero tenía más preguntas que hacer.

—Entonces, por la mañana, iréis al juicio y...

—No, hoy es viernes, ¿te acuerdas? El juicio no volverá a empezar hasta el lunes.

—Entonces, el señor... Lo siento. No recuerdo su nombre.

—Sam Ankara. Soy contable.

—Yo también —respondió Maggie, con una sonrisa.

Josh pareció sorprendido. Entonces, Maggie se dio cuenta de que jamás habían hablado del trabajo de ella. Mientras Sam y ella hablaban de problemas típicos de su trabajo, Sam empezó a relajarse.

Finalmente, Maggie se volvió hacia Josh para descubrir que él se había reclinado en el sillón y se había quedado dormido.

—¿Josh? ¿Dónde se va a alojar Sam? ¿Le has hecho reserva en algún hotel?

—Se va a quedar aquí —respondió Josh, sin abrir los ojos—. Tendrá que dormir en el sofá.

—Pero, ¿no estaría mucho más cómodo en un...?

—No puedo responder de su seguridad si se aloja en un hotel.

—No le daré ningún problema, señora McKinley. Incluso puedo ayudarla con la niña. Yo tengo tres hijos.

Aquella confusión por parte del hombre dejó a Maggie sin habla. Incluso Josh abrió los ojos. Si Maggie había esperado que él contradijera a Sam, estaba muy equivocada. El cerró los ojos otra vez y se limitó a decir:

—Bien.

—Josh, ¿puedo hablar contigo en privado, por favor? —le espetó. Luego se dirigió a Sam con una sonrisa, ya que no quería que se sintiera incómodo—. Si nos perdona un momento, tengo que comentarle algo que ha ocurrido hoy a Josh. Hay café preparado en la cocina si le apetece tomar algo antes de que llegue la cena.

Sin soltar a Ginny, Maggie se dirigió al pasillo. La niña se frotó los ojos, lo que distrajo a Maggie.

—Oh, pobre Ginny. Ya es hora de irse a la cama, ¿verdad? Josh, tengo que ir a acostar a Ginny primero. Espérame.

Después de cambiar el pañal y ponerle un pijama, Maggie dio un beso a la niña y la metió en la cuna, dando cuerda al móvil que la niña tenía encima.

—Buenas noche, Ginny.

Tras salir de la habitación, Maggie se quedó un momento quieta en el pasillo, intentando reunir de nuevo su ira. Entonces, abrió la puerta del dormitorio, preparada para echarle a Josh McKinley la bronca de su vida. Y se lo encontró dormido.

La venda que le cubría la cabeza resaltaba en la oscuridad de la habitación. Tal vez necesitara descansar.

Sin embargo, Maggie no se pudo imaginar lo que iba a hacer. Sólo había una cama y el sofá del salón. Y ella no tenía intención de compartir la cama con ninguno de los dos hombres.

¡Ya estaba! Ella se quedaría con el sofá y los dos hombres podrían compartir la cama. Con aquella idea en la mente, volvió al salón con Sam Ankara.

—¿Josh?

Aquella voz tan suave se le metió en los sueños. Después de todo, llevaba oyendo aquella voz tan dulce desde que se había tumbado en la cama.

—Ven, cariño...

—¡Josh! Ya ha llegado la comida.

—¿La comida? —repitió él. Aquello no era lo que él estaba imaginando.

—Sí, la comida que pedí antes. Creo que deberías levantarte a comer. Además, tu ayudante, Don, está en la puerta. Al menos, ése fue el nombre que me dijo. No creí que debiera dejarlo entrar hasta que tú comprobaras quién era.

—¡No! Tienes razón —exclamó Josh, espabilándose por completo —. Ya voy.

Mientras la seguía al salón, un pensamiento le asaltó.

—¿Has dejado entrar al repartidor?

—Sí, claro.

—Maggie, no deberías haber abierto la puerta. Podría haber sido

cualquiera.

—Miré por la mirilla y vi que era Joey.

Sin responder, Josh se dirigió a la puerta. A través de la mrilla, vio que era Don y abrió la puerta para permitir que su ayudante entrara y la volvió a cerrar.

—¿No te han seguido?

—No, he tenido mucho cuidado.

—Sam, éste es Don Nichols, uno de mis mejores colaboradores. Sam Ankara, nuestro testigo. Y ésta es... Es Maggie —concluyó Josh, que no sabía cómo presentarla. Sin embargo, no vio motivo para no decirle a Sam o a Don que no era su esposa.

Don hizo un gesto con la cabeza a Maggie, pero Josh notó queia miraba más de lo que era necesario.

—Tenemos que tratar de unos cuantos problemas —le dijo Josh a Maggie—, ¿te importaría mirar en el cajón del escritorio de la habitación de Ginny y traernos unos bolígrafos y un poco de papel?

—Claro que no. ¿Por qué no distribuyes las cenas y les preparas algo de beber mientras yo voy a por ello? No quiero que se enfríe la comida.

El aroma del asado inundaba la habitación mientras Josh hacía lo que Maggie le había pedido. Tal vez sería mejor comer un poco. En aquellos momentos, a Josh le resultaba imposible pensar en algo que no fuera Maggie.

La comida estaba tan deliciosa como él recordaba. Para cuando Maggie regresó, Josh ya se había comido la mitad de su plato.

—¿Os gusta la cena? —preguntó ella, sonriendo.

Don y Sam le aseguraron que estaba deliciosa. Josh se limitó a asentir. Entonces, se movió un poco para dejarle sitio y que ella se sentara en el sofá, donde le había puesto su plato con una taza de café.

—Si necesitáis privacidad para hablar, yo puedo cenar en la cocina —ofreció Maggie.

—¡No! —exclamaron los tres hombres, a coro.

—No vamos a decir nada que tú no puedas oír —le aseguró Josh—. ¿Dónde está Ginny?

—¿Es que no te acuerdas? La llevé a la cuna cuando tú te tumbaste.

—¿Qué tal te encuentras, jefe? —le preguntó Don—. Tu apetito parece estar bien.

—Estaba muerto de hambre. La cabeza me duele un poco, pero no demasiado.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Voy a tener a Sam aquí todo el fin de semana. Este piso es fácil de vigilar. Además, no creo que vuelvan a intentar nada hasta que lo traslademos. Así es más fácil.

—De acuerdo. ¿Qué hago yo?

—Necesito que vayas a comprar y luego que montes guardia en el vestíbulo. Como mi apartamento es el único después de doblar la esquina, podrás detener a todos los que se acerquen. Haz que Pete te releve cuando sea necesario. Tenéis que estar de guardia todo el fin de semana.

—De acuerdo. Hazme una lista y tan pronto como acabe, iré a hacer la compra.

—Maggie, ¿puedes hacer la lista de lo que necesitamos? —le preguntó Josh, sin saber si ella iba a protestar por tener que hacerse cargo de asuntos domésticos.

Tras una pausa, durante la cuál él no supo lo que esperar, ella finalmente dijo:

—Yo prepararé el desayuno y haré bocadillos para almorzar. Para la cena, podemos pedirla del Lucky Charm. ¿Qué os parece?

—A mí me parece bien. Caballeros, supongo que no os importará volver a comer cenas como ésta, ¿verdad? —preguntó Josh, sabiendo la respuesta. Tanto Don como Sam asintieron—. Pues ya está. En cuanto llegue el lunes, se habrán acabado nuestros problemas.

Sin embargo, había un par de cosas que seguían preocupándolo: el traslado de Sam al juzgado y dónde iban a dormir todos.

Miró a Maggie cuidadosamente, pero ella estaba llevando los platos a la cocina y no se dio cuenta. Como todo el mundo se pensaba que era su esposa, lo lógico sería compartir la habitación. Era mejor tenerla a ella que a Sam como compañero de cama. Sólo esperaba que a ella le pareciera lo mismo.

Don regresó con un cepillo de dientes y varias prendas de vestir para Sam, que estaba lavándose en el cuarto de baño.

—¿No sería más fácil que él utilizara contigo el cuarto de baño de la habitación? —preguntó Maggie—. Después de todo, él va a dormir allí.

—¿Dónde? —preguntó Josh.

—En la cama, contigo. Yo dormiré en el sofá.

—No.

—¿Por qué no?

—Tú dormirás en la cama conmigo.

—Ni lo sueñes —replicó ella, poniéndose de pie.

—Tienes que hacerlo, cielo. Sam se cree que eres mi esposa —le dijo él, poniéndose también de pie.

—Pues dile la verdad.

—No creo que sea buena idea. No conozco a Sam muy bien. Estarás más segura conmigo.

—Por eso, si él está contigo, no puede estar conmigo. Problema solucionado.

—Tal vez esta noche pueda dormir muy profundamente. El médico me ha dado unas pastillas, así que podría no oírte si me llamas. Será mejor que estemos juntos. Es una cama muy grande, Maggie. No voy a atacarte. No tengo fuerzas para eso.

—¿Qué clase de pastillas? —preguntó Maggie, recordando que cuando Kate se rompió un brazo, Maggie la había tenido que despertar constantemente para asegurarse de qiie se las tomaba.

—Calmantes.

—¿Para una herida en la cabeza? ¿Estás seguro de que ese médico sabe lo que está haciendo? ¿Te advirtió que tenías que despertarte cada cuatro horas o algo así?

—Sí —respondió él, con una sonrisa—. Me dijo que hiciera que alguien comprobara que estoy bien un par de veces durante la noche. ¿Ves? Si compartes la cama conmigo, podrás hacerlo sin tener que molestar a nadie más.

—Prométeme que no... Me refiero...

—Te lo prometo —dijo Josh, rápidamente, al ver que se abría la puerta del baño—. Es mejor que le traigas algo de ropa de cama a Sam.

Maggie hizo lo que él le había pedido, pero no estaba segura de que haber cedido al plan de Josh hubiera sido una buena idea. De algún modo, le parecía que compartir la cama con él era algo más peligroso que la posibilidad de que alguien pudiera disparar a Sam.

Tras darle la ropa a Sam, Maggie se excusó. Mientras Josh hablaba con él, ella sacó sus pertenencias de la habitación de Ginny y las llevó a la de Josh.

—¡Te estás comportando de un modo ridículo! —se dijo a sí misma —. Josh ha prometido no tocarte.

A ella le parecía ser un hombre que mantenía sus promesas. Ella ya había intuido aquello sobre él, pero ¿y ella? Aquel pensamiento la dejó sorprendida. Pero por supuesto, ella no estaba interesada en él.

Rápidamente se metió en la ducha y luego se puso su pijama y su bata de algodón. Cuando abrió la puerta de la habitación, ella vio que Josh estaba sentado en el borde de la cama, como si la estuviera esperando.

—Pensé que me vendría bien tomar una ducha, si has acabado —dijo él, como si compartir la habitación con una mujer fuera lo más normal del mundo para él. Lo que probablemente así era.

Aquel pensamiento tan deprimente le impidió pronunciar palabra. Ella asintió y salió del baño. Tan pronto como la puerta se cerró tras de ella, Maggie se puso a mirar a la cama. Era lo suficientemente grande para albergar a dos personas. Sin embargo, ella se sentiría mejor si hubiera alguna barrera que asegurara que no se iban a tocar.

Rápidamente, tomó dos almohadones y los alineó en el centro de la

cama, por debajo de las sábanas. Luego sacó otros dos del armario y los puso en la cabecera de la cama. Satisfecha, se metió bajo las sábanas en el lado derecho. Después de todo, Ginny podría despertarse durante la noche.

Cuando la puerta del cuarto de baño se abrió, Maggie sintió que el cuerpo se le tensaba. ¿Se quejaría Josh?

—Estás en mi lado de la cama —dijo él.

—Pero tengo que levantarme si Ginny llora —respondió ella, sin mirar hacia dónde él estaba por si estaba desnudo.

—Llevo puestos los pantalones del pijama —afirmó él, como si le hubiera leído la mente.

Maggie volvió la cara. Los pantalones del pijama le cubrían de cintura para abajo. Pero su ancho y musculoso tórax, el torneado estómago y los anchos hombros estaban desnudos.

—Te lo agradezco —consiguió decir ella, tragando Sauva. Luego, cerró los ojos.

Con un suspiro, como si ella le hubiera desilusionado, Josh rodeó la cama y se metió bajo las sábanas. Inmediatamente, Maggie sintió mucho calor. Aunque claro, tal vez tendría que ver con el hecho de que todavía lley.aba puesta la bata.

—¿Tienes puesta la bata? —le preguntó Josh. Parecía que, de nuevo, le había vuelto a leer la mente.

—Sí... Tenía un poco de frío.

—Quítatela, Maggie. No puedes dormir así toda la noche. Te he dado mi promesa.

—¿Te has tomado tu pastilla? —preguntó Maggie, mientras se quitaba la bata y la tiraba a los pies de la cama.

—Maldita sea, se me ha olvidado. No creo que importe.

—No, Josh. Es mejor que la tomes. ¿Dónde están? Yo iré a por ellas.

—No. Están en el salón, así que yo iré a por ellas. Mientras Josh iba a por las pastillas, Maggie jugueteó con la idea de que él casi le había parecido protector, incluso celoso. Aunque sabía que aquello era una tontería, no por eso dejó de parecerle agradable.

Josh pensó, cuando entraba en el salón, que aquella maldita mujer le estaba volviendo loco.

—Se me han olvidado las pastillas —le dijo a Sam, al ver que estaba leyendo.

—Me alegro de que te hayas acordado. Sin ellas, probablemente no hubieras dormido bien. Yo he tenido heridas en la cabeza antes.

—Sí, claro. Buenas noches.

Josh no quería hablar con Sam Ankara ni discutir sobre a posibilidad de dormir aquella noche.

Aquello iba a ser imposible por tener que compartir la cama con

Maggie. ¿Por qué estaba tan atractiva con aquel pijama de algodón? Había tenido mujeres en saltos de cama de seda negra. E incluso sin nada.

Sin embargo, con aquellos ojos marrones tan solemnes, Maggie se estaba haciendo cada vez más importante para él. Y más atractiva. Sin embargo, él le había prometido no tocarla. Y aquello explicaba por qué no iba a dormir aquella noche, a menos que aquellas pfldoras fueran capaces de dormir a un caballo.

—¿Necesitas agua para tomarlas? —le preguntó Maggie, en cuanto él entró en el dormitorio.

—Sí. Yo iré a por ella, no te muevas de la cama… Aquellas palabras le sonaron tan familiares, tan esperanzadoras… Como si ella efectivamente le estuviera esperando en la cama.

Entonces, se dio cuenta de la almohada que dividía la cama. Ni siquiera iba a poder tocarla. Tal vez fuera lo mejor, ya que ni siquiera confiaba en sí mismo.

Con un golpe, dejó el vaso vacío encima de la encimera del cuarto de baño y apagó la luz. Luego se metió en la cama.

—¿Te duele la cabeza? —susurró ella.

—Un poco, pero la pastilla me quitará el dolor. Buenas noches, Maggie.

—Buenas noches, Josh.

Susurros en una habitación a oscuras. Aquello debería haber sido el preludio de algo increíble. Sin embargo, lo único que hacían era abrir la puerta a la tortura.

Josh suspiró y se dio la vuelta.

Capítulo 6

Maggie había puesto la alarma de su reloj para que la despertara después de cuatro horas. Cuando sonó, ella lo desconectó automáticamente mientras se preguntaba por qué habría conectado la alarma.

Estaba todavía muy oscuro. Entonces se acordó de Josh y comprendió que eran los brazos de él los que la tenían rodeada.

¿Brazos? De repente, ella se despertó y se incorporó de un salto en la cama. ¿Dónde estaba la almohada?

—¿Josh? Josh, ¿qué le ha pasado a la almohada?

—¿Cómo? —preguntó él, medio dormido.

—Josh, te estoy despertando para ver si te encuentras bien. Y también para intentar averiguar lo que le ha pasado a la almohada —replicó ella, intentando olvidar lo agradable que había sido despertarse entre sus brazos.

—¿Necesitas una almohada? —repitió Josh, que parecía muy confundido.

—La almohada que utilicé para... dividir la cama. ¿Te acuerdas?

—Duérmete, cariño. Ya lo averiguaremos mañana.

Maggie sintió que una mano le tiraba del brazo. Estuvo a punto de hacer lo que él quería sin pensar. Aunque, tal vez, quería seguir durmiendo entre sus brazos.

—No, voy a ver cómo está Ginny.

Maggie hubiera hecho cualquier cosa para salir de aquella cama. Al entrar en la habitación de la niña, notó que el apartamento estaba en completo silencio. La niña estaba durmiendo boca abajo. Maggie la arropó. Desde que llevaba con ella, la niña se había despertado a las seis de la mañana, así que faltaban tres horas para que su despertador natural sonara.

No había nada que le impidiera a Maggie volver al dormitorio. ¿Qué iba a hacer?

Decidió que lo único que podía hacer era buscar la almohada. Si la volvía a poner en su sitio, todo iría bien.

Con un suspiro, salió de la habitación de Ginny y entro en el dormitorio. Josh estaba dormido boca abajo, igual que su hija. Maggie encendió la luz del cuarto de baño con la intención de iluminar la habitación.

Descubrió una almohada al lado de la cama, en el de Josh. La otra estaba a los pies. Maggie tomó la almohada y se la llevó a su lado. Josh ocupaba más de la mitad de la cama. Después de colocar la almohada más o menos en el centro, volvió rápidamente a apagar la luz del cuarto de baño.

Justo cuando acababa de meterse en la cama, sintió que él se rebullía.

—¿Te encuentras bien? —musitó él.

—Sí.

Al ver que él no decía nada más, ella respiró más tranquila y se dejó invadir por la pereza. Aquella cama era tan cómoda...

Justo cuando se estaba quedando dormida, notó vagamente ue algo se movía. Luego, unos brazos fuertes la acurrucaron contra algo cálido. Era una cama tan cómoda...

Maggie estaba soñando con que estaba muy calentita en una playa tropical, rodeada por los brazos de un guapo desconocido, cuando oyó que Ginny lloraba. Con mucha pena, pensó que los mejores sueños siempre se veían interrumpidos.

Mientras intentaba abrir los ojos, los brazos que la rodeaban la estrecharon más fuertemente. Aquello la despertó completamente.

—¡Josh! —protestó ella.

—¿Hmm?

—¿Qué ha pasado con la almohada?

—Es la segunda vez que me preguntas eso. ¿Es que tienes obsesión por las almohadas? —preguntó él, aún medio dormido.

Ella se incorporó, bajándose la chaqueta del pijama, que se había subido sin que ella supiera por qué.

—Tú... Está otra vez allí —dijo ella, viendo la almohada en el suelo, justo donde ella la había encontrado la noche de antes.

—La niña está llorando. ¿No deberías ir a hacer algo?

Aquello era el colmo.

—¡No! Yo no pienso hacer nada. Ella es tu hija. Eres tú el que debe hacer algo —le espetó ella.

—¿Cómo dices? —preguntó él, abriendo los ojos—. ¿Quieres que yo...? Pero si yo no sé nada de niños. Además, la hago llorar.

—Yo no sé mucho más que tú —replicó Maggie, por mucho que le doliera que la niña estuviera llorando—. Además, tienes que aprender y ya está llorando.

—Venga, Maggie, ya sabes que ella quiere que vayas tú —le suplicó él, intentando convencerla con todas sus fuerzas.

—Todo lo que quiere es un pañal seco y un biberón. Ya sabes cómo cambiarle de pañales y el biberón está ya preparado en el frigorífico —concluyó Maggie.

Entonces, ella dobló la almohada para ponérsela en la espalda y sereclinó, sin dejar de mirarlo. Tal vez Josh tuviera un encanto arrollador, pero ella iba a resistir hasta el final.

Josh reconocía enseguida cuando llevaba las de perder. Y con Maggie O'Connor, más atractiva de lo que debería con aquel pijama de algodón, no podía ganar.

Por lo menos ella no le había dicho nada por quitar la almohada. La primera vez, él había tirado la almohada mientras estaba dormido.

Cuando ella le había despertado, él se había sorprendido tanto como ella de tenerla entre sus brazos. Sin embargo, la segunda vez, Josh había cedido a la tentación, ya que recordaba lo agradable que era abrazarla.

El jamás se hubiera aprovechado de ella. Sólo quería abrazarla, como un niño quería hacer con su osito. Después de todo, él estaba herido. ¿Acaso no se merecía un poco de cariño?

Al entrar en La habitación de Ginny. sonrió.

—Hola, cielo —le dijo a la niña. Ella tenía las mejillas llenas de lágrimas, pero al verlo, sonrió—. Estás tan desesperada que ni siquiera te importa que sea yo, ¿verdad? Escucha, tenemos que arreglárnoslas sin Maggie ahora. Está un poquito enfadada.

Josh sacó un pañal limpio y se acercó a la cuna. Había visto çómo Maggie la cambiaba en muchas ocasiones e incluso él lo había hecho en el restaurante. Aunque no tan bien cómo Maggie, podría hacerlo.

—Es hora de cambiar de pañal. Venga, vamos a tumbamos.

Puso a la niña sobre la espalda y ella lo miró fijamente, como si estuviera decidiendo si iba a llorar o no. Entonces, Josh dio cuerda al móvil, haciendo que los animales se balancearan sobre la cuna.

Mientras la niña concentraba su atención en los animales, decidió que cambiar un pañal no era tan difícil, aunque oliera tan mal como aquél. Josh no recordaba que antes hubieran olido tan mal.

Tras desabrochar los botones del pijama, completamente empapado, Josh notó que el olor se iba haciendo más fuerte. Levantó un poco el pañal y miró debajo.

—¡Maggie! —gritó él.

Maggie se había estado dando la enhorabuena por haber conseguido que Josh le cambiara el pañal a la niña cuando oyó el grito de Josh. Temiendo que algo le hubiera ocurrido a la niña, se levantó como una exhalación de la cama y fue corriendo a la habitación de Ginny.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—¿Es que no lo hueles?

—¡Dios mío, Josh! —dijo ella, entendiendo lo que había pasado—. Me has dado un susto de muerte.

Y parecía que lo mismo le había pasado a la niña, porque se puso a llorar amargamente.

—Venga, venga, Ginny. Papá no quería asustarte. Es que es un quejica.

—¿De qué estás hablando? Yo no soy ningún quejica.

—Sí que lo eres. Siempre esperas que todo sea fácil —le espetó ella, tomando una toallita enjabonada—. Cuando pase esto, tienes que limpiarla.

—De acuerdo —dijo él rápidamente, dando un paso atrás. Ella le

dio la toallita—. ¿Es que quieres que la cambie?

—Para eso has venido, ¿no?

—Sí, pero no esperaba esto. Yo no puedo... —empezó él, pero se encontró con la mirada firme de Maggie—. Venga mujer, si tú lo hacer mejor que yo...

Ella sacudió la toallita. Frunciendo el ceño, y murmurando algo que ella no le pidió repetir, Josh tomó la toallita y le quitó el pañal a la niña. El mal olor se extendió por toda la habitación.

—¡Ugh! Esto es asqueroso.

Maggie no dijo nada. Se limitó a sacarle otra toaHita de la caja. Al ver la mirada que ella le echaba, Josh se rindió y se puso a limpiar el culete de la niña. Tras haber utilizado cinco toallitas, Josh consiguió limpiar a su hija.

—Ya está —dijo él.

—Buen trabajo. Ahora es mejor que le pongas el pañal antes de que...

Demasiado tarde. A Ginny le gustaba no tener que llevar pañal. No parecía importarle haberse mojado toda entera.

—Los niños son asquerosos —protestó Josh.

—Pues tal vez se parecen a sus padres —le dijo Maggie, tomando a Ginny en brazos—. Voy a lavarla en nuestro cuarto de baño para poder cambiarla de pañal y vestirla. Lávate las manos, quita las sábanas de la cama y limpiala, pon una sábana nueva y ve a por el biberón.

Tras tomar un pañal limpio, talco, ropa limpia, una toalla y a Ginny, Maggie se marchó, dejando a Josh en la habitacin.

—Creo que tu papá ha aprendido mucho esta mañana —le dijo en voz baja a la niña.

Ginny gorjeó, encantada de tener más agua con la que jugar y aplaudió feliz. Para cuando Josh apareció con el biberón, ella y Ginny estaban acurrucadas en la cama. La cama con la almohada en el centro del colchón.

Ginny extendió los brazos en cuanto vio el biberón. Maggie decidió aprovecharse de aquel gesto.

—Ginny te quiere a ti —dijo ella, extendiendole el bebé.

—Eso no es cierto. Sólo quiere el biberón.

La niña agarró el biberón, pero no pudo meterse la tetina en la boca. Cuando hizo un puchero, Josh la ayudó.

—No tiene que llorar —dijo él—. Sam todavía está dormido.

—¿No se ha despertado con todo ese ruido?

—No, así que dale de comer a Ginny antes de que empiece a llorar otra vez —ordenó Josh, intentando darle el biberón a Maggie.

Ginny estaba sufriendo las consecuencias de aquella guerra de posiciones. Pero Maggie estaba decidida a no perder. Así que colocó a

Ginny en el lado de la cama de Josh.

—Josh, es mejor que tú le des de comer.

Ginny no tenía ni idea de lo que estaba pasando, excepto que le habían quitado el biberón. Así que saltó por la almohada al lado de Maggie, con la mirada puesta exclusivamente en el biberón.

—Maggie, no te hagas la difícil —protestó Josh.

—Eso no es cierto. Aun cuando encuentres a alguien que te ayude, tendrás que pasar algún tiempo con ella. Eres su padre.

Ginny gimoteó, sin dejar de mirar la botella.

—Sí, pero te apuesto que si la tomo en brazos se pondrá a llorar.

—No seas tonto. Ella quiere el biberón. Si tú se lo das, no va a llorar.

—De acuerdo, ya lo intentaré... Pero este fin de semana, con Sam aquí bajo mi cargo, no es el mejor momento. Me refiero a que alguien está intentando matarlo.

Ginny subió el volumen de sus protestas al ver el poco caso que se prestaba a sus necesidades.

—Va a empezar a llorar —le advirtió Maggie, que se moría por darle el biberón a la niña.

Por fin, Josh dio la vuelta a la cama y se sentó, recostándose en la almohada. Ginny, al ver su biberón cerca, se abalanzó sobre él.

—¡Eh! No me habías dicho que podía saltar.

Josh tomó a la niña en brazos y le dio el biberón. Ginny, sentada contra el estómago de él, bajó la cabeza para llegar a la tetina.

—Así no se puede tomar la leche, Josh. Tienes que tumbarla y mantener el biberón boca abajo.

Josh trató de cuadrar la espalda contra la cabecera de la cama, intentando colocar a Ginny al mismo tiempo. Sin embargo, el biberón se le cayó. Ginny protestó y extendió las manitas intentando agarrarlo.

—Vale, vale, Gin, ya te lo doy yo —dijo Josh, agarrando el biberón con una mano mientras sujetaba a la niña con la otra. Cuando Ginny consiguió meterse la tetina en la boca y empezó a tomar su leche, la niña perdió interés en todo lo demás.

—¡Madre mía! —exclamó Josh, sonriendo.

Maggie encontró aquella sonrisa tremendamente atractiva. Puede ser que a aquel atractivo contribuyera el hecho de que él llevaba sólo los pantalones del pijama. A Ginny parecía no importarle en absoluto.

Maggie se reclinó sobre la almohada y contempló a padre y a hija.

—No es tan difícil como había pensado —admitió Josh, mirando a Maggie—. Pero lo de antes fue insoportable. ¿Cómo se las arreglan las personas que están solas?

—Se limitan a no limpiarlo todo tan rápido. Pero es más fácil con dos personas.

Y mucho mejor. Ultimamente, Maggie había estado pensando en

convertirSe en madre soltera. Tal vez todavía podría hacerlo, pero aquellos días había aprendido que cuando dos personas llevan la carga, es mucho más dulce.

La mirada solemne y sincera de Josh, con aquellos enormes ojos azules como los de su hija, era algo que Maggie no pudo ignorar. El tiempo que pasara con aquellas dos personas le iba a pasar factura. Le llevaría meses olvidar la felicidad de aquellos días.

—Ginny y yo te agradecemos mucho lo que estás haciendo por nosotros. Sé que me estoy aprovechando de ti, pero no pude encontrar una niñera ayer y...

—¿Quieres que te ayude también el lunes?

—¿Es mucho pedir?

—No, de hecho estaba pensando en tomarme unos días de vacaciones. Ultimamente, he estado trabajando demasiado.

Ya no podía soportar la sensación de intimidad que le daba la cama, sobre todo cuando había prometido quedarse más tiempo. No lamentaba haber hecho aquella promesa, pero iba a tener que ser muy cuidadosa. Necesitaba endurecerse el corazón contra Josh.

—Voy a empezar a preparar el desayuno mientras tú cuidas de Ginny.

Antes de que ella pudiera escapar, Josh se había levantado de la cama.

—Ginny y yo iremos contigo.

Josh pensó que tres personas adultas hacían que el apartamento pareciera muy pequeño. Para él siempre había sido perfecto. Nunca había pensado que tuviera que mudarse.

Sin embargo, se estaba empezando a dar cuenta de que Ginny formaba ya parte de su vida para siempre. Dado que no tenía tiempo para cuidar de ella, tendría que conseguir una habitación para una niñera o lo que fuera.

Como no tenía nada más que hacer, empezó a mirar los anuncios de venta de casas.

—Eh, Maggie, escucha esto. Casa de cuatro dormitorios, tres cuartos de baño, un gran jardín —dijo él. Ella lo miró sorprendida. Ginny se acababa de despertar de la siesta y estaba jugando en el suelo con Maggie. Sam estaba viendo un torneo de golf en la televisión—. ¿Qué te parece?

—¿Qué me parece para qué?

—Para Ginny.

—Creía que no te pensabas mudar.

—Tengo que hacerlo. Aquí no hay suficiente espacio. Además, ella necesitará un jardín en el que jugar. Y una buena escuela a la que ir.

—Me parece que todo eso es muy caro.

—Tengo algo de dinero ahorrado.

De hecho, gracias a su madre, Josh tenía mucho dinero ahorrado. Su insistencia en que su marido se ganara la .vida vendiendo seguros y que él se asegurara por una buena cantidad, le había parecido a Josh una tontería. Sin embargo, cuando los dos habían muerto en un accidente de coche, mientras Josh estaba en la Universidad, aquel seguro le había dejado una buena suma. Sin embargo, él hubiera preferido tener a sus padres, pero había aprendido una lección: no hay protección contra la muerte.

—Entonces, ¿te vas a quedar con Ginny?

—¿De qué estás hablando? ¡Claro que me voy a quedar con Ginny! Es mi hija.

—¿Es que no es Maggie su madre? —preguntó Sam, de repente, muy extrañado.

Josh lo ignoró, ya que no quería compartir su vida privada con un cliente, pero fue Maggie la que contestó:

—No.

—Pensaba que eras la madre. La niña se parece mucho a ti —concluyó Sam, volviendo su atención a la televisión.

Josh la miró lleno de frustración. El quería discutir con ella por qué había pensado que iba a dar a su hija, que no se iba a quedar con ella. Sin embargo, no quería hacerlo delante de Sam.

—Vamos al dormitorio —sugirió Josh, suavemente.

—No, tengo que doblar un montón de ropa. He lavado las cosas de Ginny —replicó ella, poniéndose de pie—. Cuida de ella por mí.

La niña intentó salir gateando detrás de Maggie, pero Josh la agarró por la cintura.

—Eh, Ginny Mamá, Maggie, dijo que te quedaras aquí.

Aquella pequeña equivocación le dejó muy sorprendido. Maggie no era la madre de Ginny, pero se comportaba como si lo fuera. Aquella mañana, él había pensado que podía ganar la batalla sobre quién se iba a hacer cargo del bebé porque se había dado cuenta de lo duro que era para Maggie haber hecho sufrir a Ginny. Sin embargo, Maggie le había sorprendido.

Y él se había sorprendido a sí mismo. No era tan difícil cuidar de un niño como él había pensado. Y Ginny era un cielo.

La niña tomó uno de sus bloques de juego y se lo tiró. Josh recogió el bloque y se lo devolvió a la niña, que volvió a tirarlo inmediatamente. El se lo devolvió y ella lo volvió a tirar.

—Espera un minuto. Esto es un juego, ¿verdad? No quiero jugar —dijo Josh, sintiéndose algo ridículo por tener aquella conversación con una niña.

Ginny, al ver que él la ignoraba, se echó a llorar.

—¿Qué le pasa a Ginny? —preguntó Maggie, entrando

rápidamente en el salón, con los brazos llenos de ropa limpia.

—Está jugando el juego de «yo tiro y tú lo recoges» —dijo Sam, sin apartar la vista de la televisión.

Josh se lo quedó mirado. ¿Cómo sabía lo que estaba haciendo Ginny?

—Ella tiró el bloque, y cada vez que yo se lo devolvía, lo tiraba de nuevo. Cuando dejé de hacerlo, se puso a llorar —explicó Josh, a la defensiva.

—¿Por qué no pruebas con la pelota? Si se la tiras, ella te la puede tirar a ti —sugirió Maggie, con un cierto brillo en los ojos.

Lo que hiciera que las damas se sintieran felices. Josh se dio cuenta de que no quería que ninguna de las dos se enojara con él. Estuvo jugando con Ginny mientras Maggie doblaba la ropa. Era una dulce escena doméstica, o lo habría sido si Sam no hubiera estado allí.

Y si Josh hubiera tenido el derecho de abrazar a Maggie.

Algo distraído, no se dio cuenta de que Ginny se había acercado gateando hasta él. Cuando sintió que alguien le tiraba de la camisa, descubrió a su hija de pie, a su lado.

—¡Mira, Maggie! Se ha puesto de pie.

—Lo sé. Ten cuidado, Ginny o te caerás —dijo Maggie. La niña le dedicó una radiante sonrisa a ella y otra a Josh—. No pasará mucho tiempo antes de que empiece a andar. Eso me parece, porque Nathan ha empezado a dar sus primeros pasos.

—¿Quién es Nathan? —preguntó Sam.

—Mi sobrino. Acaba de cumplir un año.

—Las niñas aprenden más rápidamente que lo niños.

—¿Sí? —preguntó Josh, sorprendido de que su invitado supiera tanto.

—Sí, mi hijo no anduvo hasta que no tuvo casi dieciocho meses, pero las niñas empezaron a andar al poco de cumplir el año.

—¿Tienes dos hijas y un hijo? —preguntó Maggie.

—Sí, y no paran. No se consigue mucha paz con los niños pequeños.

—Ya me lo imagino —dijo Josh, rescatando a Ginny antes de que se cayera de bruces al suelo. La niña, sin darse cuenta de lo que había podido pasar, agarró la nariz de Josh y sonrió.

—¡Dios mío! Se me ha olvidado llamar a Susan, ¿Puedo llamar por teléfono? —preguntó Maggie.

—Claro, ¿cómo está?

—Bien, sigue decidida a salir adelante si ayuda —admitió Maggie, con un suspiro—. Pero como la queremos tanto, yo normalmente hago algo con ella y los niños el fin de semana, así que tengo que decirle que éste no puedo.

—Si te causa algún problema, puedo... —dijo Josh, de mala gana.

—No. Lo entenderá. Siempre es muy comprensiva.

Josh se puso de nuevo a jugar con su hija, escuchando la conversación de Maggie. Cuando ella colgó el teléfono, él se pudo concentrar en su situación.

—Tenemos que idear un buen plan para llevarte al juzgado el lunes —le dijo a Sam—. Por si acaso deciden intentarlo de nuevo.

Tanto Sam como Maggie se tensaron por los nervios. En ese momento, alguien llamó a la puerta.

Capítulo 7

Josh estaba seguro de que Pete, que estaba de guardia aquella tarde, le habría avisado si hubiera tenido problemas. A pesar de todo, pidió que todo el mundo guardara silencio.

A través de la mirilla, vio a un hombre vestido con un uniforme verde. Tras darse la vuelta, le preguntó a Maggie:

—¿Es éste el tipo del restaurante?

—Sí —respondió ella, tras asomarse por la mirilla—. Es Joey, el repartidor. Hola, Joey —añadió ella, abriendo la puerta—. Entra.

—Gracias, Maggie. Si hubiera tenido que esperar mucho más, la comida estaría fría.

—¿Qué nos traes para cenar hoy? —preguntó Maggie.

—Pollo y bolitas rellenas. Y Kate me ha pedido que te mande un mensaje. Me dijo que iba a venir conmigo por la mañana para traer el desayuno.

—No puede hacer eso —protestó Maggie—. Tiene que cuidar de su familia.

—Además, me dijo que te dijera que no protestes ..Por qué va a venir tu hermana? —preguntó Josh.

—Kate está preocupada —respondió Maggie, intercambiando una sonrisa con Joey—. Tiene miedo de que tú te estés aprovechando de mí.

—No irás a dejar que te convenza para que te marches, ¿verdad? —preguntó Josh, muy preocupado.

—Claro que no.

En cuanto Joey se hubo marchado, Sam preguntó:

—Pensaba que tú y Maggie estabais casados.

—Y así es —replicó Josh, echando una mirada significativa a Maggie.

—Entonces, ¿por qué iba a convencerla su hermana para que se marche?

Al ver que Josh no podía encontrar ninguna respuesta, Maggie tuvo que salir en su ayuda.

—Está enfadada porque estoy perdiendo días de trabajo en vez de Josh para cuidar de Ginny.

—Ah. Mi esposa y yo hemos discutido en muchas ocasiones por esto, pero yo ganaba la mayor parte del dinero... ¡Qué buena pinta tiene esta comida!

—Sí —respondió Josh, con un gesto pensativo en el rostro.

—No me gusta ser portador de malas noticias, pero el rumor es que tus enemigos quieren acabar contigo el lunes por la mañana. Tenemos que idear una buena manera de llevarte al tribunal.

Maggie contuvo el aliento. A Josh ya le habían disparado una vez mientras estaba con Sam. Eso significaba que el lunes por la mañana

volvería a estar en peligro.

—Josh, si algo te ocurre a ti, ¿quién cuidaría de Ginny?

Josh pareció algo molesto por aquella pregunta, pero, en opinión de Maggie, era importante.

—Ahora no, Maggie. Tengo que pensar en cómo disfrazar a Sam.

—Podría vestirse de mujer. Así es como lo hacen siempre en la tele —sugirió Maggie, ansiosa de resolver aquello para poder ocuparse de lo que realmente le importaba a ella.

—Sí, en la televisión. Para eso, necesitamos un actor profesional. ¿Tienes experiencia en el mundo de la actuación, Sam?

—No —respondió Sam, con el rostro turbado por el pánico—. Nunca debería haber metido la nariz dónde no debía. No quiero ser testigo.

—Venga, Sam. Así vas a acabar con un negocio ilegal que ha hecho daño a montones de personas.

—Eso no les servirá de nada a mi mujer y a mis hijos si no salgo vivo de esto.

—Ya sé cómo podéis hacerlo —replicó Maggie, de repente.

—Maggie, es mejor que le dejes esto a los profesionales, es decir, a mí —le espetó Josh.

—¿Es que no quieres que te cuente mi idea?

—Maggie

—Lo que tiene que hacer es cambiarse por Joey.

—¿Sabes? —dijo Josh, con una sonrisa, después de analizarla—. Creo que es una idea genial.

—Entonces, me debes una disculpa —replicó ella.

El se puso de pie e hizo que ella hiciera lo mismo. Antes de que Maggie supiera lo que él tenía intención de hacer, ya la había besado. Un gran beso sonoro, seguido de una gran sonrisa.

—Tienes razón —le aseguró él. Entonces la tomó de la cintura y se dispuso a repetir el beso, con toda seguridad menos sonoro y más...

—No lo entiendo —dijo Sam, interrumpiéndolos.

Maggie sintió que se le hundía el corazón al ver que Josh la soltaba y se volvía de nuevo a Sam.

—Piensa, Sam. Si esos hombres han estado vigilando el apartamento, habrán visto a Joey entregando la comida ya dos veces. Y va a venir mañana por la mañana. Lleva puesto un uniforme verde muy llamativo y es más o menos de tu tamaño.

—Pero no nos parecemos —dijo Sam, muy nervioso.

—Sin gafas, sí—replicó Maggie.

—Yo no veo nada sin gafas.

—Ya nos encargaremos de eso —dijo Josh—. La gente ve siempre lo que esperan ver. El lunes por la mañana, ni siquiera se fijarán en Joey. Es perfecto. Gracias, cariño —añadió, volviéndose a Maggie.

—Pero no veo nada sin gafas —insistió Sam, muy preocupado.
—¿Tienes gafas de sol graduadas? —preguntó Josh.
—Sí, claro, pero...
—Maggie, ¿podemos conseguir que Joey se ponga unas gafas de sol similares a las de Sam, desde mañana por la mañana?
—Sí, claro. Sólo tengo que llamar al restaurante.
—Espera, necesitamos hacernos con más detalles. La furgoneta, ¿es automática?
—Yo no sé conducir un coche automático —protestó Sam.
—No, la furgoneta no es automática —respondió Maggie, que ya se estaba empezando a hartar de la actitud de aquel hombre.
—Hmm —dijo Josh, frotándose la mejilla—. Si yo voy con él, parecerá sospechoso.
—¡Kate! Kate va a venir mañana. Si ella conduce mañana y también viene el lunes, ella puede... pero no puedo permitir que Kate corra ningún peligro.
—No debería haber peligro alguno, pero no podemos pedirle a tu hermana que participe a menos que no le importe correr ese riesgo.
Conociendo la naturaleza osada de Kate, Maggie sospechó que le gustaría mucho participar. Sin embargo, tal vez Will no volvería a hablarle a Maggie en toda su vida.
—Creo que es mejor que llame a Kate y se lo explique.
Una hora más tarde, todo estaba solucionado. Will, como Maggie había predicho, se opuso a la participación de Kate en el asunto. Sin embargo, había sugerido que él mismo acompañaría a Joey al día siguiente y el lunes por la mañana. El conduciría y escoltaría a Sam hasta el tribunal.
Kate prometió buscarle unas gafas de sol a bey que se parecieran a las de Sam. También organizaron la salida de Joey para que no corriera ningún peligro.
—Tú también vas a tener que salir del apartamento, querida —dijo Josh.
—¿Por qué? —preguntó Maggie, agradecida de aquel calificativo.
—Porque cuando vean que Sam no sale, vendrán a investigar. Quiero que tú y Ginny os marchéis. ¿Puedes ir al restaurante? Tal vez sea mejor que te pague una habitación en un hotel durante un día.
—Podemos volver a mi apartamento.
—Está demasiado lejos. Además, estarías sola. Quiero que haya alguien contigo, por si acaso.
—¿Y la familia de Sam? —preguntó ella, en un susurro. Sam estaba de nuevo viendo la televisión—. ¿Y si van a por la familia de Sam?
—Les sacamos de la ciudad ayer por la tarde.
—Josh, tenemos que hablar sobre Ginny.
—¿Le pasa algo? —preguntó él, preocupado.

—No, está bien. Está jugando en el parque. Sin embargo, tienes que pensar en garantizar su futuro. Tienes que designar a alguien como tutor suyo en caso de que... algo ocurra.

—Tienes razón. No se me había ocurrido pensar en eso. Sin émbargo, todo el mundo puede tener accidentes, no sólo los investigadores privados.

—Lo se, pero...

—No pienso dejar de ser detective.

—Claro que no —respondió ella, asombrada.

—¿Cómo que «claro que no»? ¿Es que no me estás diciendo que debería cambiar de trabajo?

—No. Lo que tendrás que hacer es encontrar a alguien que cuide de Ginny mientras tú no estés con ella. No importa cuándo la veas, mientras pases algún tiempo con ella. Pero...

—¿Dices eso en serio?

—Josh, no entiendo lo que me estás intentando decir.

—Ya lo sé, pero no importa —dijo él, con una afectuosa sonrisa.

—Lo que yo estoy intentando decirte es que necesitas garantizar el futuro de Ginny.

—De acuerdo. Déjame que tome un trozo de papel.

Josh se fue a la cocina, mientras Maggie se sentaba a la mesa, completamente confundida. ¿Había pensado él que ella intentaba que él dejara su trabajo?

—Si algo me ocurre, ¿te ocuparás tú de Ginny? —preguntó él, en cuanto regresó de la cocina—. Ya sé que la quieres mucho.

—Maggie sintió que una oleada de gratitud la invadía. El confiaba en ella.

—Claro que lo haré, pero... ¿es que tú no tienes familia?

—No, bueno, sí. Una prima lejana en Boston, pero no la conozco. Quiero que Ginny tenga alguien que la quiera. El dinero no será un problema, así que no tendrás que trabajar...

—¿Me estás diciendo que tengo que dejar mi trabajo por Ginny?

—Ella necesitará alguien que se ocupe de ella.

—¿Vas a dejar tú tu trabajo?

—¡Me has dicho que no me ibas a pedir eso!

—Pero tú no tienes ningún problema en pedírmelo a mí...

—Pero tú eres una...

—¿Mujer?

—Se supone que las mujeres... Hay dinero de sobra.

—Entonces, ¿tampoco es necesario que tú trabajes?

—Maggie, no lo entiendes... Tal vez sea yo el que no lo entiende. No quise decir que tú tuvieras que dejar tu trabajo si algo me ocurriera a mí. Sé que harías lo que fuera mejor para Ginny.

—Gracias por confiar en mí, Josh.

La conversación que él y Maggie habían tenido había dejado a Josh completamente aturdido. Le había estado pidiendo el mismo sacrificio que su madre le había pedido a su padre.

La paciencia que ella había demostrado le había sorprendido tremendamente. No se había puesto enojada o le había acusado de intentar arruinar su vida. Simplemente, había dicho que ella se ocuparía de Ginny. Y él estaba seguro de eso.

—Josh, es hora de que Ginny se vaya a la cama —dijo Maggie, desde la puerta.

—De acuerdo. ¿Quieres que le dé un beso de buenas noches?

—Claro que sí. Y también le he preparado su pijama y un pañal limpio para que se lo pongas.

Ginny dijo algo en el parque. pero Maggie no fue a recogerla. Josh tardó un minuto en darse cuenta de que Maggie no iba a acostar a la niña.

—¿Maggie?

—¿Sí, Josh?

—Mira, sé que soy su padre, pero...

—¿Pero?

—¿No puedes acostarla tú? A ella le gustará más.

—A mis hijas les encanta que sea yo el que las lleve a la cama —intervino Sam, que, como siempre, estaba viendo la televisión.

—Esta es un bebé.

—Alguna vez tendrás que empezar —le espetó Sam.

—¿Me vas a ayudar? —le preguntó Josh a Maggie poniéndose de pie.

—Claro.

Josh le extendió los brazos a su hija. Ella, feliz, le extendió los brazos, lo que le sorprendió mucho.

—Tengo una ligera sospecha. No creerás que me tiene guardada otra sorpresa, ¿verdad?

—No. Pero como ya lo has hecho una vez, estoy segura de que podrás hacerlo de nuevo.

De repente, Josh se dio cuenta de que, para ganar la aprobación de Maggie, sería capaz de hacer cualquier cosa, lo que le sorprendió. ¿Por qué era tan importante para él?

También descubrió que preparar a su hija para irse a la cama era una tarea de lo más agradable. Ginny, a pesar de estar rendida, sonreía. Cuando terminó de ponerle el pijama, cubierto de gatitos, acurrucó a su hija contra su pecho y la besó en la frente.

Maggie se inclinó para besar también a la niña. Josh se sorprendió al encontrar otras razones para que Maggie se inclinara sobre él de aquella manera.

—Estás haciéndolo muy bien —dijo ella, después de besar a la

niña.

—No es muy difícil. Te tengo a ti para que me des confianza —aseguró él, poniendo a la niña en la cuna y arropándola. Tras darle cuerda al móvil, salieron de la habitación.

—¿Y ahora qué? —preguntó él.

—No sé. Creo que me está dando un poco de claustrofobia.

—¿De verdad?

—Es que no he salido del apartamento en varios días.

—¿Qué te parece que veamos una película o que juguemos a algo?

—¿Qué clase de juego?

—Tengo el Trivial Pursuit o podemos jugar a las cartas. Estoy seguro de que a Sam también le apetecerá hacer algo diferente.

Enseguida, los tres se sentaron a la mesa de la cocina, con palomitas encima de la mesa, jugando al Trivial. Josh se sentía fascinado por Maggie. Incluso se sintió algo celoso de que Sam tuviera un ingenio que parecía gustarle a ella. Tenía las mejillas sonrosadas, los ojos castaños le brillaban... Josh quería que ella centrara su atención sólo en él. Cuando se rozaron las manos en el bol de las palomitas, Josh sintió que algo se le movía por dentro.

—¿Es que no sabes la respuesta? —le preguntó Maggie.

Josh no tenía ni idea de la pregunta, así que hizo que Sam se la repitiera.

—¿Qué «quarterback» sirvió en la Marina antes de capitanear su equipo en la consecución de varias Super Bowls?

—Necesito una pista —dijo Josh, inclinándose hacia Maggie.

—¿Una pista? ¿Es que no te gusta el fútbol americano?

—Sí ¿Y a ti?

—Claro. Yo sigo principalmente a los Chiefs.

¿Se habría muerto y estaría en el cielo? ¿Cómo era posible que a una mujer tan dulce como Maggie le gustara el fútbol? Sin quitarle la mirada de los labios, se inclinó un poco más sobre ella.

—¿Sabes la respuesta o no? —le preguntó Sam.

—Sí. Roger Staubach —respondió él, sin dejar de mirar a Maggie.

—Estabas tomándome el pelo. Sabías la respuesta desde el principio —dijo ella.

Antes de que pudiera contestarla, o besarla, tal y como él prefería, Sam le obligó a tirar el dado. Josh se sentía con ganas de entregar a Sam a sus enemigos. Quería tener a Maggie sólo para él.

Una hora más tarde, dejaron de jugar cuando Maggie consiguió completar su ficha con las diferentes partes que la componían. Josh se alegraba porque eso significaba que se irían al dormitorio. A la cama. Se moría de ganas por volver a estrechar a Maggie entre sus brazos.

—¿Pasa algo? —le preguntó Maggie.

—No, claro que no. ¿Nos vamos a la cama? Ya sabes que Ginny se

despierta temprano.

—Sí. Voy a meter estos vasos en el lavavajillas.

Mientras ella lo hacía, él fue a buscar la ropa de cama de Sam antes de que Maggie saliera de la cocina.

Ella también parecía algo nerviosa mientras le deseaba buenas noches a Sam. Luego se fue rápidamente por el pasillo, sin esperar a Josh.

—¿Tanto sueño tienes? —le preguntó él, al entrar en el dormitorio.

—No, en absoluto. ¿Quieres entrar en el baño tú primero?

—No, ve tú. Yo espero.

Josh escuchó el ruido de la ducha, imaginándosela desnuda bajo el agua. Decidió entonces que su ducha tendría que ser de agua fría. Cuando todo hubiera terminado el lunes, él y Maggie iban a hablar largo y tendido. Josh no tenía intención de dejarla marchar.

Entonces, ella salió del cuarto de baño, con la bata abrochada hasta la barbilla.

—Es tu turno.

Maggie suspiró cuando Josh cerró la puerta del cuarto de baño. Deseó poder meterse en la cama y simular que estaba dormida cuando él saliera. Pero no pudo.

No podía volver a dormir en la misma cama que él.

La noche anterior, cada vez que ella se despertaba, se había encontrado en brazos de Josh. Volver a la cama con él supondría un desastre. Aunque él no buscara nada, ella no podía confiar en sí misma...

Deseaba con todo su corazón tener una familia como Josh y Ginny. Aquello era imposible, pero sabía que sólo había accedido a seguir allí porque esperaba más.

Después de la muerte de su padre, se había dado cuenta de que había estado escondiéndose de la vida. Aquella muerte le demostró que el tiempo era algo precioso. Su padre no había podido hablar con Susan, ni decirle que era su padre antes de morir. Había querido hacerlo, pero no había tenido tiempo. Maggie se escondía porque tenía miedo de fracasar. Sólo confiaba en los números, no en las personas.

Cuando su hermana se casó con Will y tuvo a Nathan, había visto cómo la vida de Kate se llenaba de felicidad. Ella no era celosa, pero la felicidad de su hermana le había hecho desear cambiar su vida.

Entonces, Josh y Ginny habían entrado en el restaurante.

—¿Todavía no estás en la cama? —le preguntó Josh.

—No —respondió ella, sobresaltada—. Tengo que ir a ver cómo está Ginny.

Rápidamente salió de la habitación. Estuvo un buen rato en la penumbra del dormitorio de la niña, contemplándola. Finalmente,

esperando que Josh se hubiera dormido, volvió al dormitorio. Estaba oscuro, pero se veía la silueta de Josh tumbado en la cama.

—¿Está bien?

—Sí —respondió Maggie.

—Ven a la cama, Maggie. Es tarde y debes de estar cansada.

—Enseguida —replicó ella, tragando saliva. Rápidamente entró en el cuarto de baño.

Cinco minutos más tarde, después de estar sentada en la bañera, esperando que él se durmiera, Maggie Salió de puntillas del cuarto de baño. Las almohadas que había utilizado la noche anterior para dividir la cama estaban en el suelo. Sin hacer ruido, las puso en el suelo, a su lado de la cama y sacó una manta del armario.

Cuando consiguió que su improvisada cama fuera lo suficientemente cómoda, se tumbó y suspiró, deseando estar entre los brazos de él.

Josh mantuvo la respiración constante, esperando que ella se metiera en la cama. Sabía que no podría abrazarla mientras ella estuviera despierta.

Sin embargo, el sueño de Maggie era muy pesado. Y se abrazaba casi sin darse cuenta.

Cuando la respiración de ella se hizo constante, Josh abrió los ojos. Todavía no se había metido en la cama. Lentamente, él se levantó y la buscó. No estaba por ninguna parte.

Saltando fuera de la cama, la rodeó para ir a la habitación de Ginny y casi se tropezó con Maggie, que estaba dormida en el suelo.

Josh sacudió la cabeza y luego esbozó una tierna sonrisa. Sin dudarlo un momento, la levantó en brazos y la colocó en la cama, para luego irse a su lado.

La arropó a ella y luego se cubrió él. Entonces, como había hecho la noche anterior, la rodeó con los brazos, estrechándola contra sí. Se sintió invadido por la felicidad. Entonces, cerró los ojos.

Capítulo 8

Josh había pagado muy caro aquel minuto de felicidad.

Ya era lunes por la mañana, hora de concentrarse en llevar a Sam sano y salvo a los tribunales. Sin embargo, Josh encontraba muy difícil concentrarse en algo que no fuera el enfado de Maggie. Ella no le hablaba.

Además, la noche anterior, ella había dormido en el suelo, en el cuarto de Ginny.

Josh se vistió y fue corriendo al salón. Will y Joey iban a llegar en cualquier momento con el desayuno y no tendrían mucho tiempo para tomarlo antes de que Sam y Will se marcharan.

Esperando que Maggie estuviera de mejor humor, entró en el salón y se la encontró, sentada en un sillón, llórando amargamente.

—¡Maggie! ¿Qué pasa? —preguntó él. Ella lo miró, pero no respondió. Josh se arrodilló a sulado y le tomó las manos—. ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien, pero estoy muy enfadada.

—Maggie, anoche no te molesté. ¿Por qué sigues enfadada conmigo?

—No estoy enfadada contigo. Yo...

Entonces, alguien llamó a la puerta. Josh, sin dejar de pensar en Maggie, se acercó a la puerta a mirar por la mirilla. Al ver a Will y a Joey, abrió y los dejó pasar. Enseguida concentró toda su atención en Maggie.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Es que ha hecho Sam algo?

—No, no importa. No hay tiempo.

—¿Está Ginny bien?

—Sí. Ve a desayunar.

Ella tenía razón. No había tiempo para nada.

—De acuerdo, pero ven a desayunar tú también. ¿Has preparado ya lo que Ginny y tú vais a necesitar para el día? Ya sabes que no te puedes quedar aquí con ella.

—Lo sé. Voy a llevar a Ginny a casa de Will y Kate. El médico ha dicho que la varicela de Nathan ya no es contagiosa.

—De acuerdo. Entonces, iré a recogeros en cuanto Sam esté fuera de peligro. No quiero que vuelvas aquí sola. ¿Lo entiendes?

—Claro que lo entiendo. ¡No soy ninguna idiota!

—Ya sé que no eres ninguna idiota —se apresuró él a rectificar—. Eres fantástica. Fue a ti a la que se le ocurrió el plan para que Sam escapara —añadió. Arriesgándose a que ella se enfadara con él, la besó brevemente.

—¡Eh, vosotros dos! —exclamó Will desde la cocina—. Dejaos de charla y venir a comer.

Maggie sintió que se sonrojaba. Josh la tomó de la mano y la llevó

a la cocina. Fuera lo que fuera lo que la había enojado, había conseguido que dejara de estar enfadada con él.

Sam estaba sentado con Will y Joey en la cocina. Estaba comiendo, pero tenía un aspecto pálido y nervioso.

—Maggie, tú y Ginny venís a nuestra casa, ¿verdad? —preguntó Will.

—Sí. Saldremos justo después de ti y Sam. ¿Llamarás en cuando puedas?

—Claro. Kate me mataría si no lo hago —le aseguró Will, con una sonrisa—. Menos mal que no estás casado —le dijo a Josh—. A las mujeres les gusta tenerte controlado.

Josh miró rápidamente a Sam. Se dio cuenta de que él estaba tan preocupado que no se había dado cuenta de que Will había revelado el secreto.

—Pues a ti no parece que te moleste —dijo Josh. A pesar de dirigir una empresa multimillonaria, Will era un hombre muy campechano.

—No, a mí no me molesta. De hecho, la vida no me podría ir mejor —respondió Will.

—¿No deberíamos marchamos? —preguntó Sam, con la voz temblorosa.

—Sí —replicó Josh—. Vas a tener un poco de tiempo extra, Will, así que ve haciendo un rodeo, como si tuvieras más entregas que realizar. ¿Te acuerdas de las instrucciones para cuando llegues a los tribunales?

—Sí. Todo irá bien. Nos veremos allí —afirmó Will, poniéndose de pie—. Asegúrate de que tú y Ginny llegáis a salvo a casa, ¿eh, Maggie?

—Claro —respondió ella.

—Estarán bien. Mientras no estén aquí, no corren peligro —dijo Josh, intentando convencerse de ello.

A continuación, acompañó a Will y a Sam a la puerta y la cerró. Junto con Maggie y Joey, se acercó a la ventana para ver la salida. Los dos hombres llevaban el uniforme verde del Lucky Charm.

Cuando la furgoneta salió sin ninguna interferencia y sin que nadie la siguiera, Josh suspiró aliviado.

—De acuerdo, Joey. Abre la puerta y llama a Pete. Es hora de empezar la fase número dos.

Cuando Joey salió al vestíbulo, Josh tomó a Maggie por los brazos.

—Cuídate mucho, Maggie. Y cuida de Ginny.

Entonces, la besó en los labios, deseando poder acompañarlas a casa de Kate. Entonces, alguien se aclaró la garganta a sus espaldas y Josh soltó a Maggie.

—Ya hablaremos esta tarde, ¿de acuerdo? —afirmó él. Ella abrió los ojos y asintió—. Ahora, ve a por Ginny.

Cuando ella reapareció segundos más tarde con la niña en brazos,

Josh contuvo el aliento.

—¿Tienes todo? —preguntó él

—Sí. Si me falta algo, Kate podrá prestármelo.

Josh suspiró de nuevo. ¿Qué le pasaba? Nunca le había costado tanto separarse de alguien. Sin prestar atención a los dos hombres, se acercó a Maggie y las abrazó a las dos.

Josh se sintió agradecido cuando Maggie no protestó. En vez de eso, ella levantó la mano que tenía libre y le acarició la mejilla.

—Ten cuidado —susurró ella, besándole suavemente. Luego se soltó de su abrazo y se dirigió a la puerta.

—Maggie...

—Tú también —musitó él, incapaz de decir lo que se le había venido a la mente. El no la amaba. No tenía la intención de amar a nadie. Aquello le daría a esa persona demasiado poder. Pero se preocupaba por ella, y por Ginny. Eso era. Se preocupaba por ella.

—Lo haré —dijo ella, saliendo del apartamento.

Los tres hombres volvieron a la ventana. Maggie tardaría más tiempo en salir porque iba a hacerlo por el garaje.

Josh se dijo que no había peligro. Aquellos tipos no sabían que Maggie y Ginny existían. Pensarían que salían de uno de los otros apartamentos. El suspiró al ver el coche de Maggie salir del garaje.

—De acuerdo, muchachos. Es hora para la fase número tres —musitó Josh.

Cuando Kate abrió la puerta de su casa, abrazó a Maggie y a Ginny.

—¡Estáis bien! —exclamó, dejándolas entrar en la casa.

—Claro que sí. Nunca hemos estado en peligro. ¿Has tenido noticias de Will?

—Todavía no. Me dijo que no esperara que me llamara hasta las diez, cuando tiene que volver a empezar el juicio. Ahora sólo pasan unos minutos de las nueve —respondió Kate, acompañándolas a la cocina—. Ginny es un cielo, Maggie, pero esta situación es un verdadero problema —añadió, mientras le indicaba una silla.

Maggie saludó a Bettie, el ama de llaves y casi un miembro de la familia.

—¿Cómo estás?

—Bien. Me alegro de ver que estáis bien. ¿Café?

—Gracias. Es un verdadero cielo, ¿verdad? —le dijo a su hermana.

—¿Y vas a ignorar el resto?

—Sí. ¿Dónde está Nathan?

—Está arriba, jugando. Angie está con él. ¿Quieres llevar a Ginny arriba? Así podremos hablar.

Maggie sabía que no había escapatoria. Cuando Kate se decidía a hacer algo, nada se lo impedía. Maggie obedeció lo que Kate le había

dicho y entregó a Ginny a Angie, la niñera que cuidaba de Nathan mientras Kate estaba en el restaurante.

Cuando estuvieron sentadas de nuevo en la mesa de la cocina, Kate no perdió ni un minuto.

—¿Cuándo vas a volver a tu casa?

—Le prometí a Josh que me quedaría hoy con Ginny.

—¿Ha encontrado a alguien que se ocupe de la niña?

—No, no ha podido buscar, con el asunto del testigo. Por cierto, siento mucho que Will se haya visto implicado.

—Creo que Will está realmente encantado. Y no creo que corra ningún peligro.

—Espero que no. Pero Josh recibió un disparo cuando escoltaba a Sam a la ciudad y... —dijo Maggie, interrumpiéndose al ver la alarma en el rostro de su hermana—. No te lo debería haber dicho. Sé que el plan es bueno.

—Así es. Y Josh tiene una buena reputación en la profesión. Will lo ha comprobado —afirmó Kate. Maggie levantó una ceja—. Bueno, no te iba a dejar que te marcharas con un tipo del que no sabíamos nada... Aunque tengamos una hermana nueva, la familia sigue siendo pequeña.

—Entonces, si tuvieras una familia grande, ¿me dejarías que me fuera con cualquiera? —bromeó Maggie.

—No, claro que no, pero... Maggie, es que tú no tienes mucha experiencia —dijo Kate. Maggie bajó los ojos—. No te habrá hecho daño, ¿verdad?

—No, claro que no.

—Entonces, mañana todo habrá vuelto a la normalidad.

—No exactamente —declaró Maggie, después de una pausa.

—¿Qué ha ocurrido?

—He dejado mi trabajo.

—¿Cómo? —exclamó Kate, dando un grito tal que Bettie tuvo que volverse—. ¿Qué ha pasado?

Maggie comprendió su sorpresa. Había trabajado mucho para hacerse un futuro en aquella empresa.

—Llamé esta mañana para tomarme una semana de vacaciones. Le dije a mi jefe que tenía un problema familiar. El me dijo que tenía que ir a trabajar... Y le dije lo que pensaba de él. He dado tanto tiempo de mi vida a ese trabajo... Ahora que yo necesitaba un respiro, no me lo han querido dar.

—Bien hecho. Ya te dije que se aprovechaban de ti.

—¿Bien hecho? Ahora estoy sin trabajo. ¿Cómo voy a mantenerme?

—Will te dará un trabajo. Siempre necesitan buenos contables en su empresa.

—Pobre Will. No sabía cuando se casó contigo que tendría que dar trabajo a toda tu familia —dijo Maggie, con una sonrisa triste.

—Al único miembro de la familia al que le ha ofrecido trabajo es a Susan. Y ya sabes que ella lo ha rechazado.

—Sí.

—Pero tú no lo rechazarás, ¿verdad?

—Sí, lo haré. Ya es demasiado malo que esté trabajando para ti como para tener que hacerlo también para Will.

—Pero, ¿qué vas a hacer?

—Bueno, el restaurante va tan bien que tal vez me las pueda arreglar sólo con lo que tú me pagas por llevar los libros y con mi parte de los beneficios. Pensé que podría intentar buscar más clientes, algo así como empezar mi propio negocio.

—¡Esa es una idea genial! Te harás rica enseguida, Maggie. ¡Estoy tan orgullosa de ti!

—Todavía no lo he conseguido, pero llevo tiempo queriendo introducir cambios en mi vida.

Maggie no pudo evitar pensar en la niña que jugaba arriba y en el hombre que estaba en peligro y entendió que algunos cambios ya habían ocurrido.

Sólo esperaba que aquellos cambios no la rompieran el corazón.

Josh aparcó el coche en la elegante entrada del garaje de la casa de Will y Kate y suspiró, completamente agotado.

Sam había testificado. Don y Pete iban a escoltarlo a su casa después de pasar la noche en un hotel. Will había hecho su parte sin novedad y había vuelto, sano y salvo, a su casa.

Ya era hora de recoger a Ginny. Y a Maggie, o al menos eso era lo que él esperaba. Sólo le había pedido que se quedara un día más, pero no quería que se marchara. Porque se preocupaba por ella.

Y también, porque le gustaba que ella formara parte de su vida.

Sin embargo, aquello sólo era por Ginny. El no quería que ninguna mujer formara parte de su vida. Pero su hija necesitaba a Maggie.

Tras aparcar el coche, se acercó a la puerta y llamó. Le sorprendió mucho que fuera Maggie la que abriera. Sin estar preparado para verla de repente, siguió sus instintos y la abrazó.

—¿Estáis tú y Ginny bien?

—Sí. ¿Y tú? ¿No te ha disparado nadie?

—No. Lo del otro día fue algo extraño, Maggie. Te prometo que es la primera vez que me hieren en mi trabajo —explicó él, que no quería que ella pensara que estaba en constante peligro.

Ella le rozó la cicatriz que le habían hecho el viernes. El no se movió. Después de todo, un hombre necesitaba un poco de cariño después de un día duro. Y, por supuesto, ésa fue la única razón de que la besara.

—Entrad —dijo Kate, a su espalda.

De mala gana, Josh levantó sus labios de los de Maggie y miró a la hermana. A pesar de que no había hablado con ella antes, él tenía la sensación de que ella no lo apreciaba.

—Hola, tú debes de ser Kate.

—Sí. Soy Kate, la hermana de Maggie.

—Encantado de conocerte. Will nos ha ayudado mucho esta mañana. Supongo que te habrá llamado y te habrá dicho que está bien, ¿verdad?

—Sí, me llamó poco después de las diez. ¿Te apetece una taza de café, Josh?

—Pensaba que Maggie y Ginny estarían listas para ir a casa —dijo él, pensando que lo único que quería era estar a solas con Maggie. Tenía que descubrir lo que le había hecho llorar aquella mañana.

—Estoy segura de que le puedes dejar a Josh que se tome una taza de café, ¿verdad, Maggie? —insistió Kate.

—Es mejor que la aceptes, Josh —sugirió Maggie, con una sonrisa —. Kate va a interrogarte.

—No tengo nada que ocultar.

Kate levantó una ceja, como si no le creyera y los condujo a la cocina.

—Espero que no te importe que seamos tan informales. Nosotras preferimos la cocina —dijo Kate, mientras ella y Maggie se sentaban.

—Yo también. ¿Dónde está Ginny? —preguntó a Maggie, sentándose él a su vez.

—Está arriba, dormida —replicó ella—. La niñera de Kate, Angie, nos ha ayudado a cuidarla. Se lo ha pasado estupendamente.

—Bien. ¿No estará Angie buscando trabajo? No me importaría quitársela a Kate —bromeó Josh, sonriendo, para dejar claro que estaba bromeando.

—No, no está buscando trabajo, pero te puedo dar el nombre de la agencia que nos la envió —dijo Kate—. Después de todo, no puedes contar con Maggie como una solución permanente.

Aquellas palabras eran sólo las que Josh se había dicho a sí mismo, pero no le gustó ofrlas.

—No, claro que no. Maggie ha sido más que generosa con su tiempo.

—Entonces, ¿cuándo vas a contratar a alguien para que cuide de Ginny?

—Tan pronto como volvamos a mi apartamento, empezaré a hacer llamadas —prometió él, intentando ocultar el resentimiento que sentía porque Kate estuviera intentando apartar a Maggie de él.

—Kate, esto no es asunto tuyo —intervino Maggie.

—Maggie, ni siquiera tienes trabajo por culpa de este hombre…

—¿Qué? ¿Qué le ha pasado a tu trabajo? —preguntó Josh—. ¿Es por eso por lo que estabas llorando esta mañana? ¿Qué te han hecho? —añadió él, medio levantándose de la silla.

—Siéntate —le dijo ella, tirándole del brazo—. Todo va bien. He decidido que era lo mejor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él.

—Mi jefe me dijo que no podía tomarme ningún día de vacaciones esta semana y yo... yo dejé el trabajo.

—¿Que dejaste tu trabajo por Ginny? —quiso saber Josh, incrédulo.

—No. Lo he dejado por mí misma. Ya llevaba algún tiempo sin disfrutar de mi trabajo, Josh. Tú y Ginny habéis sido los catalizadores, pero he hecho lo que quería hacer. Ha sido mi decisión y nadie, y menos tú, tiene la culpa de ello.

—Pero, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a buscar otro trabajo de contable? —preguntó él. Maggie le explicó sus planes de trabajar por su cuenta —. Oye, yo podría necesitar de tus servicios.

—No necesito caridad. Ya se lo he dicho a Kate. Todo me va a ir bien.

—Claro que sí. Pero lo digo en serio. Ultimamente he estado pensando en contratar a alguien. El papeleo me lleva demasiado tiempo.

—Josh, ya hablaremos de eso en otra ocasión —concluyó ella, diciendo que no con la cabeza.

Sin embargo, aquellas palabras animaron a Josh. Aquello significaba que ella tenía la intención de hablar con él después de aquel día.

—Entonces —añadió Maggie—, eso significa que puedo cuidar a Ginny durante un par de días si me necesitas.

—¡Maggie! —protestó Kate.

—Claro que te necesito —dijo Josh al mismo tiempo. Entonces, él y Kate se miraron fijamente.

En aquel momento, Will entró en la cocina, lo que alivió un poco la tensión.

—Hola —dijo él—. ¿Qué tal vais? ¿Fue todo bien, Josh? —preguntó. Josh le aseguró que todo había ido perfectamente—. Si eso es cierto, ¿por qué estáis Kate y tú matándoos con la mirada?

—Porque este hombre sigue aprovechándose de Maggie —dijo Kate.

—No me estoy aprovechando de ella. Ella se ha ofrecido.

—Maggie se pasa demasiado tiempo cuidando de otras personas. Alguien debería cuidar de ella.

—¡Yo estoy dispuesto a cuidar de Maggie! —exclamó Josh.

—¡Por favor! No soy ninguna inútil —protestó Maggie, poniéndose

en pie—. Si decido pasar unos días con Maggie para darle tiempo a encontrar una niñera, es asunto mío, Kate.

—El nunca va a encontrar a alguien que le cuide a la niña las veinticuatro horas a menos que se case con alguien.

—Lo sé,pero...

Las palabras de Kate le recordaron a Josh la idea que había tenido antes. Y no esperó a considerar aquel impulso. Era lo más adecuado. Así que se aclaró la garganta y se decidió a hablar.

—En ese caso, ¿quieres casarte conmigo, Maggie?

Capítulo 9

—¿Estás enamorado de Maggie? —preguntó Kate, con una radiante sonrisa en el rostro.

—¡No! —replicó Josh, poniéndose de pie—. Claro que no. Le estoy ofreciendo un matrimonio de conveniencia. Yo cuidaré de ella y ella cuidará de Ginny.

—¡Cómo te atreves! —le espetó Kate, a quien aquella respuesta no había agradado—. ¿Cómo puedes insultar así a mi hermana? ¡Ella no tiene que acceder a esa clase de matrimonio! —añadió Kate, a pesar de que su propio matrimonio había estado, al principio, casi basado en la conveniencia, aunque luego había surgido el amor.

—Cielo, no te lo está preguntando a ti —dijo Will. Sin embargo no parecía muy contento.

Josh miró a Maggie, temiéndose lo peor. ¿Reaccionaría ella de la misma manera?

—Maggie...

—¿Cuánto tengo que darte una respuesta?

—Maggie, no te precipites —le advirtió Will.

—¡Mary Margaret O'Connor! No te atrevas a aceptar esa oferta tan descafeinada —insistió Kate.

—Tómate todo el tiempo que necesites, cariño —dijo Josh, esperanzado—. Pero estoy seguro de que funcionaría. Tendrías un lugar donde vivir mientras levantabas tu negocio, podrías quedarte en casa con Ginny mientras trabajabas. Y... bueno, creo que nos ha ido bastante bien estos días.

—¡Maggie! —protestó Kate.

—Creo que es mejor que nos vayamos —dijo Maggie, poniéndose de pie—. Ya te llamaré mañana, Kate.

Josh también se levantó, pero Will lo detuvo.

—¿Has ido a tu piso desde esta mañana?

—No, estaba demasiado preocupado por recoger a Maggie y a Ginny —respondió Josh, avergonzado de no haber pensado en aquello —. Maggie, ¿puedes quedarte aquí mientras yo voy a ver si está todo en orden?

—Sí, pero no deberías ir solo. Dejaremos a Ginny aquí e iré contigo.

Josh, que no creía que hubiera ningún peligro, le extendió la mano.

—¡No! —exclamaron Will y Kate al unísono.

—Yo iré contigo —añadió Will—. Por si hay algún problema.

Josh hubiera preferido la compañía de Maggie, pero aceptó sin problemas. El tenía razón. No debía correr riesgos con Maggie. Josh aceptó y ambos hombres salieron por la puerta. Cuando antes comprobaran que todo iba bien en el piso, antes podría estar a solas

con Maggie.

En cuanto estuvieron solas, Kate empezó a sermonear a Maggie sobre las desventajas de ni siquiera considerar la propuesta de Josh. Maggie escuchó durante al medos diez minutos antes de detenerla.

—Kate, soy una mujer hecha y derecha. Quiero una familia, la esperanza de ser feliz, como tú... Yo... yo siento cariño por Josh. Tal vez él no me ame, pero me necesita. Y Gínny es tan especial...

—Pero tú puedes tener tus propios hijos.

—Sí, tal vez así sea algún día, pero eso no es razón alguna para no querer a Ginny. Tengo que pensarlo, así que cambiemos de tema y charlemos de algo más interesante.

Afortunadamente, Kate cedió. Empezaron a hablar de las últimas hazañas de Nathan y prediciendo lo que Ginny empezaría a hacer muy pronto.

Aquel tema interesaba a Maggie, pero no tanto como el matrimonio con Josh. Josh... ¿qué iba a hacer ella? El domingo por la mañana, cuando se había despertado entre sus brazos, Maggie había pensado que lo amaba. No había querido soltarse de aquel abrazo.

Sin embargo, había tenido que hacerlo. El no debería haberla llevado a la cama. Tuvo que hacer lo posible por sentirse muy enojada para hacerle saber que se había equivocado. Tenía que demostrarle que ella no era un juguete para que él jugara cuando le apeteciera.

En aquel momento, ella nunca había pensado que él fuera a ofrecerle un lugar permanente en su vida. Al menos durante algunos años... Pero no le ofrecía amor, lo que significaba que ella no podría meterse en su cama.

¿Podría vivir en el mismo apartamento que Josh sin recibir sus caricias? Maggie no lo sabía. Y eso era lo que tenía que decidir antes de darle una respuesta.

Joshy Will volvieron casi dos horas más tarde. Kate y Maggie les prepararon lo que había quedado de la cena y los dos hombres comieron como si estuvieran muertos de hambre. Maggie esperó un poco antes de preguntar.

—¿Habían entrado en el apartamento?

—Está completamente destrozado —musitó Josh—. Llamamos a la policía e hicimos el informe del seguro. Era lo único que podíamos hacer.

—¿Vamos a volver allí esta noche?

—No —respondió Will—. La puerta principal estaba hecha pedazos. He sugerido que los tres deberíais quedaros aquí. Lo que tienes que hacer es convencer a Josh. No creo que sea muy seguro volver allí esta noche. Y no creo que sea muy fácil ir a un hotel con una niña pequeña.

Kate apoyó inmediatamente la invitación de Will. Maggie supo que

no le quedaba elección.

—Creo que deberíamos quedamos aquí, Josh —dijo Maggie.

—Haremos lo que tú quieras.

El hecho de que Josh estuviera de acuerdo con ella hizo que Maggie se sintiera muy nerviosa. Lo hizo tan cortésmente que parecía ser un extraño.

—¿Está Ginny dormida? —añadió él.

—Sí. ¿Quieres verla?

El asintió y se puso de pie. Maggie se levantó para llevarlo arriba. Josh la siguió en silencio. Cuando llegaron a la habitación de los niños, Josh fue al parque donde Ginny estaba durmiendo. Se inclinó y acarició la mejilla de la niña con un dedo. Luego tomó del brazo a Maggie y la sacó de la habitación.

Cuando cerraron la puerta, él se detuvo, haciendo que Maggie también se parara.

—¿Estás segura de que te quieres quedar aquí? Me puedo permitir un hotel.

—Será más fácil aquí.

—Voy a comprar una casa. No me puedo permitir algo tan grande como ésta, pero estoy seguro de que encontraré una casa en un buen vecindario.

—Todavía no me he decidido, Josh. Necesito un poco de tiempo. Pero cuidaré de Ginny hasta que...

—Sé que lo harás. Pero somos un equipo, Maggie. Mi plan es bueno. Los dos cuidaremos de Ginny. Yo puedo mantenerte económicamente de forma desahogada mientras tú empiezas tu nuevo negocio. Ginny podrá tener una madre que la adore. Nos llevaremos bien. Es perfecto.

Maggie intentó recordar por qué estaba dudando. La razón principal estaba delante de ella. Ella lo amaba, pero él no le ofrecía amor a cambio. ¿Sería capaz ella de sobreponerse a aquello?

—Maggie —insistió él—. Funcionará, te lo prometo.

Ella le tomó de la mano y asintió.

—¿Sí? —preguntó Josh, con la voz llena de ansiedad, mientras se inclinaba sobre ella.

—Sí —susurró ella.

Antes de que él pudiera responder, ella se había dado la vuelta y había bajado corriendo por las escaleras.

Josh estuvo a punto de perder el equilibrio. Había empezado a inclinarse sobre ella para sellar su acuerdo con un beso, pero ella se había escapado.

El la siguió escaleras abajo. De algún modo, la respuesta de Maggie había sido menos satisfactoria de lo que él se había imaginado. ¿Por qué? Porque ella había aceptado todo lo que él le había ofrecido. Sin

embargo, él quería mucho más que eso.
Rápidaniente, intentó suprimir aquel pensamiento.
Él no quería más. Lo mejor era tener un matrimonio que se pareciera lo más posible a una transacción financiera. Por supuesto, él sentía cariño por Maggie, pero no pensaba darle el poder que su madre había tenido sobre su padre.
Cuando llegó a la cocina, descubrió que Maggie ya les había comunicado a su hermana y a su cuñado su decisión. Kate lo miró de modo gélido, mientras Will parecía estar reservándose su opinión. Genial. Ni él ni Maggie ser quedarían allí ni un momento más de lo necesario. Sería como quedarse en un frigorífico.
Maggie había estado pensando mucho sobre si su decisión había sido la adecuada. Sin embargo, cada día le daba pruebas de que así había sido.
Encontrar pequeñas empresas que requirieran los servicios de una contable fue tremendamente fácil. Con el restaurante y el despacho de Josh como clientes principales y las pequeñas empresas en las que trabajaba, había conseguido doblar lo que ganaba en su antiguo trabajo. Además, vivir con Josh como su esposa significaba que sus gastos estaban cubiertos. Así podría ahorrar un poco de dinero.
Y lo más importante de todo. Podía estar con Ginny.
Josh, a pesar de estar muy ocupado con su trabajo, se había pasado un montón de tiempo buscando la casa perfecta. Maggie había esperado que se resistiera, pero parecía haber empezado la tarea con entusiasmo.
Wil se había tomado unos días libres para ayudar a Josh en su búsqueda, lo que sorprendió tanto a Kate como a Maggie.
—¿Por qué crees que Will está acompañando a Josh? —preguntó Maggie a su hermana el jueves.
—No sé. Se lo he preguntado, pero no me ha dicho nada.
Se suponía que los hombres iban a llegar a la casa a los pocos minutos para cenar. Maggie volvió a mirar el reloj.
—Josh parece tener muchas ganas de comprar una casa.
—A ese hombre le gustas. Y tú le dijiste que no te casarías hasta que comprara una casa. ¿Qué esperabas?
—¡Kate! A Josh no le... Esto es sólo un matrimonio de conveniencia.
—¿Significa eso que no vais a hacer el amor? Eso no me lo puedo creer. El es muy guapo, eso tienes que admitirlo. Y tú tampoco eres ningún monstruo.
—Gracias. Pero yo no soy su tipo.
—Maggie, piensa en lo que estás haciendo. El encontrará el sexo en alguna parte. Supongo que no querrás que se vaya acostando con todo el mundo, ¿verdad?

Maggie cerró los ojos. Había intentado no pensar en lo que ocurriría cuando estuvieran casados. Ella deseaba a Josh, más de lo que nunca se habría imaginado. Pero ella quería mucho más que sexo.

Además, desde que habían concertado el matrimonio, él no la había tocado. Ni siquiera la había besado... Nada. Había besado a Ginny, la había abrazado. Era terrible sentirse celosa de una niña...

—¿Maggie? —dijo la voz de Josh desde la puerta.

—¿Sí? —respondió ella, con el corazón latiéndole a toda velocidad.

—¿Habéis tenido un buen día? —preguntó Kate, al ver que los dos hombres entraban.

—Creo que se podría decir eso —respondió Will.

—Mañana por la mañana iremos a sacar la licencia de matrimonio y nos casaremos el domingo por la tarde —anunció Josh, muy orgulloso.

—Pero no nos vamos a casar hasta que hayas comprado la casa —respondió Maggie.

—Acabo de comprar una casa.

—¿Cuándo piensas cerrar el trato? —preguntó Maggie, pensando en unas seis semanas.

—El lunes. Voy a pagarla en efectivo y está vacía.

—¿Has comprado una casa sin que Maggie la vea? —preguntó Kate, muy enojada.

—Es perfecta. A ella le encantará —insistió Josh—. Y nos casamos el domingo.

—No se puede planear una boda en tres días —protestó Kate de nuevo.

—Mi madre nos la preparó en una semana —le recordó Will a su esposa.

—Eso era diferente. ¿Maggie? —dijo Kate.

—¿Maggie? —dijo Josh.

Los dos le estaban preguntando básicamente lo mismo. ¿Iba ella a aceptar los planes de Josh, sin embargo, ella ya había aceptado tres días antes?

—Sí, claro. Tengo un traje de color crema que me puedo poner. Conseguiremos que nos case un Juez de Paz —respondió Maggie, sonriendo—. Así que el lunes, Kate, te quedarás sin huéspedes.

—A menos que accedas a quedarte con Ginny unos días para que podamos tener una luna de miel —dijo Josh.

—No creo que una luna de miel sea necesaria dadas las circunstancias —le espetó Maggie. Para su sorpresa, Josh pareció dolido—. Además, a Ginny no le gustaría.

—De acuerdo.

—¿Cuándo podemos ir a ver la casa? —preguntó Kate.

—¿Qué os parece si vamos después de cenar? —sugirió Josh—.

Tengo la llave, hay electricidad. Y, además, no está demasiado lejos.

Las fantasías de la que Josh había estado disfrutando sobre su matrimonio se hicieron pedazos cuando recorrieron la casa. Maggie escogió su habitación de las cinco que había disponibles. Y no era la habitación principal.

Ella le dejó aquella habitación a Josh y eligió la que había al lado de la de Ginny. Entonces, ella pidió también el pequeño estudio que había al lado del salón para que se convirtiera en su despacho.

—No te rindas —le susurró Will, poniéndole una mano en el hombro—. Kate también planeaba eludirme cuando nos casamos.

—¿Por qué?

—Ella también se casaba por conveniencia, como Maggie.

Josh quería saber más detalles, pero no tuvo tiempo de preguntar nada. Al menos las palabras de Will le dieron alguna esperanza. Tenía la intención de meter a Maggie en su cama, tardara lo que tardara.

Desgraciadamente, al estar en casa de su hermana, Maggie había conseguido evitar pasar tiempo a solas con él. Y aquella noche, ella había dejado muy claro lo que quería.

Josh la recorrió con la mirada. Desde que había dejado el trabajo de la empresa, le parecía mucho más relajada. Se vestía de modo más informal, con vaqueros que resaltaban sus curvas y ya no se ponía los trajes que sol[a llevar antes.

Recordó que la primera vez que la había visto había pensado que no era nada atractiva. Sin embargo, en aquellos momentos no le parecía que se pudiera comparar a Maggie con ninguna de las mujeres con las que él había salido.

Maggie emanaba una luz y una calidez incomparables. Especialmente, cuando tenía en brazos a Ginny. Quería que ella lo mirara de la misma manera. Qué triste era sentir celos de su propia hija...

Tres días después, Josh estaba de pie en el jardín trasero de Will y Kate esperando a su futura esposa. Le habían presentado a Susan, la tercera hermana y también había conocido al resto de los O'Connor.

La madre de Will se había encargado de todos los preparativos, aunque no había dejado de murmurar sobre las bodas precipitadas.

La orquesta empezó a tocar la marcha nupcial en cuanto se abrió la puerta de la casa. Josh contuvo el aliento al ver salir a Maggie.

Llevaba un traje de color crema, tal y como ella había dicho y tenía en brazos a Ginny, también vestida de color crema. La novia llevaba un ramo de rosas rojas. En el pelo llevaba un pequeño tocado, con un velo corto que le cubría la cara hasta la barbilla. La niña llevaba un lacito haciendo juego. Sus dos mujeres...

El corazón de Josh se hinchió de orgullo al verlas a su lado. El tomó la mano de Maggie. El juez que Will había invitado para celebrar

la ceremonia se aclaró la garganta y empezó a relatar las palabras que Josh se había jurado no volver a repetir. Sin embargo, no había pánico en su corazón, al contrario de lo que él había esperado.

Sabía que podía confiar en Maggie. Además, no iba a amarla. Tenía intención de hacerle el amor, pero no iba a enamorarse de ella.

Pero aquello fue precisamente lo que le pidió el juez.

Maggie miró el precioso anillo de diamantes con el que Josh la había sorprendido. Ya era la señora de Joshua McKinley.

No había sido tan maravilloso como ella había esperado. No había sido la ceremonia lo que la había desilusionado. La suegra de Kate, con la ayuda de ésta, había hecho un trabajo excepcional. Y la comida, por supuesto traída del Lucky Charm había estado deliciosa.

Lo que la preocupaba eran las emociones que la embargaban. El le había dado exactamente lo que la había prometido. Un matrimonio de conveniencia.

«Tonta. ¿Qué habías esperado?», se preguntó ella, mientras acostaba a Ginny en una cama en la casa de Will y Kate.

Sabía perfectamente lo que había esperado. Sin embargo, cuanto más se acercaba el día de la ceremonia, más distante había sentido a Josh. Ella había descubierto que él había estado casado antes, pero era evidente que no había sido una unión feliz.

Aquello no importaba. Lo suyo era un acuerdo financiero, así que no debía esperar nada. Así todo iría bien mientras pudiera olvidar los anhelos que sentía en su corazón.

Al regresar abajo, descubrió que Kate y Will estaban al lado de la puerta con una maleta.

—¿Qué pasa? —preguntó Maggie.

—Hemos decidido que Angie se quede esta noche para cuidarde los niños. Will y yo nos vamos a pasar la noche en el hotel Plaza —respondió Kate, que no parecía demasiado contenta.

—Pues no pareces demasiado feliz de irte, Kate —dijo Maggie.

—Ha sido idea de Will —musitó la hermana.

—Soy un loco romántico —dijo él—. Desde que nació Nate, no hemos tenido una noche para nosotros solos.

—¡Eso no es cierto! —protestó Kate—. Acuérdate... Will la interrumpió tapándole los labios y abrazándola apasionadamente. Maggie sintió celos. Ella quería que su marido la tratara de la misma manera.

—¿Maggie? —la llamó Josh desde el pasillo—. ¿Se ha dormido Ginny ya?

—Sí —respondió ella.

Will dejó de besar a su esposa y se despidieron, Saliendo antes de que los dos pudieran responder.

—Se van a un hotel.

—Sí, Will me lo dijo.

Maggie no supo lo que contestar.

—Vamos —dijo él, entrando en el salón sin esperarla—. Hay una buena película en televisión.

Sin saber lo que hacer, ella lo siguió. Dos horas más tarde, la película acabó. La pareja que había entrado en el salón seguía sentada en el sofá, separada por tres cojines.

Varias veces, Josh había intentado entablar conversación, pero nunca lo había conseguido. Maggie no sabía lo que estaba intentando decir, pero nunca consiguió saberlo.

Finalmente, subieron las escaleras juntos, pero, como todas las demás noches, Kate se metió en la pequeña habitación que había al lado de la habitación de los niños.

—Buenas noches, Josh —dijo ella rápidamente, temiendo que si no se separaba de él rápidamente, se arrojaría a sus brazos y le suplicaría que le hiciera el amor.

Al ver que él no respondía, cerró la puerta y se apoyó en ella, pensando que al menos Will y Kate, al contrario que los recién casados, pasarían una noche romántica.

Capítulo 10

La semana posterior a la boda fue muy ajetreada. No sólo tenían que trasladar las pertenencias de Maggie, sino también se tuvieron que ocupar del piso de Josh. Luego tuvieron que ir a comprar los artículos que habían resultado destruídos en el ataque, como la televisión, los platos...

Maggie y Josh no se mudaron a su casa hasta el martes, el día en que trajeron la habitación de Maggie y la enorme cama de Josh y las instalaron en habitaciones separadas.

Josh quiso hablar con Maggie antes de que llegaran las camas. Era ridículo pensar que vivieran en la misma casa, que estuvieran casados y que durmieran en habitaciones separadas.

Sin embargo, Maggie no había dado indicación alguna de que aquello le molestara.

—¿Josh? —le dijo ella, llamándolo desde su habitación, sacándole de aquellos pensamientos tan deprimentes.

—¿Sí?

—Tengo almohadas de sobra. ¿Necesitas alguna? —replicó ella, mientras estiraba la colcha de su cama.

—No, gracias. Tengo almohadas de sobra.

—¿Incluso después de que te rajaran la mayoría?

—Sí.

No eran almohadas lo que necesitaba en su habitación. Amorosamente, recorrió el cuerpo de Maggiecomo si lo estuviera haciendo con las manos. Cuando ella se dio la vuelta, Josh sintió que le ardían las mejillas. Se sentía como si le hubieran sorprendido leyendo una revista pornográfica.

—Te agradezco mucho que esta semana sólo estés trabajando medio día para que podamos instalarnos.

Es una casa preciosa.

—Me alegro de que te guste. La señora Lassiter, mi señora de la limpieza, ha accedido a venir un par de días a la semana para ayudamos. Vendrá mañana.

—¿Dos días a la semana? ¿Te puedes permitir ese gasto? —preguntó ella, algo preocupada—. Yo puedo pagar la mitad. Creo que mi negocio va a ser bastante próspero.

—Puedo pagarlo yo solo, Maggie —replicó él, sintiéndose como si le hubiera insultado.

—No deberías pagarlo tú todo, Josh. Al menos no completamente.

—Eso fue lo que acordamos. Tú vas a cuidar de Ginny al mismo tiempo que trabajas. No quiero que te sientas como una criada —dijo él, que esperaba que Maggie acabara por sentirse como una esposa.

—Tú también estás cuidando de Ginny. Tú eres el que la ha llevado a que se eche su siesta hoy.

—Porque estaba aquí. Cuando pase esta semana, tendré que trabajar más horas. Tengo un negocio del que ocuparme.

Josh no había querido sonar tan duro, pero ella tenía que entenderlo. La calidez que había en la mirada de Maggie desapareció y él supo que ella se había sentido desilusionada por aquella respuesta. Probablemente quería que él cambiara de trabajo. Como su madre. Como su primera esposa.

Josh se dio la vuelta y salió de la habitación. No podía seguir allí sin desear llevársela a la cama. No parecía ¡der controlarse.

Aquel matrimonio era un desastre. Maggie contempló a Josh salir de la habitación con un gesto adusto en la cara. Nada de lo que ella decía o hacía parecía hacerle feliz. Sólo Ginny conseguía que sonriera.

Con un suspiro, Maggie bajó a la cocina. La casa era preciosa. Ella misma no la podría haber escogido mejor, pero no iba a ser un hogar a menos que las cosas cambiaran.

Le resultaba muy difícil comportarse de un modo natural con Josh. El deseo la asaltaba cada vez que lo veía.

Aparte de eso, todo parecía funcionar bien. Ella se ocupaba de su negocio por la tarde, cuando Josh estaba en casa y por las mañanas cuidaba de Ginny. Como la señora Lassiter venía dos días a la semana, el trabajo de la casa no era demasiado. De lo único que se tenía que ocupar era de alimentar a su pequeña familia.

Tomando los ingredientes para el guisado de pollo que iba a hacer para cenar, Maggie estaba completamente concentrada en la preparación cuando Josh entró en la cocina.

—Tengo que salir. Pete me ha llamado. Hay un problema.

—De acuerdo. ¿Crees que volverás para cenar?

—No lo sé, Maggie —respondió él, irritado por la pregunta—. Ya veré como voy.

—Si estoy dormida, tendrás la cena en el frigorífico —dijo ella, preocupada. No era porque Josh no volviera a cenar, sino porque le hicieran daño.

—Gracias —replicó él, yéndose al garaje.

—¿Josh?

Sin embargo, ella no le había tocado desde el día de la boda.

—¿Sí?

—Ten cuidado.

—Maggie, ya te dije que mi trabajo no es tan peligroso. La semana pasada fue la primera vez que...

—Lo sé, pero... ten cuidado —insistió ella, con una ligera sonrisa.

Algo hizo que la expresión de él cambiara. Se acercó a ella y, tomándola por los brazos, la estrechó entre los suyos.

—Tú también debes tener cuidado. Muchos accidentes pasan en la casa.

—Oh, sí. Las cacerolas son tan peligrosas que pueden atacarte cuando menos lo esperas —bromeó ella.

El sonrió. Entonces, la estrechó entre sus brazos aún más y la besó. Casi sin darse cuenta, ella se apoyó sobre su cuerpo y abrió los labios. El la besó tan apasionadamente que le cortó la respiración.

—Te prometo que volveré pronto —dijo él con voz ronca, saliendo rápidamente por la puerta.

Maggie se maldijo. Se había prometido que podría vivir con Josh y no esperar nada más que amistad. Pero aquel beso acababa de hacer añicos su teoría.

Era un hombre tan maravilloso. Maggie estaba segura de que podía tener todas las mujeres que quisiera. Era guapo, inteligente y económicamente solvente.

Sin embargo, aquello no formaba parte de sus planes. Todo lo que él le había ofrecido era amistad. ¿Qué iba a hacer ella entonces?

—Lo olvidarás —musitó para sí—. El pensaba que tú querías que te besara. El probablemente pensó que le estabas suplicando. Debes controlarte, Maggie.

A pesar de todo, aquella reprimenda no sirvió para apaciguarl deseo que sentía por Josh McKinley. Tal vez, el guisado de pollo lo consiguiera, pero no estaba nada segura.

¡Había sido un idiota! En primer lugar, no debería haberla besado. porque lo único que había conseguido era querer volverla a besar. Y, además, la había engañado. Le podría haber dicho que el problema de Pete era con el ordenador. En vez de eso, le había dado a entender que se iba a enfrentar a todo el mundo criminal.

Ella le había mirado de un modo tan dulce, casi tanto como el sabor de sus labios. Si se excitaba tanto por haberla besado, ¿qué sentiría si consiguiera llevársela a la cama? Sólo imaginársela desnuda le era suficiente.

Se rebulló en el asiento del coche, mientras volvía a casa. Era mejor que la excitación que sentía bajo los vaqueros le desapareciera antes de entrar en casa. Maggie lo notaría y le despreciaría por ello. Si ella le deseara, ya se lo habría hecho saber.

Al llegar a casa, metió el Jeep en el garaje. Al menos no tendría que preocuparse por encontrarse con ella aquella noche. Ya estaría dormida.

Entonces, abrió con mucho cuidado la puerta y entró en la cocina. Ella le había dejado la luz encendida. De repente, Josh se detuvo en seco.

—¡Maggie! ¿Qué estás haciendo levantada? ¿Está Ginny enferma?

—No, es que no tenía sueño —dijo ella, cerrando el libro que había estado leyendo—, y pensé que podría esperarte. En realidad, no me había dado cuenta de que era tan tarde. Estaba a punto de irme arriba.

—Bueno, en ese caso, no dejes que te entretenga.

—No importa. Te calentaré un poco de ese guisado.

—No, gracias —dijo él. Si ella no salía de la cocina, notaría la excitación que él sentía bajo el pantalón—. No tengo hambre.

—Pero, Josh, tienes que comer algo. No es bueno que te saltes las comidas.

—Pete y yo hemos pedido una pizza. No tengo hambre —insistió él, desesperado.

—Oh.

—Maggie —respondió él, sabiendo que la había desilusionado—. No deberías...

—No importa. No me di cuenta de que te daría tiempo de comer algo —susurró ella, para irse hacia la puerta, abatida.

—Cariño, espera. Te debería haber llamado, pero no pedimos la pizza hasta casi medianoche. Pensé que estarías dormida.

Ella se volvió al mismo tiempo que él se abalanzaba sobre ella, por lo que se encontró de nuevo entre sus brazos. Una sonrisa, que solía reservar para Ginny, le iluminó la cara.

Sin poder evitarlo, él se inclinó sobre ella, como antes, cuando la había besado. No iba a poder resistirlo más. De hecho, ella tendría que ser tan inocente como una niña para no notar cómo la ardiente masculinidad le abultaba el pantalón.

—Maggie, es mejor que te vayas a la cama.

—Sí, claro —dijo ella, apagando la sonrisa—. Buenas noches.

Entonces, a pesar de que ella luchó por soltarse, no pudo. Josh sintió que las manos se negaban a soltarla. Ella lo miraba, preguntándole con la mirada. El no pudo resistirse. Y ella tampoco lo hizo.

El corazón de Josh parecía querer salírsele del pecho cuando sintió cómo los labios de ella se amoldaban a los suyos.

—Oh, Maggie...

Suavemente, le recorrió el cuello, inhalando la suave esencia que le emanaba del pelo. Las manos le recorrían la espalda, tocando y acariciando cada centímetro de ella.

De repente, él se dio cuenta de que ella no llevaba sujetador.

—¿Pasa algo? —preguntó Maggie, al ver que Josh se apartaba de repente.

—¡No llevas sujetador!

—Tengo puesto el pijama. No me pongo el sujetador para irme a la cama.

—Vete a la cama, Maggie —dijo él, temiendo que podría poseerla allí mismo.

—¿Me tengo que ir a la cama porque no llevo sujetador?

—¡Maldita sea, sí! Ya no me puedo controlar más. A menos que

quieras que continúe esto… Es mejor que te vayas a la cama y cierres bien la puerta.

—No tengo llave en la puerta.

—Maggie, no puedo ser responsable —dijo él, sin poder creer que ella hubiera respondido aquello.

—No creo haberte pedido que lo seas.

—¿Cuándo estarás segura? —preguntó él, abrazándola de nuevo. Ella se limitó a sonreír—. ¿Maggie?

—Vamos arriba —sugirió ella, tomándole de la mano.

Josh sintió que sus sueños se hacían realidad. Al llegar a la habitación principal. Maggie se detuvo de repente. ¿Habría cambiado ella de opinión?

—¿Podríamos…? Me gustaría usar mi cama. ¿Te importa?

—Cariño, estoy dispuesto a ir donde tú me pidas con tal que me dejes hacerte el amor…

Ella sonrió, sonrojándose y abrió la puerta de su dormitorio.

Josh se quedó quieto en el umbral, viendo cómo ella se movía hacia la cama. ¿Estaba soñando? Jamás se habría pensado que ella lo invitaría a su cama. Nunca había demostrado ningún interés por hacer el amor. ¿Qué había cambiado?

—¿Maggie?

—¿Sí? ¿Qué pasa? —preguntó ella, al ver que él todavía seguía en lapuerta.

—Quiero estar seguro. No tienes por qué hacer esto.

—Yo… ya lo sé. Si tú no quieres hacerlo…

—¡Maldita sea, Maggie! ¡Claro que quiero! Pero esto no es parte de nuestro acuerdo.

—Yo quiero que lo sea —susurró ella.

—¿Me estás diciendo que sí?

Ella asintió. Entonces, Josh se acercó y la tomó por la cintura. Ella le rodeó el cuello con los brazos e inclinó los labios hacia los de él.

Una vez más, él le cubrió los labios con los suyos, haciendo que los de ella se abrieran para besarla más profundamente. Maggie estaba tan entregada que él se maldijo por haber perdido tanto tiempo.

Josh la besó una y otra vez, incapaz de saciar el hambre que sentía de ella. Cuando él hizo que se acercaran más a la cama, ella se retiró.

—La puerta. Cierra la puerta.

Hizo lo que él le había pedido y al darse la vuelta descubrió que Maggie estaba encima de la cama, esperándolo. Se tumbó con ella, volviendo a besarla, mientras se ocupaba en encontrar los botones del pijama. Ella le acariciaba el pecho por debajo del polo que llevaba puesto.

Por fin, Josh consiguió abrirle la chaquetilla y le descubrió los pechos, mirando su redonda belleza. Uno después de otro, los besó,

dejándolos húmedos de sus besos.

Un gemido de Maggie hizo que volviera a besarla. Las lenguas se unieron, formando una corriente eléctrica que les hizo apartarse para recobrar la respiración.

Ella le quitó la camisa antes de que él volviera a tumbarse sobre ella para quitarle los pantalones del pijama, dejando al descubierto unas braguitas de color rosa.

Entonces, Josh notó que Maggie se afanaba con los botones de sus vaqueros. Se sintió explotar con sólo pensar que ella iba a tocarlo.

—Tranquila, cariño, tranquila...

—Quiero...

Josh le impidió continuar hablando con un beso. El cuerpo de ella, como el de él, vibraba de pasión. Para Josh, todas aquellas sensaciones eran nuevas.

Pasando una mano entre la piel y las braguitas de Maggie, Josh sintió que ella estaba lista. Separó las piernas, invitándolo. Josh se incorporó para desabrocharse el pantalón.

Maggie acarició una pierna contra la de él. Josh sintió que quería estar dentro de ella, saber que le estaba dando placer.

—Josh... —susurró ella, acariciándole el pecho mientras él luchaba por desnudarse.

Consiguió bajarse los pantalones y la ropa interior hasta los tobillos, donde se encontraron con el obstáculo de las zapatillas deportivas. Con una exclamación de enojo ahogada, se quitó los zapatos uno a uno, pudiendo acabar de desnudarse y volver al cuerpo de Maggie.

Sus labios volvieron a unirse de nuevo. Josh sintió que la sangre le corría más y más deprisa. Se colocó entre las piernas de ella y la penetró de un solo movimiento.

Inmediatamente, sintió que le había hecho daño. Al darse cuenta de que era virgen, abrió los ojos, paralizado. Completamente aturdido, no pudo moverse, preguntándose lo que tenía que hacer. Tal vez era mejor retirarse. Antes de que pudiera tomar una decisión, Maggie le agarró por los hombros y lo empujó hacia ella.

—Josh, no.

Suavemente, él empezó a besarla para excitarla. Quería que aquella primera vez fuera la mejor experiencia que él pudiera darle. Pero pronto, las sensaciones en las que ambos se vieron envueltos hicieron que fuera imposible pensar.

Cuando los dos alcanzaron el clímax juntos, él se derrumbó sobre ella, uniendo aún más los cuerpos empapados de sudor. Entonces, de repente, se sintió avergonzado de sí mismo. La había poseído como si ella hubiera tenido experiencias previas. Le había hecho daño.

—Maggie —susurró él—. Lo siento, lo siento tanto...

Ella se quedó muy quieta, debajo de él. Parecía que casi no respiraba.

—¿Maggie? ¿Te encuentras bien? —insistió él.

Josh se levantó para verle la cara. Ella tenía los ojos cerrados y estaba muy pálida. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

Capítulo 11

—¿Por favor, márchate —susurró Maggie, sin abrir los ojos.

—Maggie

—Por favor.

Ella sintió que él se retiraba de ella, sintiendo que la piel se le quedaba fría. Rápidamente, se tapé con la coicha y se dio la vuelta. La vergüenza la embargaba. Ella le había suplicado que le hiciera el amor. Y le había desilusionado.

Nunca se había considerado una belleza, pero había pensado que ella y Josh podrían conectar físicamente. Sin embargo, el deseo que ella sentía por él no había sido suficiente.

Se había disculpado.

Tal vez hubiese sido ella la que hubiera tenido que disculparse. Su inexperiencia la había traicionado. No había sabido cómo satisfacer a su marido.

—Maggie... lo siento.

Ella no se movió ni reconoció aquellas palabras de ninguna manera. Ella estuvo a punto de gritarle que no quería sus disculpas, que quería su amor.

La puerta se cerró y ella pudo por fin respirar. El cuerpo le dolería por la mañana, a causa del amor y de la tensión que la había llenado.

Hasta la disculpa de Josh, se había sentido llena de vida, con la sangre bombeando de placer. Ella nunca había experimentado algo tan que la conmoviera, que la llenara tanto. Sin embargo, había sido también la experiencia más cruel. Su esposo no había sentido lo mismo.

Las lágrimas siguieron rodándole por las mejillas. Del cielo había pasado al infierno en un breve espacio de tiempo.

¿Qué iba ella a hacer? Había esperado fervientemente que aquella historia tuviera un final de cuento de hadas. Maggie tenía un marido, una hija, una casa preciosa. Sin embargo, su marido no la amaba.

Ni siquiera la deseaba. Recordó que él, de mala gana, le había preguntado desde el umbral de la habitación si estaba segura de que quería hacer el amor.

Qué humillante.

Maggie tardó varias horas en dormirse, durante las cuales no dejó de castigarse por sus equivocaciones.

Josh oyó a Maggie levantarse para atender a Ginny a las seis de la mañana. El quiso ir a reunirse con ella, pero no se atrevió. Sentía miedo de que su presencia sólo empeorara las cosas.

Una y mil veces se aseguró que no había violado a Maggie. Sin embargo, una y otra vez recordó el momento doloroso de la penetración y sintió de nuevo el dolor que había causado en su descuido.

¿Por qué Maggie no se lo había dicho? Tenía veintiséis años. La mayoría de las mujeres ya han tenido experiencias a aquella edad. Nunca se le habría ocurrido que ella no fuera como el resto de las mujeres.

Sin embargo, no podía dejar de sentir una ligera satisfacción por haber sido el primer amante de Maggie. Si lo hubiera sabido, habría sido un amante considerado. Pero no lo había sabido.

¿Lo perdonaría ella? ¿Le permitiría demostrarle lo maravilloso que el sexo podía ser entre dos personas que están hechas el uno para el otro? Si lo hubiera sabido...

Después de media hora de no oír nada, Josh se levantó de la cama y se duchó. Se dio cuenta de que sería mejor haber salido de casa para cuando ella bajara a la cocina. A ningún hombre se le ocurriría discutir la vida sexual durante el desayuno.

Tal vez debería hacer unas reservas en un restaurante romántico, a la luz de las velas. Cortejarla. Decirle que... Maldita sea. El amaba a Maggie.

De repente, sintió miedo. Aquello no había sido lo que se había imaginado. Ella era maravillosa, desde luego, pero Josh no quería ser vulnerable.

¿Cómo podía dejar de amarla? Ya no pudo encontrar las respuestas. Era imposible dejar de amarla. Josh salió de la ducha y se secó con una toalla.

Entonces, comprendió que lo que debería hacer era luchar por Maggie. Tenía que hacerlo por su amor, por su familia. El la convencería para que lo amara. Al menos ella le había deseado la noche anterior. Aquello era un comienzo. Por lo menos, si ella le permitía acercarse.

Maggie se había llevado a Ginny a la cama después de darle el biberón. Las dos juntas durmieron durante tres horas más.

Maggie sabía por qué dormía, ya que no había dormido mucho la noche anterior. Sin embargo, no entendía por qué la niña tenía tanto sueño. A pesar de estar parloteando como siempre, parecía estar enferma. Maggie le tocó la frente y contuvo el aliento. Ginny estaba ardiendo.

Inmediatamente, llamó al restaurante y preguntó por Kate. Todo sus problemas se le olvidaron por lo preocupada que estaba por Ginny.

—¡Kate, Ginny tiene fiebre!

—¿Maggie? Cálmate. Eso es normal en los niños. ¿Le está saliendo algún diente?

—No sé —dijo ella, intentando mirar en la boca de Ginny, pero ella no la dejó hacerlo—. No le puedo ver nada. Ya tiene dos dientes.

—Métele el dedo en la boca y tócale las encías a ver si puedes sentir algo.

Maggie hizo lo que su hermana le había pedido. Cuando tocó la puntita de un diente en la encía inferior, se sintió como si hubiera encontrado oro.

—¡Sí! Así es. Le está saliendo un diente. ¿Es por eso por lo que tiene fiebre?

—Sí. Dale una aspirina y mucha agua. No le pasa nada.

—¿Qué clase de aspirina?

—¿No tienes ahí aspirina infantil?

—No, pero iré a comprarla.

—¿Está Josh ahí? Haz que vaya él.

—No, ya se ha ido a trabajar.

—Entonces, espera. Yo te la llevaré. Hasta ahora.

Kate colgó el teléfono antes de que Maggie pudiera protestar. Sabía que Kate estaba muy ocupada y no quería que su hermana se pasara el tiempo haciéndole recados. Sin embargo, también se sintió aliviada. Al menos tenía a Kate para que la apoyara. Y a Susan. Aunque Josh no la amara, tenía una familia.

Al pensar en su marido, su placer se esfumó. Deseaba volver a sentir los brazos de Josh a su alrededor. oírle susurrar su nombre...

Paracuando Kate llegó con las aspirinas, Maggie estaba tan deprimida que se echó a llorar.

—Maggie, vamos. La niña no está enferma. Sólo le están saliendo los dientes.

Maggie se desplomó sobre una silla de la cocina, aferrada a Maggie.

—No lloro por Ginny. ¡Es por mí!

A media mañana, Josh llamó a una floristería y encargó una docena de rosas rojas. Cuando colgó el teléfono, descubrió que Pete lo miraba fijamente.

—¿Qué?

—¿Ya te has metido en líos? Sólo llevas casado una semana.

—Envío esas rosas porque amo a mi esposa —confesó, regocijándose en aquellas palabras.

—Sí, claro. Eso es lo que dicen todos.

—Tal vez es que he estropeado algo las cosas, pero no fue mi intención.

A pesar de que se había prometido darle a Maggie un poco de tiempo, no podía. La necesitaba tanto que no podía ocultar ya sus sentimientos.

Entonces, comprendió el sentido de la luna de miel. Le daba la oportunidad a un hombre de hacerle el amor a su mujer sin que el resto del mundo supiera lo mucho que necesitaba el sexo. El hecho de pasarse una semana con Maggie, metido en la habitación de un hotel, era de lo más emocionante.

—Tal vez es mejor que te concentres en los diamantes. Son más eficaces que las rosas.

—¿Los diamantes? —preguntó Josh, dispuesto a hacer cualquier cosa.

—Eh Sólo estaba bromeando. A menos que lo que has hecho sea peor de lo que quieres admitir.

—¡No! No es así. Es sólo..., algo sin importancia.

En aquel momento, la secretaría interrumpió aquella conversación.

—Josh. Tienes a Seguros Soquatch por la linea dos.

—¿Seguros? ¿Es que tenemos un caso con ellos? —le preguntó a Pete.

—No creo. A menos que Don lo aceptara ayer.

—Josh McKinley —dijo Josh, tomando el teléfono.

Media hora más tarde, Josh colgó el teléfono con una amplia sonrisa en el rostro.

—Bueno, Pete. Acabamos de encontrar el negocio del siglo.

—¿De qué estás hablando?

—La compañía de Seguros Soquatch es una de las más grandes de Kansas City. Acaban de contratarnos para que investiguemos a todas las personas que ellos contraten. Nos van a pagar una millonada.

—¡Vaya! Eso es maravilloso. ¿Vamos a poder arreglárnoslas con tal volumen de trabajo?

—Así será en cuanto contrate a un par de nuevos empleados. La mayoría del trabajo se realizará delante de un ordenador. Sólo tendremos que hacer investigaciones de campo si vemos algo que nos llame la atención.

—¿Delante de un ordenador? —preguntó Pete, frunciendo el ceño —. Eso no me parece muy interesante.

—¿Sabes una cosa? A mí me gusta trabajar con los ordenadores. Ahora que tengo una familia, creo que me vendrá bien tener un horario más fijo. A ti y a Don todavía os gusta la acción, pero creo que yo estoy dispuesto a tomarme la vida más tranquilamente.

—Jamás creí que te oiría decir eso.

—Yo tampoco.

No podía dejar de pensar en Maggie y en Ginny. No quería pasar alejado de ellas más de lo que fuera necesario. De hecho, incluso se le había ocurrido poner un despacho en casa y trabajar desde allí un par de día a la semana.

Inmediatamente, empezó a buscar posibles candidatos para expandir su empresa y liberarle para conseguir un estilo de vida más tradicional. Y lo más raro de todo, era que estaba deseando empezar su nueva vida.

Una vez que Ginny se tomó la aspirina y la comida se echó la siesta otra vez. La señora Lassiter prometió vigilarla mientras limpiaba. Así

Maggie pudo marcharse con Kate al Lucky Charm para comer juntas. Y charlar.

Cuando llegaron, Susan, su hermanastra, les estaba esperando en la última mesa, en la que utilizaban para reuniones familiares. Kate la había llamado por teléfono para que se reuniera con ellas rápidamente.

—¿Qué es tan urgente? —preguntó Susan mientras Kate y Maggie se sentaban a la mesa.

Maggie se sonrojó. Le avergonzaba hablar de su problema.

—Maggie se ha enamorado de Josh —explicó Kate, sin ninguna dificultad—. Pero ella cree que él no la ama.

—Pero si yo creía que él... Bueno, todo ocurrió tan rápidamente... —dijo Susan.

—Así fue —admitió Maggie—. Supongo que estaba esperando un milagro.

—¿Tenéis ya un plan? —preguntó Susan, que había aprendido a conocer a sus hermanas.

—Ya veo que conoces nuestras tácticas —respondió Kate, sonriendo—. Sí, claro que tengo un plan. Maggie cree que debería ser paciente, darle tiempo. Yo creo que debería enseñarle lo que es bueno.

—¿Cómo?

—Maggie siempre ha infravalorado su físico. Se viste como una solterona, pero su figura es tan buena como la mía o la tuya. Dado que tú eres la que tiene más estilo de las tres, se me había ocurrido que deberías decirle lo que tiene que hacer.

—Quieres decir que le enseñe cómo se tiene que vestir para atraer alos hombres? Yo no...

—Susan, cielo. Ya sé que no te vistes para ligar con los hombres, pero nunca pasas desapercibida para ellos.

—Porque ella es muy guapa —protestó Maggie—. Yo no me parezco a ninguna de las dos. Tú eres una pelirroja apasionada y Susan una rubia, el sueño de todos los hombres. Yo soy sólo... yo.

—¿Te das cuenta? —exclamó Kate.

—Sí, creo que sí. Te llevará un poco de tiempo y de dinero, Maggie. ¿Tienes algo ahorrado para comprar ropa nueva?

—Sí, yo...

—Si ella no lo tiene, lo tengo yo. Puede ser un regalo de boda —añadió Kate.

—Yo tengo mis ahorros, Kate —protestó Maggie de nuevo—. Ya lo sabes. Y estoy dispuesta a gastármelos para conseguir la atención de Josh. Susan, ¿estás segura de que podremos conseguir algo? —preguntó, esperanzada.

Susan miró a Maggie primero y luego a Kate. Luego se echaron a reír.

—Maggie, ¿cuándo fue la última vez que fuiste a una buena peluquería? —quiso saber Susan—. ¿Cuánto maquillaje llevas ahora? Creo que nada. ¿Te has dado el gusto últimamente de un buen masaje? ¿Cuántos años tienen esos vaqueros que llevas puestos? ¿Cuáles son los colojes que te sientan bien?

—Vale, vale. Ya me voy haciendo idea, pero no quiero engañar a Josh para que se enamore de mí. No quiero esconderme. Si él no me ama tal como soy, entonces…

—Maggie, cualquier persona en el mundo es capaz de quererte. Sin embargo, algunas veces a los hombres se les olvida mirar dentro de las mujeres. Susan no va a cambiar lo que tú eres realmente. Sólo va a pulirte un poco.

—De acuerdo —accedió Maggie—. ¿Cuándo?

—Puedes esperar hasta el sábado? Me es imposible hasta entonces por el trabajo —explicó Susan.

Era miércoles. Maggie pensó que tendría que verle la cara a Josh durante tres días más con la humillación escrita en el rostro. Sin embargo, tres días no eran nada comparados con el resto de la vida.

—Creo que sí.

—¿Tan preocupada estás? Me podría tomar un día de vacaciones, supongo, pero lo estaba guardando para cuando termine el colegio.

—No es necesario —se apresuró a responder Maggie.

—Genial. Entonces, nos encontraremos el sábado por la mañana y empezaremos con la transformación. ¿Se puede encargar Josh de la niña? —preguntó Kate.

—Sí —respondió Maggie. Se aseguraría de que así fuera.

—Entonces, el sábado es el día clave. El día de la transformación en cisne de Maggie O'Connor —afirmó Susan—. Yo me encargaré de pedir hora.

Josh llegó a casa a las cinco en punto. Había llamado por teléfono a lo largo del día, pero la señora Lassiter lo había contestado y le había dicho que Maggie había salido. Cuando sus rosas habían llegado, ella no estaba.

Al entrar, la casa estaba muy silenciosa, pero había visto que el coche de Maggie estaba en el garaje. A menos que hubiera salido con Kate, Maggie estaría en casa. Pero si la señora Lassiter se había marchado, alguien tenía que estar cuidando de Ginny.

—¿Maggie?

No hubo respuesta. Al ver que no había nadie en la planta de abajo, Josh subió a la segunda planta, lleno de pánico.

—¡Maggie!

—Estoy en la habitación de Ginny —respondió ella.

Al entrar en la habitación, vio que Maggie le estaba cambiando el pañal a la niña.

—Hola, ¿cómo están mis chicas? —preguntó él, lo más alegre que pudo.

—Bien. ¿Te importa jugar con Ginny mientras yo me pongo a preparar la cena?

Cuando él consiguió reaccionar, ella estaba fuera de la habitación.

—Espera. Se me había ocurrido que podríamos salir a cenar. Hoy he tenido buenas noticias y pensé que podríamos celebrarlo.

—No creo que a Ginny le apetezca. Le están saliendo los dientes.

—Llamaremos una canguro —insistió él, que desde el principio no había contado con Ginny para ir a una romántica cena a la luz de las velas.

—No creo que debiéramos dejarla hoy. No se encuentra bien —concluyó ella, dirigiéndose a la planta de abajo.

Ginny empezó a reclamar la atención, por lo que Josh se concentró en ella.

—Hola, ngel mío. Te he echado de menos hoy —susurró a la niña, tomándola en brazos—. También he echado de menos a tu mamá, pero no creo que ella me haya echado de menos a mí. Ni siquiera me preguntó cuáles eran las buenas noticias. Ni ha dicho nada de las rosas.

Después de pasar quince minutos en la habitación de la niña, a Josh se le ocurrió que los dos deberían ir a reunirse con Maggie en la cocina. Una vez allí, se sentó con la niña en brazos, esperando que Maggie notara su presencia.

Y así fue. En cuestión de segundos le había puesto un babero a Maggie y puso la papilla delante de Josh.

—No te importa darle la comida, ¿verdad?

—Claro que no —respondió él, notando que ella evitaba mirarlo a los ojos—. No me has preguntado por las buenas noticias.

—Lo siento. ¿Qué ha pasado?

—Voy a trabajar en mi despacho más en vez de en la calle. Tendré un horario más fijo e incluso algunos días puede que trabaje desde casa.

—¿Estás seguro de que te gustará ese cambio? —preguntó Maggie, sin levantar la cara del fogón—. Pensé que te gustaba la emoción que te daba el contacto con la calle.

—Ya no soy tan joven. Además, ahora tengo una familia...

—¡Nadie te ha pedido que cambies! —le espetó ella.

—Pero Maggie...

—Yo te dije que me encargaría de Ginny —afirmó ella, poniéndole un plato encima de la mesa para luego sacar una ensalada del frigorífico—. Voy arriba a darle el biberón a Ginny.

—¿Y tu cena? —preguntó él, que había planeado una charla amigable.

—No tengo hambre.

Maggie tomó en brazos a la niña y ambas salieron de la cocina. Josh miró él plato. A él tampoco le apetecía cenar. Quería estar con Maggie. Sin embargo, parecía que tendría que esforzarse más en disculparse para que ella le diera la oportunidad de volver a acercarse a ella.

Capitulo 12

Los dos días siguientes llenaron a Josh de frustración. Cada vez que él entraba en una habitación en la que estaba Maggie, ella se marchaba.

Cuando le agradeció las rosas, se limitó a sonreír de modo cortés. Sin embargo, aquélla había sido la última vez que ella había sonreído. O que lo había mirado.

Aparte de ocasionales comentarios corteses, nunca le hablaba.

Josh lo estuvo pensando y finalmente decidió que él sábado sería el día en el que la obligaría a hablar de lo que había pasado entre ellos. Josh no podía soportar más no poder tocarla.

Cuando se despertó el sábado por la mañana, se duchó rápidamente y bajó las escaleras. Estaba dispuesto a aclarar las cosas con Maggie porque no podía concentrarse en nada.

Además, deseaba volver a hacerle el amor.

Ella ya estaba en la cocina, con Ginny sentada en la trona. Cuando él entró, se detuvo en el umbral para asegurarse de que bloqueaba la puerta. En vez de marcharse, ella le puso un plato de huevos con beicon en la mesa y se acercó de nuevo al fogón. ¿Es que tenía radar? ¿Cómo habría sabido que él iba a bajar exactamente entonces?

—Gracias Maggie. ¿Cómo sabías que...?

—Oí la ducha.

—Bueno, gracias. No era necesario que me prepararas el desayuno, pero tiene un aspecto excelente.

—Tengo que salir hoy —dijo ella, como si no le huhiera oído—. Espero que puedas ocuparte de Ginny. Si tienes algún problema, puedes llamar a Angie, la niñera de Kate.

—¿Vas a salir?

—Sí. Voy a salir con Kate y Susan.

—¿Todo el día?

—Sí.

—Maggie, quería que habláramos.

—¿Sobre qué? —preguntó ella, después de dejar de enjuagar los platos durante un momento.

—Ya sabes sobre qué. Estoy hablando de lo que pasó el martes por la noche.

—No quiero hablar de eso.

—Bueno, yo sí. Ni siquiera me miras, y mucho menos... Tenemos que charlar sobre lo que ocurrió.

—Ya te has disculpado. No fue culpa tuya. Así que no veo qué más podemos decir.

—Pero yo no quería...

—Ya sé que no querías —replicó ella, acercándose a él.

Josh pensó que tal vez fuera a tocarlo o a darle un beso para hacer

las paces. En vez de eso, ella tomó a Ginny.

—Voy a cambiar a Ginny antes de marcharme.

—Puedo hacerlo yo —protestó él, para evitar que se marchara.

Ella lo ignoró y salió de la cocina, Incapaz de comer, Josh se puso de pie y paseó de arriba abajo sin saber qué hacer. ¿Acaso ella le iba a estar evitando siempre? Ella había dicho que no le echaba la culpa de lo que había pasado, pero, si aquello era cierto, ¿por qué seguía comportándose como si él no existiera?

Sabía que ella no tenía experiencia. En el futuro, él la trataría con más cuidado. Sería tierno, cariñoso...

Su cuerpo no tardó en reaccionar antes tales pensamientos.

Al oír que Maggie bajaba las escaleras, Josh se volvió a sentar a la mesa rápidamente para que ella no notara nada.

—Los biberones de Ginny están en la nevera. En la encimera tienes una lista de que lo que debes darle para comer. Si tiene fiebre, las aspirinas infantiles están encima de la estantería.

—¿Cuándo volverás?

—No sé. Probablemente sobre las seis. Si voy a llegar más tarde, te llamaré.

Luego colocó a Ginny en la trona. Sin embargo, Josh la tomó de la muñeca antes de que pudiera marcharse.

—Maggie, tenemos que hablar.

—Dejémoslo por ahora, Josh —replicó ella con un pánico en el rostro que él no supo entender.

—Claro, Maggie, pero...

—Gracias —respondió ella, soltándose.

—Te estaré esperando cuando llegues a casa —replicó él, levantándose al mismo tiempo que ella y tomándola entre sus brazos. Luego la besó.

Después de mirarlo, como si no entendiera, ella salió corriendo. Aquel día iba a ser muy largo.

—Creo que Josh va a... decirme que me va a dejar —les confesó Maggie a sus hermanas.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Kate.

—Me dijo que esta noche teníamos que hablar.

—Las parejas casadas tienen que hablar, Maggie. ¿Por qué te hace pensar eso que quiere el divorcio?

—Por lo que pasó el martes por la noche —respondió Maggie, automáticamente, olvidándose de que Susan no sabía lo que había pasado.

Maggie no podía dejar de pensar en el beso que ella y Josh habían compartido antes de salir. Sólo había conseguido aumentar el deseo que ella sentía por él, el hambre que tenía de sus besos, de su amor. Tal vez él quería torturarla, para mostrarle lo que no podía tener.

Cerró los ojos y rezó en silencio.

—¿Maggie? ¿Qué pasó el martes por la noche?

—Bueno.., nosotros... hicimos el amor.

—Pensé que era un matrimonio de conveniencia —respondió Susan, sorprendida.

—Lo era. Quiero decir que lo es. Sólo que ocurrió.

—Pero si lo que quieres es un matrimonio de verdad, ¿por qué te parece eso tan malo?

—Pareces algo confundida, Susan —intervino Kate.

—Lo estoy. Cuéntamelo todo, Maggie.

—Después él se disculpó.

—Oh. ¿Por qué lo hizo?

—Por hacerme el amor. Yo, prácticamente, se lo supliqué, pero él estaba.., triste.

Kate aparcó el coche en el aparcamiento del Plaza, el famoso centro comercial de Kansas City. Sin embargo, antes de que Susan saliera del coche, ella miró a Kate.

—¿Te parece todo esto normal a ti?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Maggie.

—Bueno, yo nunca he oído que un hombre se disculpara por haber hecho el amor. Es decir, se disculparía de todo para poder hacer el amor, pero no después.

—Me imagino que a la mayoría de las mujeres se les daría mejor.

—Oh, Maggie, no seas tonta. ¿Por qué no se te iba a dar a ti tan bien como al resto de las mujeres?

—Porque era la primera vez.

—En ese caso, no sé que contestar. ¿Qué te parece a ti, Kate?

—Bueno, yo tampoco tenía mucha experiencia, pero Will nunca se quejó. Cuanta más experiencia tengas, mejor se te dará, así que, Maggie, sólo puedes hacer una cosa.

—Sí. Y lo primero que tengo que hacer es que me preste atención.

—De eso me encargo yo —prometió Susan.

Las hermanas se habían encontrado en el restaurante aquella mañana y habían dejando los coches allí. Cuando Kate llegó al aparcamiento, un poco antes de la seis, Maggie salió del coche y suspiró, muy nerviosa.

—Vas a dejarlo de piedra, Mary Margaret O'Connor —dijo Kate con una sonrisa—. Estás preciosa.

Susan sonrió, asintiendo a lo que su hermana había dicho.

—Gracias a las dos por... por todo esto —afirmó Maggie, con una sonrisa.

«Todo esto» era un corte de pelo de estilo paje, que le enmarcaba la cara y le resaltaba los ojos, una minifalda negra que se le ceñía a las caderas y atraía la atención a las esbeltas piernas. Llevaba puestas

unas medias negras y unos zapatos de tacón alto negros también, una blusa de seda negra con un estampado en verde y oro con un escote que insinuaba lo que había más allá. El conjunto lo completaban un cinturón con la hebilla dorada, que resaltaba su estrecha cintura, unos pendientes de oro, un ligero maquillaje que hacía que sus ojos parecieran enormes y que los labios provocaran los besos y un perfume maravilloso. Además, tenía unas bolsas llenas de prendas que iban a dejar boquiabierto a su marido.

Al entrar en casa, Maggie, muy presumida, se humedeció los labios para resaltar el brillo de éstos.

—¿Josh?

La cocina estaba vacía, pero oyó que alguien bajaba por las escaleras. Josh apareció por la puerta de la cocina unos segundos más tarde.

—Ya has vuelto —dijo él, con Ginny en brazos. Luego, se detuvo, como si hubiera visto una aparición.

Recordando todas las instrucciones que le habían dado sus hermanas, ella extendió los brazos y se dio la vuelta, con una sonrisa.

—¿Te gusta mi nueva imagen?

—Sí —respondió él, tragando saliva, mientras la miraba de arriba abajo—. ¿Cómo no me iba a gustar?

—¿Cómo está Ginny? —preguntó Maggie.

—Bien, ¿no es así, cielito? No me ha dado ningún problema.

—Bien, me alegro de que hayas tenido un buen día. ¿Te gustaría salir a cenar? Kate se ha ofrecido voluntaria para cuidar de Ginny.

—¿Salir a cenar?

Al ver que él no presentaba ningún entusiasmo, Maggie flaqueó. Kate la había animado a que hiciera una reserva en el Plaza, famoso por el aire romántico del restaurante.

—Yo... yo quería celebrar mi nueva imagen y tu nuevo contrato. ¿Te acuerdas?

—Sí, me acuerdo. Sería estupendo —aseguró él, con voz ronca.

—De acuerdo, he hecho la reserva para las siete —respondió ella, algo avergonzada por la reacción que aquel tono de voz le había provocado.

—Voy a ducharme. ¿Quieres cuidar de Ginny?

—Claro.

Menos de media hora más tarde dejaron a Ginny en casa de Kate y se dirigieron al Plaza. Una vez que estuvieron sentados a la suave luz de la mesa, con unas maravillosas vistas, Maggie se sintió perdida. ¿Y entonces qué? No podían hablar de su vida sexual en un restaurante.

—¿Qué me va a costar esta nueva imagen? —preguntó Josh, centrando la mirada en el pico del escote.

—Lo he pagado yo todo —dijo ella, sintiéndose tentada a ponerse

una mano encima del escote.

—¿Cómo dices?

—Que lo he pagado yo. Tengo mis ahorros...

—Soy tu marido. Se supone que soy yo el que tiene que pagar —le espetó él—. Deberías haberme pedido una tarjeta de crédito. Maldita sea, ya te las he solicitado. Y te he abierto una cuenta sólo para ti. Yo me encargaré de todo. Ahora, dime lo que te has gastado y yo te daré el dinero.

Maggie parpadeó. Ella no estaba de acuerdo con eso. Pero el hecho de que él le hubiera abierto una cuenta para ella no le sonaba como que planeara el divorcio.

—¿Quieres... quieres seguir casado conmigo?

Josh frunció el ceño y se inclinó hacia delante, como si no estuviera seguro de lo que ella había dicho. En ese momento, el camarero se acercó a la mesa. Josh lo miró con frialdad.

—¿Prefieren que vuelva más tarde?

—No, traíganos dos tes helados y unas ensaladas de... ¿de qué te apetecen?

—Ranchera, por favor.

—Dos rancheras —pidió Josh—. Y dos filetes de solomillo, bien hechos —añadió. Luego miró a Maggie, cuestionándola con la mirada. Ella asintió—. Y dos patatas asadas con todo lo que puedan poner.

—Menos cebollinos —añadió Maggie.

—Sí —asintió Josh, con una sonrisa, devolviendo los menús al camarero. Tan pronto como se quedaron solos, Josh volvió a inclinarse sobre ella—. ¿Qué me preguntaste antes?

—Te pregunté si querías seguir casado conmigo.

—Mañana hace una semana que estamos casados —dijo Josh, muy asombrado—. ¿Qué te hace pensar que yo quiero tirarlo todo por la borda tan pronto?

—Por lo que pasó el martes por la noche.

El eficiente camarero volvió con dos copas de té helado y una cesta de panecillos. Se lo presentó todo con una sonrisa, pero Josh lo miró con frialdad, deseando estar en casa en vez de en aquel restaurante. Maggie le estaba volviendo loco con aquellas afirmaciones tan extrañas, por no mencionar lo guapa que estaba. El martes por la noche le había parecido muy hermosa, pero aquella noche le parecía arrebatadora. Y eso sin contar su dulzura, inteligencia y su gran corazón.

Cuando el camarero dejó de sonreír a Maggie y se dio cuenta de la frialdad con la que lo miraba Josh, se retiró de la mesa.

—¿Por qué iba yo a querer el divorcio después de lo que pasó el martes por la noche? —preguntó él. Maggie tomó un panecillo y lo untó de mantequilla cuidadosamente—. ¿Maggie?

—Ya sé que el sexo no formaba parte de nuestro trato

—Bueno, mujer, no creerás que me voy a quejar por haberme acostado contigo, ¿ verdad?

Ella se sonrojó. Entonces, Josh se dio cuenta de que había hablado demasiado alto. Varios de los comensales de las otras mesas los estaban mirando.

—Lo siento —susurró él.

El camarero apareció de nuevo con las dos ensaladas. Aquella vez, Josh no lo miró. Simplemente cerró los ojos y esperó hasta que le oyó alejarse.

—Maggie, háblame.

Ella tomó un bocado del panecillo y lo masticó, tan cuidadosamente que sumió a Josh en la desesperación. Finalmente, contestó.

—Lo entiendo, Josh. No te tienes que sentir mal por ello. Por eso... he intentando cambiar mi aspecto —añadió, levantando el tenedor para tomar un poco de ensalada.

—¿Te has comprado nuevas ropas porque te hice daño? —preguntó Josh, muy confundido—. Maggie, te juro que no tenía la intención de...

—No importa, Josh. Sé que no pudiste evitarlo.

Ella lo miró de un modo que él estuvo a punto de levantarse de la mesa e ir a rodearla con sus brazos. La mirada alarmada de Maggie le recordó que estaban en un restaurante.

—Maggie, te juro por Dios que no volverá a ocurrir.

—Entonces, ¿mi nueva imagen no cambia las cosas? —preguntó ella, con las lágrimas a punto de brotarle de los ojos.

—¿Por qué iba tu nueva imagen a cambiar las cosas? Estás magnífica, pero... —dijo él, sin comprender.

—¿De verdad? —preguntó ella, con una chispa de esperanza que no tardó en desaparecer—. Pero no lo suficiente para tentarte.

—Creo que es mejor que empecemos de nuevo —dijo Josh, totalmente aturdido—. ¿Qué es lo que tú crees que pasó el martes por la noche?

—Yo... te supliqué para que me hicieras el amor. Tú lo hiciste, pero yo... yo no supe cómo satisfacerte y luego tú lo lamentaste.

—¿Que lo lamenté? —preguntó él, sin poder creer lo que oía—. ¿Por qué crees que lo lamenté?

—Porque te disculpaste.

El camarero apareció de nuevo. Josh estuvo a punto de emprenderla con él, pero se dio cuenta de que el muchacho no tenía la culpa. Además, tenía las cenas que ellos habían pedido en las manos. Al llegar a la mesa, la miró.

—No se han tomado las ensaladas. ¿Es que no estaban a su gusto?

—No, no es eso —respondió Maggie, sonriendo.

Josh sintió cómo los celos se adueñaban de él. A él no le había sonreído de aquella manera desde el martes.

—¿Prefieren que traiga los filetes más tarde? —preguntó el camarero.

—No, déjalos —le espetó Josh.

El joven dejó los platos encima de la mesa sin dejar de mirar a Josh.

—De acuerdo, si necesitan algo más, háganmelo saber —añadió, marchándose a toda prisa, dejándolos sumidos en un incómodo silencio.

Josh intentó explicarle a Maggie por qué se había disculpado y al mismo tiempo intentar controlarse.

—Me disculpé porque te había hecho daño.

—Lo sé, pero no es culpa tuya que no te encuentres atraído por mí.

Entonces, Josh lo entendió todo. Cuando ella había dicho que le había hecho daño, Maggie se refería a sus sentimientos. Ella pensaba que él no se sentía atraído por ella, lo que era un pensamiento ridículo.

Sin embargo, era mucho más esperanzador de lo que él había imaginado.

—Maggie, me disculpé porque te había hecho daño «físicamente».

—Yo, pensé... Bueno siempre me habían dicho que la primera y duele.

—Cariño, yo no sabía que eras virgen. Podría haber sido más fácil, yo hubiera sido más cuidadoso. Dí por sentado que...

—Yo no quería admitir que no tenía experiencia. Pensé que tal vez no te darías cuenta.

—Y así fue —dijo él, tomándole de la mano—... hasta que fue demasiado tarde. Y me hubiera matado por no haber sido menos impetuoso.

—¿Significa eso que no te importó hacerme...?

En aquel momento, Josh se puso de pie y se inclinó sobre la mesa. Hizo que ella se levantara y la besó, como si hubiera un hombre recibiendo su primer alimento después de mucho tiempo.

Los aplausos que resonaron en el restaurante les hizo volver a la realidad. Josh soltó a Maggie. Ella se sentó y él hizo lo mismo sonriendo al resto de los comensales.

—Maggie, llevo queriendo hacerte el amor desde la primera vez que compartimos mi cama. Yo estaba dispuesto a dejarme caer de rodillas y suplicarte que lo hiciéramos de nuevo. Por eso quería que habláramos. No puedo soportar estar alejado de ti.

—¿Te... te gusta?

—¿Que si me gusta? Maggie, estoy enamorado de ti.

—Oh, Josh —respondió ella, alborozada—. Quiero que tengamos un matrimonio de verdad.

—Venga —dijo él, poniéndose de pie.

—¿Dónde vamos?

—¿Dónde crees? —replicó él, sonriendo.

—Pero no hemos comido nada…

Josh se dio la vuelta, echándole al camarero una mirada que le hizo palidecer. Cuando el joven llegó, Josh le dijo:

—Tráenos la cuenta y ponnos toda esa comida en una caja para llevar.

—¿Todo? —preguntó el camarero

—Sí. Toma mi tarjeta de crédito. Así aceleraremos las cosas.

—Sí, señor —respondió el chico, tragando saliva.

Aquellos fueron los cinco minutos más largos de toda la vida de Josh, que tenía a Maggie abrazada y le susurraba dulces palabras. Finalmente, el camarero vino y pudieron marcharse al coche. Josh salió a toda velocidad del aparcamiento. Maggie le pidió precaución.

—Cariño, llevo tres días sufriendo porque ni siquiera me mirabas. Ahora que me has dicho que quieres que te haga el amor, ¿estás pensando que puedo ir más despacio?

—No, no quiero que vayas más despacio, pero no quiero que te multen —respondió ella, con una pícara sonrisa.

—¿Qué ha pasado con mi inocente esposa?

—Estuvo en la cama con un detective privado y él le mostró el paraíso.

Josh gruñó y pisó más el acelerador. Cuando llegaron a casa, subieron corriendo las escaleras. Al ver que Maggie se iba a su dormitorio, Josh la detuvo.

—No, cariño, esta noche no. Vamos a la habitación principal, donde deben estar marido y mujer.

Ella no protestó. Al entrar en el dormitorio, él empezó a desabrochar los botones de la camisa de Maggie, que hizo lo mismo con la de él. Cuando Josh descubrió la sensual ropa interior negra que ella llevaba puesta, se detuvo para admirarla.

—Cariño, espero que estés planeando volver a la tienda donde fuiste de compras hoy y para encargar más prendas como éstas —dijo él, pasando suavemente un dedo por la copa del sujetador.

—¿Te gusta?

—Mucho, por eso es mejor que nos demos prisa.

Entonces, se dejaron caer en la cama y se quitaron la ropa, compensando con creces los malos momentos de los últimos días. Sin embargo, cumpliendo sus promesas, Josh fue gentil y tierno, cuidando de la inexperiencia de Maggie.

Aquella vez, cuando alcanzaron el clímax, Josh tomó a Maggie

entre sus brazos y la estrechó con fuerza.

—¿Esta vez no hay lágrimas, querida?

—Sólo sin son de felicidad. ¿No he hecho nada mal?

—Sí, no quería mencionarlo, pero...

—¿Qué? ¿Qué he hecho mal? —preguntó ella, tratando de incorporarse en la cama. Josh no se lo permitio.

—Me excitaste tanto que estuve a punto de llegar al final demasiado pronto. ¿Podrías ser menos sensual la próxima vez?

— ¡Tonto! —protestó ella, dándole un codazo.

—¡Ay! Ten cuidado, mujer. Podrías romperme algo —bromeó él.

—No queremos que eso ocurra porque te voy a tener muy ocupado durante unos cuantos años —le aseguró ella, más segura de sí misma.

—No creo que me queje por eso.

Epilogo

—¡Papá!

Ginny, ya con dos años, entró corriendo en el despacho de su padre. Josh empujó su sillón hacia atrás, extendiendo los brazos para tomarla entre ellos.

—Hola, Ginny. ¿Ya te has levantado de la siesta?

—Sí, y mamá me dijo que viniera aquí. Josh sonrió. Durante el año anterior, la niña había hecho grandes progresos en andar, o más bien correr, y en hablar muy claramente.

—De acuerdo. Vamos a buscar a mamá. ¿Dónde está?

—Está en la cama.

—¿En la cama? —preguntó Josh, frunciendo el ceño. Rápidamente, se levantó con la niña en brazos y salió corriendo hacia la habitación. Maggie nunca se echaba una siesta.

—¿Maggie? —la llamó él, antes de llegar a la puerta.

—Estoy aquí.

—¿Qué pasa? —preguntó él, al verla sentada en el borde de la cama.

—Nada, pero ya viene.

—¿Que ya viene? ¿Quieres decir que ya viene el niño?

—Sí, ya he llamado al médico y...

—¡Y viene! —exclamó Josh.

—Toma mi maleta, Josh. Tenemos que llevar a Ginny a casa de Kate. Ya he llamado a Angie y le he dicho que estaremos allí dentro de unos pocos minutos.

—¡No tenemos tiempo para todo eso! ¡Ya viene el niño!

—Josh, toma la maleta —insistió Maggie. levantándose de la cama.

—Yo te ayudaré a bajar —dijo él.

—Josh, estoy bien. Tú encargate de Ginny y de la maleta.

Poco a poco, Maggie fue bajando los escalones de la escalera, esperando que su marido se calmara. Para cuando ella bajó él último peldaño, él ya estaba a su lado.

—¿Estás segura de que tendremos tiempo para dejar aGinny?

—Te lo prometo. El hospital está justo al lado del Plaza. Está sólo a quince minutos.

—Quiero ver al niño —dijo Ginny, tocándole el vientre a su madre.

—Tendrás que esperar un poquito, tesoro. Muy pronto tu hermanito estará con nosotros. Papá te llevará al hospital tan pronto como sea posible —respondió Maggie, apoyándose contra la pared para poder respirar rápidamente y pasar una contracción.

—¡Maggie! ¿Te encuentras bien? —preguntó Josh, dejando la maleta en el suelo para ocuparse de ella.

—Ya estoy bien. Vayámonos antes de que me venga otra contracción.

Llegaron al hospital con tiempo de sobra, después de dejar a Ginny jugando con Nathan. Mientras Josh rellenaba todos los formularios, Maggie fue llevada a la sala de partos.

El fue con ella tan pronto como le fue posible.

—¿Te encuentras bien? Me ha hecho rellenar un montón de formularios.

—Lo sé. Estoy bien. el médico dice que todo está evolucionando con normalidad. Y muy rápido.

Aunque a Josh no le parecía ir nada rápido, el parto de Maggie fue bastante corto. Su hijo, Joshua James McKinley llegó al mundo de forma muy ruidosa poco después de las siete de la tarde.

—¿Por qué no para de llorar? —preguntó Josh.

—Es que tiene hambre —le respondió la enfermera, muy alegremente.

—Es muy impaciente, igual que su padre —murmuró Maggie, con una sonrisa.

—Sólo espero que tenga tanta suerte como su padre —le susurró Josh, antes de besarla.

—No te importa ser detective y papá, ¿verdad?

—No me puedo imaginar una vida mejor, cariño.

En aquel momento, Maggie se puso a pensar que la noche en la que Ginny y Josh entraron en el restaurante había sido la más afortunada de su vida.

—De hecho —añadió Josh—. Creo que ser detective privado me será muy útil dentro de diez o quince años.

—¿Por qué?

—Porque Ginny y James, y el resto de los hijos que tengamos, serán ya adolescentes. Sin embargo, no serán capaces de ocultarle nada a su padre, porque es detective.

—Perfecto —dijo Maggie, con una sonrisa.

Y, mientras cerraba los ojos, supo que aquella palabra describiría con mucha exactitud su vida con Josh, Ginny y el pequeño James.

Fin.